

PAULINE DREYFUS

Son cosas que pasan



Lectulandia

París, 1945. En la iglesia de Saint-Pierre-de-Chailot, ubicada en uno de los barrios más elegantes de la ciudad, se celebra un funeral. La difunta es la princesa Natalie de Lusignan, duquesa de Sorrente, que ha fallecido demasiado joven. Ante los asistentes, el joven sacerdote loa a la muerta como esposa, madre y cristiana ejemplar. ¿Lo fue? La guerra y la ocupación nazi supusieron una dura prueba para todos los franceses, también para la clase más privilegiada, que creía poder seguir viviendo aislada de las miserias del mundo. Natalie se mueve por los salones de la aristocracia como pez en el agua, pero es también una mujer mundana, esnob y cosmopolita, que en los años de entreguerras ha financiado a artistas como Buñuel y Cocteau para que puedan rodar sus películas e incluso ha participado en una pequeña escena en *La sang d'un poète* de este último.

Ante el avance de los nazis, la familia abandona París y se traslada a la Riviera. En Cannes, «en la zona no ocupada, nada más firmarse el armisticio de junio de 1940, todas las mujeres estaban disponibles. (...) Reinó en el aire una urgencia que movía a la gente a pasárselo bien a toda costa antes de la postrera catástrofe: la llegada de los bárbaros. (...) Los casinos permanecían abiertos durante toda la noche y los escotes, a la hora de las primeras estrellas, nunca se habían semejado tanto a invitaciones abiertas». Natalie vive una aventura extramatrimonial y se queda embarazada. El asunto se tratará con discreción, porque «son cosas que pasan». Pero lo que sacudirá su vida de manera irremediable será descubrir, tras la muerte de su madre, un secreto familiar que la afecta directamente.

Esta fascinante novela retrata un mundo glamouroso y sofisticado sacudido por la Historia, y en ella asoman figuras como Sacha Guitry, Édith Piaf, Jean Gabin, Gérard Philipe, Coco Chanel, Paul Morand, Ernst Jünger, y también Reynaldo Hahn y otros amigos judíos de Proust en busca de salvoconductos. Pero sobre todo retrata de un modo prodigioso a una mujer contradictoria e imperfecta que se enfrenta a una decisión dramática.

Lectulandia

Pauline Dreyfus

Son cosas que pasan

ePub r1.0

Castroponce 06.10.18

Título original: *Ce sont des choses qui arrivent*

Pauline Dreyfus, 2014

Traducción: Javier Albiñana

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Jackie y Jean-Charles de Ravenel, que saben por qué

El hombre tiene lugares en su pobre corazón que todavía no existen y donde el dolor penetra para que lo hagan.

LÉON BLOY

IN MEMORIAM

Resulta tranquilizador que en determinadas ocasiones cada cual ocupe su lugar. A eso se dedican precisamente los hombres de la funeraria Borniol, con su corbata negra y su tristeza profesional, que, en esa gélida mañana de invierno, se afanan en la iglesia de Saint-Pierre-de-Chaillet en colocar a las mujeres a la izquierda y a los hombres a la derecha; en identificar al ministro o al académico a quien convendrá sentar en las primeras filas; en reconocer a tal duquesa viuda, tal reina en el exilio — una categoría en expansión últimamente— para guiarlas hacia las butacas tapizadas de terciopelo rojo. Sólo una larga experiencia en tales mundanidades les impide cometer una torpeza.

No existe pena tan grande que permita transgredir las normas.

Este concepto intransigente del oficio explica el éxito que, desde 1820, cosecha el empresario de pompas fúnebres. Los hombres de negro comparten con los asistentes una doble intimidad: la de haberlos visto llorar en otras iglesias, y la certeza de que se les requerirá el día en que, a su vez, su óbito exija una ceremonia similar. Se juzga a las familias por la elección de esos intermediarios.

Louis Guichot-Pérère, el actual jefe de protocolo de la Casa, los observa; se encarga él mismo de las más ilustres personalidades, sin consultar al viudo, que parece abrumado en primera fila. Ese entierro le hace sentirse más joven; no veía una asistencia tan encopetada desde 1926, el año en que, con unos meses de intervalo, hubo de organizar los funerales del señor duque de Orleans y los de Su Alteza imperial el príncipe Napoleón. Los del mariscal Foch en 1929 reunían a demasiados militares y oficiales; los de Anna de Noailles en 1933 entremezclaban categorías y países. A la larga se había vuelto más esnob que sus clientes. Para el entierro de Édouard Bourdet, un mes atrás, había helado tanto que la iglesia se vació antes de la comunión: observó consternado cómo Cocteau y unos cuantos más iban a refugiarse en el bar para tomarse un grog. «¡Un frío inhumano!», clamó el poeta al pasar por delante de él, como para disculparse. Hoy no cabe que se repita semejante atentado al decoro: los artistas a quienes tantos cheques ha firmado la difunta brillan por su ausencia; ingratitud que alivia sobremanera al jefe de protocolo, pues si bien es cierto que las mezcolanzas contribuyen al lustre de los salones, también lo es que empañan el de los entierros.

Con una sola mirada, Guichot-Pérère es capaz de calibrar en qué categoría ha de catalogar una misa de funeral. Cuestión de experiencia. Ésta es sin la menor duda una de las más elegantes. En Saint-Pierre-de-Chaillet pululan los trajes ingleses, las

mantillas negras, las perlas discretas y los acentos cosmopolitas. Tras la obligada genuflexión, primos y sobrinos se saludan con una mirada. Tan pronto se sientan, se espían. Aprovechan un besamanos a una tía para atisbar los estragos causados por los años: es increíble cómo ha envejecido desde la última vez. Satisfacen de ese modo la infatigable curiosidad que sienten unos por otros, defectos por los que resultan reconocibles las familias.

Se saben de memoria el guión de esa escena que han representado cien veces. Las novedades siempre son bienvenidas. Observan cada detalle, que luego comentarán en el transcurso de alguna cena. En primera fila, un huérfano muy tieso en su traje de luto, demasiado joven para entender qué pinta allí, lanza miradas medrosas a su aya. No falta un solo diente de leche en su mandíbula. Atrae todas las miradas. Algunos recuerdan su bautismo, hará pronto cuatro años, durante una magnífica primavera mediterránea. Si hubiéramos sabido lo que nos esperaba después, piensan. Las mujeres sobre todo lo contemplan con ternura. Pobre niño. Quedarse tan tempranamente sin madre. Está muy pálido; los íntimos de la familia creen recordar que acaba de reponerse de una enfermedad grave. A su lado, su hermana, una jovencísima muchacha tan pelirroja como el padre, está absorta en la contemplación del altar.

Guiado por su experiencia, Louis Guichot-Pérère advierte de inmediato la posible nota discordante en esta ocasión. Ha visto adelantarse al cura, que parece tan joven como esa iglesia, como recién salido del seminario. Ha detectado en su voz temblorosa los nervios del principiante. La casulla color carmín que le baila en el cuerpo enflaquecido por las privaciones de la guerra no basta para dotarlo de presencia. El clérigo parece concentrarse en plasmar sus pensamientos de cara al sermón: esas frases que intenta rememorar en silencio el jefe de protocolo puede formularlas de antemano, como otras tantas estaciones de un vía crucis sin sorpresas. Una vida, por breve que sea, es un don divino. No habléis de injusticia. Nadie debe lamentarse de los deseos del Señor, recordadlo. Está todo escrito en el Libro de Job, lo que Dios nos da, nos lo puede quitar cualquier día, sí, la muerte prematura de esa joven es sin duda una tragedia para vosotros que la amabais (larga mirada al esposo y a los hijos), pero, no os quepa duda, en su último suspiro ella se durmió confiando en la resurrección. Y donde se halla ahora su felicidad no conoce límites.

La primera lectura, extraída del Eclesiastés, resuena extrañamente en ese inicio del año 1945. «Todo tiene su tiempo bajo el cielo, un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar, un tiempo para llorar y un tiempo para reír, un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar, un tiempo para callar y un tiempo para hablar, un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz.» El cura se aclara la voz. Sabe que en su sermón debe trazar un retrato de la difunta, lo más elogioso posible, qué menos puede hacer por unos desconocidos que aportarán en unos minutos el equivalente a seis meses de colecta. A tal fin, se ha informado antes de la ceremonia. Ha querido la suerte que su predecesor fuera

durante un tiempo confesor de la difunta. De modo que no ha omitido ni la ascendencia real, que le permite salpicar su discurso de imágenes intensas, desde las cabezas de su familia que cayeron del cadalso en tiempos funestos hasta el puñal que puso fin a la breve vida del duque de Berry, su ilustre antepasado, como si la sangre azul se viera siempre abocada a correr en trágicas condiciones; ni a la patrocinadora de obras de vanguardia, la que recibió a tantos pintores, dio de comer a tantos escritores, protegió a tantos músicos. No muy seguro sobre el particular (recordaba haber leído en tiempos que la habían amenazado con la excomunión por haber financiado obras impías), prefirió exhumar de esa vida la enseñanza que le imponía el cristianismo. ¿O acaso no era la caridad atributo de los discípulos de Cristo? Al no encontrar ninguna referencia bíblica, optó por silenciar su condición de reina de los bailes de los últimos años. No olvidó a la esposa colmada, a la madre ejemplar — bendita eres entre todas las mujeres, ¿cuántas veces había pronunciado esa frase desde que decidió consagrar su vida a Dios?— que dejaba ahora dos huérfanos. Tampoco a la cristiana, cuya ardiente fe la conduciría sin lugar a dudas directa al cielo. Deploró por último la embolia pulmonar que, en ese glacial invierno, se había llevado tan tempranamente a tan frágil constitución.

El sermón alcanza muy pronto la tranquilizadora orilla de las generalidades. El joven cura adopta de pronto una voz más firme. Esperanza, resurrección, ascensión de las almas. Hágase, Señor, tu voluntad. Ningún riesgo de error. Pero entre los asistentes asoma el tedio. Las miradas han dejado de centrarse en el austero púlpito. Se dispersan de aquí para allá. No pueden, por desgracia, descansar en el azul de los vitrales, en el blanco grisáceo de las bóvedas de piedra, en las inscripciones murales que permiten imaginar dramas, adivinar alivios, en una palabra: soñar. Esa iglesia es tan reciente que ningún exvoto reviste aún sus muros; faltan esas placas oblativas que en otros templos daban fe de que se habían visto cumplidas plegarias. Nada prueba que hayan rezado allí feligreses tozudos como niños, convencidos de que el amor divino no es más olvidadizo que el de los hombres. No, lo cierto es que ese edificio moderno, todo cemento y hormigón, no posee ningún poder evocativo. Algunos, para distraerse, se susurran sus recuerdos; rememoran que fue allí —pero no en ese odioso edificio, por supuesto, sino en la antigua iglesia— donde se celebraron los funerales de Proust; un hombre de pelo blanco recuerda su sorpresa entonces: ¿no era judío nuestro querido Marcel? Sus vecinos de banco, consternados, le instan en voz baja a que calle. ¡Pronunciar semejante palabra en un momento así! Con todo lo que nos cuentan las noticias cada día... Otros respiran el delicioso perfume de las flores de lis colocadas en el ataúd, una sutil alusión, querida por su esposo, a los ancestros de la difunta.

Se instala el aburrimiento. Más de una mente se evade de ese sermón demasiado largo. Guichot-Pérère observa cómo las manos enguantadas toquetean el recordatorio piadoso que se ha repartido al comienzo de la misa. ¡Uno más entre tantos otros! Ese pequeño artefacto de la memoria irá a engrosar los misales después de la ceremonia.

En la pequeña cartulina rectangular, que comienza con la frase ritual: «¡Vosotros, que la habéis conocido y amado, rezad por ella!», aparece la foto de una mujer de mirada ausente, como liberada de sus estupores de adulta. La foto es reciente: los presentes reconocen perfectamente ese aire extraño, esa pupila desvaída, que le han conocido en los últimos años. Debajo de la foto, una ficha completa: «Princesa Natalie, Marguerite, Marie, Pauline de Lusignan, duquesa de Sorrente, 7 de mayo de 1908-10 de febrero de 1945».

¿Lo que se llama una vida? Encajadas entre dos fechas, ocultas en cuerpos desgastados y almas heridas, cosas que nunca se sabrán.

Las posaderas se agitan en los incómodos bancos. Los asistentes indican al oficiante, moviéndose aburridos, que todo debe tener un final, incluidas las misas de difuntos. La temperatura es apenas menos gélida que en la avenue Marceau, donde se ha helado el agua de los arroyos. Todo bastante similar a aquellos inviernos de la guerra, cuando la nieve, en vez de transformarse en un lodo gris que significaba la muerte de los escarpines, formaba montones en las aceras. Si por fin llega la paz, ¿cambiará el clima? Aunque el frío les trae sin cuidado. Lo que desean es acelerar esa mundanidad. Pero, eso sí, descartado pasar ante los hombres de la funeraria Borniol, apostados entre las columnas. Sería como llegar a casa de madrugada ante los ojos del portero. Así que aguantarán hasta las últimas volutas de incienso, hasta el último amén, hasta la última señal de la cruz —«Podéis ir en paz»— antes de apresurarse a salir fuera, donde les espera por fin el singular escalofrío que procura la alegría de estar vivo cuando otros están bajo tierra, confinados en la aterradora eternidad, otros que no volverán a sentir ni la mordedura del frío, ni la caricia de una mano, ni la dulzura de una mirada: ni ya nada.

Primera parte

Cannes

En la zona no ocupada, nada más firmarse el armisticio de junio de 1940, todas las mujeres estaban disponibles. Donde resultaba más manifiesto era en la Costa Azul. Durante unas semanas, entre Niza y Marsella, entre Menton y Montecarlo, reinó en el aire una urgencia que movía a la gente a pasárselo bien a toda costa antes de la postrera catástrofe: la llegada de los bárbaros. Y la ola de moralismo que siguió a la llegada al poder de Pétain no refrenó ni mucho menos tales ardores. Desde luego se publicaron bandos que prohibían el uso del short, desde luego las librerías exhibían en sus escaparates las obras del piadoso Péguy, pero los casinos permanecían abiertos durante toda la noche y los escotes, a la hora de las primeras estrellas, nunca se habían semejado tanto a invitaciones abiertas.

En los nueve meses transcurridos desde que sonara el toque de queda de la movilización general, la guerra durmió hasta tal punto que pasó al olvido. Sólo los policías, provistos ya de máscaras antigás, mostraban que podía cernirse un peligro. Todavía se recordaban los peligros de la iperita, veintitantos años atrás.

Al principio, por supuesto, se adoptó la sobriedad de rigor en semejantes circunstancias. Cuando alguien, al girar el botón de mando de la radio, sintonizaba casualmente una pieza de jazz o una canción ligera, lo miraban con mala cara: una cosa así resultaba tan escandalosa como soltar una carcajada en la habitación de un enfermo.

Las mujeres mundanas descubrieron en la guerra una nueva distracción. Se ofrecieron a ella con entusiasmo, recordando la desenfrenada elegancia que exhibían sus madres en el 14, cuando, tocadas como monjas, se consagraron a la Cruz Roja. La caridad, como es sabido, reviste todos los estamentos. Pero la guerra no quiso de ellas: en toda Francia había enfermeras esperando heridos que no llegaban. Ni que decir tiene que se sintieron humilladas. Poco faltó para que acusaran al estado mayor de incompetencia supina. Los velos blancos, los maletines de primeros auxilios, las frases de consuelo volvieron, ay, intactos a los armarios. Inútiles. Al final concluyeron que en aquella guerra, distinta a las demás, el enemigo no era el alemán sino el aburrimiento.

Poco a poco, las mujeres volvían a ser tan coquetas como en tiempo de paz. Tras una pausa, se reanudó la vida mundana. Un poco más promiscua que antes. Porque ante la duda sobre cómo evolucionaría aquella guerra, los parisinos no volvieron a sus casas en septiembre. Gracias a aquel canciller alemán de físico tan vulgar, las vacaciones de verano se prolongaban. Las playas del Mediterráneo estaban tan repletas como un 15 de agosto. Sacha Guitry recibía mucho en su casa del Cap d'Ail; su nueva esposa, Geneviève de Sérévile, cuyos dieciocho años encandilaban a los visitantes, había conocido a todo el mundo. La gente se habría matado por conocer el tono exacto de sus uñas, pintadas con un rojo intenso. Las privaciones, aún llevaderas, no arruinaban la vida a nadie. ¿O sea que eso era la guerra? Nadie habría pensado que fuese tan agradable.

Natalie de Sorrente era una presa tan buena como las otras, quizá un poco más,

pues languidecía desde septiembre de 1939 en su casa de Cannes. No le había hecho ninguna gracia aquella guerra^[1] que la había confinado en un mano a mano inhabitual con su marido. Hasta entonces, la serie de fiestas, cenas y viajes que constituía su vida la había librado de tal promiscuidad. Los Sorrente poseían lo que se suele denominar una *posición descollante* en París, lo cual significaba que en un círculo restringido de doscientas personas no cabía imaginar una reunión mundana en la que el lacayo no anunciara, hinchando el pecho: «El señor duque y la señora duquesa de Sorrente.» Su agenda se asemejaba a una guía de ferrocarriles; ninguna hora del día sin una nueva salida. En Cannes, donde contaban con menos amigos y donde las fiestas se celebraban *en función de los acontecimientos*, Natalie se vio obligada de pronto a padecer la presencia tristonca de su marido. Y la llamada al frente que había obligado a tantos amigos a incorporarse a su regimiento no contribuyó a su felicidad: a Jérôme de Sorrente, que había sido gaseado con iperita los primeros días de septiembre de 1918, lo habían declarado exento hacia seis años. No, la verdad es que no había tenido ninguna gracia aquella guerra.

¡Y entonces por fin sucedía alguna cosa!

El 8 de junio había quedado desarticulado el frente francés. Por temor a los bombardeos, al invasor, al mal en definitiva, decenas de miles de franceses habían emprendido el camino. ¿Qué camino, en realidad? El camino de más allá. Cada vez más al sur.

El 10 de junio, el gobierno de Paul Reynaud se replegaba a Tours y luego a Burdeos.

El 14 de junio, los alemanes entraban en París, que no se hallaba protegido militarmente. Ni en la guerra de 1870 ni en la del 14 había caído tan bajo París, ciudad abierta a la codicia de los soldados rubios, guapos como coristas de una ópera de Wagner, que se apresuraron a clavar en las aceras carteles redactados con letra gótica indicando lugares adonde no se iría nunca.

El 16 de junio, el mariscal Pétain fue nombrado jefe de gobierno.

El 22 de junio, firmaba el armisticio con los alemanes.

El 1 de julio, se instalaba en Vichy, y el 10 recibía los plenos poderes.

Los desastres públicos no afectaron gran cosa a Natalie. En aquella frenética avalancha hacia el sur que se inició a comienzos de mayo, tan sólo vio la ocasión de volver a recibir a gente. La noticia había corrido entre los amigos: los Sorrente mantenían casa abierta en Cannes. Allí se presentaron, tras decenas de horas de viaje, y refiriendo todos la misma odisea. Las carreteras francesas ofrecían idéntica imagen que el país, un total desbarajuste. Magnificando sin modestia las condiciones heroicas en que habían llegado al fin, describían el lamentable espectáculo de los carretones repletos como camiones de mudanza, donde se habían apilado aprisa y corriendo los

miseros bienes de las familias, donde niños y abuelas, con los pies colgando, observaban el interminable desfile de aquellos caballos transidos por la sobrecarga, que soportaban con mirada torva un sol de justicia, de aquellos coches cubiertos de colchones, de aquellas familias abrumadas que, al borde de las carreteras, pedían un poco de agua, una mísera ayuda, de aquellos niños anegados en llanto, que buscaban a sus padres arrastrados por la oleada humana, de aquellos soldados extenuados, sin casco, la mirada despavorida, que huían del control militar. Incluso los campesinos, que nunca abandonan a sus animales, se habían sumado a aquella marea humana, avanzando al paso sin una meta concreta. Bombardeos, violaciones, saqueos de toda suerte: no sabían nada, lo temían todo. La brújula de su miedo los conducía cada vez más al sur. Nunca, nunca jamás, la palabra desastre había cobrado tanto sentido como en aquel trayecto surrealista a través de las carreteras de Francia. Todos los relatos se asemejaban. Aquella Francia que huía en desbandada ante sus ojos ofrecía un espectáculo patético.

Era tal la magnitud de aquel éxodo que los Sorrente se preguntaban si todavía quedaba alguien en París, alguien de su mundillo, claro está. Llegaban a diario más y más viajeros. Salían de sus coches con la ropa arrugada. Abrazaban a sus anfitriones con miradas en las que se traslucían las desoladoras imágenes de aquel viaje. Se derrumbaban en los canapés blancos y describían, entre dos sorbos de gin-tonic, la carretera de Fontainebleau «más atestada que los encantos», los coches despanzurrados por la carga, los rostros de vía crucis, los furiosos bocinazos de las grandes limusinas que avanzaban a la misma velocidad que los demás en aquella indescriptible barahúnda. La nieta de la asistenta había vomitado. Cannes se les había antojado más lejana que la Patagonia. Algunos habían desistido y habían pedido a su chófer que los llevara de vuelta a París. ¿Puedo tomarme otra copa?

Los amigos habían traído a sus amigos, ni que decir tiene. Pierre se había presentado en Cannes recomendado por Dios sabe quién. Durante la primera comida, el duque de Sorrente se había dedicado a su ocupación favorita, *situar* a la gente. Tenía un método experimentado consistente en bombardear al recién llegado con nombres de conocidos suyos y observar cuántos atraparía al vuelo, cual cazador que intenta romper el mayor número de platos en el tiro al pichón. El resultado fue convincente, y el duque de Sorrente consideró que contaban con suficiente gente en común para que Pierre prolongase su estancia, cuando otros tenían que marcharse. ¿Cómo, no nos conocimos en el baile del tricentenario de Racine que dieron el año pasado los Beaumont? No me sorprende, había tanta gente... ¿Y estuvo usted en el baile del bosque, que fue unas semanas más tarde? Qué divertido... Reconozca que Coco Chanel disfrazada de árbol no estaba nada mal, y Schiaparelli, de hormiga, estupendo, ¡claro que Bérard de Caperucita Roja, con el barrigón saliéndosele del delantal y la barba hirsuta por encima de la pañoleta, estaba increíble! Satisfecho de

haber removido recuerdos entre gente de su clase, Jérôme calificó a su invitado de «agradable», lo que equivalía a una investidura. Y le invitó a prolongar su estancia.

Aquel verano, con ser una casa donde el *small talk* era la norma, las conversaciones de las comidas y las cenas no pudieron soslayar la situación política. Jérôme, encantado de disponer por fin de interlocutores, pues su esposa era profana en la materia, se agarraba a un clavo ardiendo. Le bastaba una sola palabra para desarrollar sus teorías. ¿Una crisis política? Vamos, hombre, es más bien una crisis de régimen. ¿Que quién tiene la culpa de tal decadencia? (Breve pausa, antes de arrancarse con una parrafada brillante que reservaba para cada uno de los invitados.) Toda la culpa la tiene Blum. Para ser un hombre *perteneciente a una raza de profetas*, puede decirse que se ha equivocado de medio a medio en sus profecías... (La fórmula le resulta muy útil desde hace cuatro años, pero no se cansa de ella.) Acuérdense de las odiosas palabras que pronunció sobre las doscientas familias. ¡Entre las cuales estaba la mía!, recuerda. De todos los niveles sociales, además. Refiere de nuevo (por enésima vez en los últimos cuatro años) el síncope que sufrió su tía Antoinette, casada con el propietario de una empresa siderúrgica, el cual también figuraba en la lista. Poco se puede esperar de gente capaz de arrojar el oprobio sobre una parte de la población. ¿Paul Reynaud? No me inspiraba la menor confianza. Un hombre que vivía en concubinato, y por añadidura con una mujer divorciada. Uno menos. Otra cosa es el mariscal Pétain. Se acabaron los abogados charlatanes que se han sucedido en el gobierno. Pétain es un héroe. Y su edad demuestra una evidente ausencia de ambición personal. A los ochenta años se rinden cuentas a la Historia y a nadie más. Él sólo piensa en el bien de Francia. Lo que hizo en Verdún, o en Douaumont, seguro que lo volverá a hacer. Él mismo ha dicho: «Entrego mi persona a Francia para mitigar su desdicha.» ¡A eso llamo yo un hombre de Estado! Dicha apología del sacrificio recordó a Jérôme, quien no olvidaba nunca que debía al Imperio su título de duque, los grandes momentos de las campañas napoleónicas. El 17 de junio de 1940, temblando de alegría ante su aparato de radio, Jérôme se convirtió en un ferviente petainista.

Natalie, que había oído montones de veces aquellas frases, abandonaba la estancia y regresaba a broncearse al césped verde tierno donde el aire era suave como una pluma. Al fin y al cabo la política es cosa de hombres.

Cuando apareció Pierre, estaba harta de aburrirse contemplando con nostalgia vestidos de noche ya inútiles y de pasar largas tardes ante su labor. Como en las épocas de duelo, recibían muchos menos invitados; ni siquiera llevaba el mismo tren de vida doméstico que la mantenía ocupada. En ocasiones, cuando se miraba en el espejo escrutando las primeras arrugas en las sienes, pensaba en su juventud, muerta o eclipsada. A los treinta y dos años, le daba la impresión de que se le acababa la vida.

Fue una presa fácil de conquistar. Se le entregó la segunda noche. Sus cuerpos habían producido una rima fácil. Él aceptó quedarse unos días más. La llevaba a

bailar al Perroquet o al Cancan, los clubs nocturnos de Niza que estaban de moda. Unas fotografías en blanco y negro, en las que estiraban sus piernas desnudas, sentados juntos en el velero que Jérôme alquilaba a veces para distraer a sus invitados, daban fe de aquella avenencia. Con él, que la miraba sin cesar, su vida había cobrado relieve, intensidad; conoció el deseo de la noche y los dulces amaneceres. Había ahuyentado el hastío, ese hastío pegajoso, opaco, contagioso, que envenenaba toda su vida, ese hastío que se resistía a todo, incluso a las fiestas que sólo hacían soñar a quienes no participaban en ellas, incluso a los viajes donde, de tanto codearse los mismos, no veían más que sus propios defectos.

Jérôme llevaba años sin mirar a su mujer. En realidad, desde que naciera Charlotte, la hija única del matrimonio, diez años atrás.

Tampoco miraba a las otras mujeres, lo cual hizo que la gente de la alta sociedad se formase una idea totalmente falsa de sus inclinaciones. Algunas, ofendidas de que no intentara seducirlas en los bailes, habían difundido rumores, proclamando que aquello no tenía nada de raro, ya que ese tipo de hombres prefieren ser amados al alba en el barrio de Les Halles. En realidad, Jérôme no era muy amigo de caricias ni acoplamientos.

Puede que tal sobriedad en sus costumbres no denotara sino un firme rechazo al comportamiento escandaloso de su padre. Lucien de Sorrente se había consolado muy pronto de la frialdad de su esposa en los brazos de cortesanas que le procuraban mucho placer pero le costaban una fortuna. Su popularidad alcanzaba su apogeo en la rue de la Paix; en las joyerías Cartier o Mellerio, se alababa su predilección por las joyas *tutti frutti*, porque, mezclando piedras de diversos colores, eran las más originales al tiempo que las más onerosas. Tanto es así que habían calificado de «San Vicente de Poule»^[2] a aquel hombre de corazón tierno, incapaz de renunciar a mimar a mujeres que, sin embargo, hacía tiempo que no frecuentaban su lecho. Aquellos últimos años, las crónicas mundanas de *Le Gaulois* o de *Le Figaro* solían asociar su nombre con el de una comedianta que, bajo el nombre de Clara Tambour, ostentaba una eterna rubicundez y un admirable trasero por todos los escenarios parisinos. En los hipódromos, la presentaba como su «mujer de la suerte» a los amigos envidiosos, a quienes se les iban los ojos tras su espléndido escote. Clara tenía presente la trayectoria de sus antecesoras en la profesión y recordaba que, aunque los hombres pueden ser generosos, su pasión no tiene por qué ser eterna. No, no acabaría en el arroyo, como Émilienne d'Alençon, Liane de Pougy o Irma de Montigny. Sin el «de» pero con audacia, obtuvo de su anterior protector, desde los primeros meses de su relación, una casa en Dinard. De Lucien de Sorrente, recibía joyas que él le regalaba, temblando como un jovencito, ocultas en inmensos ramos de rosas púrpura confeccionados en Lachaume.

Como suele suceder en semejantes casos, fue el corazón lo que falló; éste, indudablemente, había dado mucho de sí: por fortuna sucedió en unas circunstancias que no alimentarían el chismorre: cuando en Longchamp, el día del Grand Prix de

París, el termómetro rozaba los cuarenta grados, Lucien, quinto duque de Sorrente, se entretenía en el pesaje, sin perder la esperanza de que algún día triunfara un caballo bajo sus colores, casaca gris y gorra violeta, en una gran carrera, cuando su casi quintal se desplomó, muerto. Dejaba, tres meses antes de la guerra, a unos proveedores desconsolados y a una esposa aliviada. Su único hijo, Jérôme, se convirtió en heredero de la familia Sorrente.

Así pues, Natalie, en aquel luminoso mes de junio, se dejó cortejar por Pierre. Aquello no era amor. Nunca le preocuparon la vida anterior de él, los libros que había amado, el color de los ojos de su madre ni sus heridas de infancia. Nunca le inspiró curiosidad, ese otro nombre que tiene el amor.

Pierre se marchó al final del verano, requerido por misteriosas exigencias, dejándole recuerdos dulces como añoranzas. Borrado, como otros antes que él, en una existencia ávida de latidos inéditos. ¿Por qué había elegido su cuerpo retener una pizca de la presencia de aquel hombre, y no la de otros? Nadie sabía la respuesta. «Son cosas que pasan», había pensado con fatalismo la duquesa de Sorrente al descubrir las señales inmutables que anuncian un próximo nacimiento.

* * *

«Son cosas que pasan», se limitó a decir Jérôme cuando su esposa le anunció un embarazo del que a todas luces él no era responsable. Hay mil maneras de ser madre, sólo una de convertirse en madre. Pero hacía tiempo que eso no le quitaba el sueño. De su abuelo Saule, dueño de una empresa de vino irlandés, convertido en edecán de Murat y nombrado duque de Sorrente por Napoleón, había heredado no sólo el pelo rojo sino la flema de los grandes militares. Que no contasen con él para perder los estribos. Esa placidez, rayana a veces en la indiferencia, le había conferido la reputación de ser uno de los hombres de mundo mejor educados. La gente contaba aún, impresionada, cómo, hacía unos años, cuando su mujer se empeñó en financiar una película surrealista, presenció sin pestañear el saqueo del bufet instalado en su casa. No era hombre capaz de hacer escenas a su mujer.

Doce años atrás, nadie comprendió que la princesa Natalie de Lusignan se encaprichara tan repentinamente de aquel mocetón dotado de muchas certezas pero de escaso ingenio, cuando la creían a punto de prometerse con otro. Apenas unas semanas antes de anunciar su noviazgo, siempre se la veía acompañada en las reuniones mundanas de un alto joven de largas pestañas y mirada ardiente. No había un solo baile en el que no se exhibiera con el joven André Mahl, lo cual escandalizaba a las amas de casa, abochornadas de que la muchacha prefiriese a aquel joven *israelita* a tantos otros jóvenes de sangre irreprochable. Natalie era desde luego la menos guapa de las tres hermanas Lusignan, ¡pero de ahí a *judaizarse*! Agazapada tras los abanicos, reforzada con puntos de exclamación, la reprobación se propagaba. Podía predecirse fácilmente el futuro de tal unión: tres meses de felicidad, treinta

años presidiendo la mesa. (Y que esas frases se pronunciasen durante un baile dado por la baronesa de Rothschild, que nadie habría querido perderse, no escandalizaba a nadie.) Cuando, para vencer los obstáculos de su pasión, un joven israelita se convertía a la religión católica, solía decirse que un judío convertido suponía un cristiano más pero no un judío menos. Aquella gente era irremediablemente distinta.

Así pues, el noviazgo de Natalie con Jérôme sorprendió en la misma medida en que agradó. La sociedad parisina aplaudió con entusiasmo. No faltaron, como sucede siempre, las mentes quejosas. «Es una chica bastante voluble», declararon algunas madres decepcionadas en el fondo de que ese buen partido que era el duque de Sorrente hubiera quedado liquidado. Porque a la leyenda napoleónica que aureolaba ese apellido, en el caso de Jérôme se sumaba el encanto de los millones de su madre, cuyo padre había fundado uno de los bancos más prósperos del Segundo Imperio. Merced a ese matrimonio con Natalie, princesa legitimada de la Casa de Francia, la fortuna de la familia parecía haber cobrado un nuevo lustre en dos generaciones. Nadie había reparado en que aquella famosa fortuna se había evaporado rápidamente, pues los descendientes del banquero se habían revelado incapaces de hacerla fructificar tras suscribir el préstamo ruso en proporciones irrazonables; pero, como suele suceder, perduraba la leyenda, y todo el mundo daba por supuesto que Jérôme era muy rico. Lo cierto era que en lo sucesivo dependería de Natalie. Tampoco faltaron monárquicos intransigentes que criticaron la alianza de los Lusignan con una familia que debía su renombre a un pequeño corso agresivo y ambicioso. Pero la mayor parte de la gente concluyó que aquella alianza entre dos sectores ilustres de la historia de Francia tenía su encanto.

Jérôme soltó el periódico y añadió: «Te quedarás aquí hasta el parto. Esperemos que en marzo se haya estabilizado la situación política.» El lugar de veraneo se convertiría, durante un tiempo, en residencia principal. Habían sido los primeros en su medio social en preferir una casa en el Midi a una mansión rural en el campo, confesando gustosos cierta condescendencia con los primos de la nobleza rural, cuya vida provinciana y prosaica les resultaba temiblemente tediosa. Por el lado Lusignan, tan sólo quedaba del esplendor pasado una casa ruinosa en Poitou. Y Jérôme adujo que nada mejor que el aire seco del Midi para sus pulmones gaseados en 1918. No tardaron en imitarlos algunos amigos: los Noailles en Hyères, los Bourdet en Toulon, los Lucinge en el Cap d'Ail y los Morand en Villefranchesur-Mer. El apodo de «nobleza rebelde» que les habían endosado halagó su vanidad. Jérôme manifestó que había llegado el momento de dar por zanjada aquella conversación recordando a su esposa ciertas exigencias materiales. «No olvides firmar el cheque para el Bugatti que encargamos en primavera; me han llamado de la tienda para decirme que acaban de entregárselo».

«Son cosas que pasan, Natty querida», había escrito por su parte Élisabeth de

Lusignan a su hija, en respuesta a la carta en que ella le comunicaba la noticia. Así, la mujer que conocía sobradamente a los hombres en general y a su yerno en particular se limitaba a reconocer lo inevitable, sabedora por experiencia de que lo que ha de suceder sucede.

Natalie había achacado tan sorprendente flema a la distracción. ¡Élisabeth se ocupaba tan poco de sus hijos! Y es que la princesa de Lusignan dedicaba su vida a lo que más amaba: los hombres. Hija única de un americano que había empezado trabajando de ferroviario para acabar siendo dueño de la más importante compañía de ferrocarriles de su país, poseía la desenvoltura de la gente muy rica. Al haber fallecido el aristócrata con quien la habían casado cuando aún no había cumplido veinte años, había acumulado los privilegios de un brillante apellido y de un sólido patrimonio. Adoptó a su familia política hasta el punto de imitar su acento, profuso en dentales y vocales estiradas hasta el infinito. Ésta no le correspondió en dicha admiración, por antojárseles su fortuna demasiado reciente, su rostro demasiado maquillado y sus escotes demasiado generosos. Poco más y hubieran atribuido a sus padres la pertenencia a una reserva de siux, comparándola con una indígena. Y, ya puestos, ¿por qué no un poco de sangre negra? Con esa gente todo es posible... Un día en que una prima de su marido tan estricta con la genealogía que ningún partido le parecía a la altura de la suya le espetó: «¡Pero si su apellido no vale un pitoche!», Élisabeth tuvo el suficiente ingenio para replicar: «Pero sí vale para firmar cheques...», lo cual la indispuso para siempre con aquella rama de la familia, que no se privó, en lo sucesivo, de poner a caldo hasta el infinito su vida de viuda alegre.

Y es que Élisabeth sabía como nadie esquivar el olor fétido de la desdicha. Algo cantaba y reía en lo más hondo de su persona. Hasta tal punto que resultaba imposible tenerle en cuenta su ligereza: su alegría hacía que la vida resultara más liviana. Desde que sus tres hijas contrajeron matrimonio, no dejó de enviarles cartas distraídas y entusiastas, franqueadas desde palacios exóticos adonde había viajado con su última conquista. Aquello se repetía desde hacía años. Un día, siendo ellas niñas, mientras veraneaban en Deauville, Élisabeth se marchó a Italia con su amante del momento, y se olvidó de su progenie. Cuando el director del hotel exigió el pago de la factura, la niñera fue presa del pánico. La señora está ilocalizable... Las hijas prefirieron tomárselo a risa, pues les pareció una buena palabra para referirse a Élisabeth: «Es nuestra madre, pero está lejísimos.» No le guardaban ningún rencor y disfrutaban de su presencia risueña las contadas veces que la veían.

«Son cosas que pasan», habían comentado las amigas, a quienes fue poniendo al corriente. Cómo la habían envidiado al recordar que, en similares circunstancias, ellas no habían tenido más elección que deshacerse de la criatura, llorando durante días enteros y tapándose los oídos para no oír los demenciales rumores que corrían por París: «¡En el Lutetia, os digo! ¡Y para colmo con una pluma!» Diez cenas no habían

sido suficientes para colmar la exégesis de sus pasiones contrariadas. Gracias a ellas, la gente se había aburrido menos en la mesa durante semanas. Sus amores, más llamativos que los de Natalie, habían llevado a sus maridos a exigir medidas radicales. En la disyuntiva entre la virtud y el cloroformo, se habían negado a elegir, por lo que había ganado la segunda opción. En un París cómplice, se transmitían por lo bajo la dirección de algún médico discreto y comprensivo. Sin reparar en que toda su vida transcurriría intentando olvidar aquel episodio del pasado.

Natalie se retoca por última vez el maquillaje en el minúsculo espejo de la polvera. Se aplica una pizca de carmín en los labios: «Tulipe noire» de Guerlain tiene un tono tan oscuro que la tez, por contraste, semeja la de una anémica. Es el favorito de las mujeres. Natalie se ha pasado distraídamente la mano por el cabello muy corto y ha comprobado si la raya lateral ha quedado bien fijada con la laca. Su cabecita pulida como una manzana de ébano emerge de un vestido de tafetán gris perla. Sólo las manos la afligen: Perrera, el más avisado de los manicuros, el que cortaba las uñas en forma de zarpas, se ha quedado en París. Y, como todas las tardes, ha abierto la puerta del casino de Cannes. Cada vez experimenta la misma subida de adrenalina, una excitación inexplicable, el mundo se reduce a las dimensiones de esa sala de juego de dorados deslucidos. Los crupieres la reconocen. Apenas mira las mesas, donde la ruleta gira tan rápido que sella un destino en cosa de segundos, y se dirige directa a aquella en la que se juega al bacarrá. Todos los días o casi, se sienta frente a la banca, no pierde de vista las figuras y los dieces, grita banco cuando consigue un natural. Patea el suelo, maldice, sólo piensa en ganar. Ante el tapete verde, se le olvida todo, incluso esa criatura que empieza a darle pataditas en el vientre y la obliga a llevar vestidos amplios. Cuando regresa a la gran casa blanca, está tan agotada como tras una siesta de amor.

Natty nunca había visto tanto a su hija. Charlotte tiene diez años. Es la primera vez que los Sorrente pasan tanto tiempo en el mismo lugar. Antes, sabían como nadie trampear con las estaciones, huir de la grisura de París en febrero embarcándose rumbo al Caribe, burlar las primaveras inciertas de Londres explorando las ruinas desiertas de la Sicilia luminosa, cruzar el Atlántico y pasar allí dos meses seguidos para no perderse ninguna de las fiestas que daban los primos de Natalie... Formaban parte de esos tropes cosmopolitas que trashuman ociosos. Cada vez más lejos. «*The sky is the limit*», fanfarroneaban ante quienes se sorprendían de aquellas eternas ansias de viajar.

Cuando Jérôme y Natalie se iban de viaje, la niña se quedaba en París, confiada a una niñera recomendada por la familia real inglesa, «una mujer de primera», decía Jérôme, en un arrebatado mezcla de esnobismo y vanidad. Esa presencia inhabitual de su madre es para la niña una fiesta perpetua. Por las noches, Charlotte le reclama por

enésima vez la historia del asesinato del duque de Berry, cuyo retrato cuelga de la pared de su cuarto. Unas patillas favorecedoras sobre un caballo que caracolea. A lo lejos, un paisaje romántico, Italia o Alemania. Lo bastante para alimentar muchos sueños infantiles (pues para eso sirven los retratos de los antepasados).

Todas las noches se repite la misma comedia. La madre se sienta en el extremo de la cama, apaga los apliques de bronce y comienza a hablar con voz ronca de gran fumadora. La niña se mantiene a la espera bajo el edredón. Dentro de unos instantes, se hallará, el 13 de febrero de 1820, en el París de la Restauración. En la Ópera representan *Las bodas de Gamache*. La duquesa de Berry, que está embarazada, bosteza. Su esposo le aconseja que vuelva a casa y la acompaña galantemente hasta el coche. Una sombra se ha separado de la pared. Ha asestado un golpe preciso para alcanzar el corazón. Al notar un líquido caliente que le corre por el costado derecho, Carlos Fernando se da cuenta de que no ha recibido un simple puñetazo; al palparse el pecho nota el puñal, clavado en el chaleco amarillo; y al extraer el arma, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, libera una oleada de sangre...

Natalie agregaba cada vez detalles suplementarios, pues para ella aquella historia aventajaba todos los cuentos de Perrault o de Mamá Oca juntos. Descríbeme otra vez el puñal, mamá, ¿está lleno de sangre? Y la larga agonía del antepasado en aquella noche de carnaval, mientras lo rodean arlequines de la Ópera, y constantemente adornada, resulta cada noche más emocionante. «¿Y qué más? ¿Y qué más?», preguntaba la chiquilla, aunque se sabía de memoria el relato.

La tela de Jouy bailaba en las paredes, batallones de pastoras y de bergamasco iluminados a retazos por la lámpara de la mesita de noche. De cuando en cuando la cuentista cambiaba de sitio, para aliviar sus dolores de futura madre.

Y arrancaba de nuevo. Se demoraba en el punto culminante de la historia, el minuto mágico en que el duque de Berry, en el umbral de la muerte, transmitía sus últimas voluntades a su casi viuda, «Carolina, vas a quedarte con dos huérfanas, te pido que te encargues de ellas», las dos chiquillas nacidas de su matrimonio morganático con Amy Brown —y aun esa palabra incomprensible participaba en el hechizo de la historia, mor-ga-ná-ti-co, Charlotte articulaba las sílabas con delicia—, dos niñas, despavoridas, despertadas en plena noche, vestidas aprisa y corriendo, incapaces de entender lo que hacían en aquella habitación repleta de gente, a la cabecera de un moribundo cuyo traje de algodón verde y su chaleco amarillo estaban manchados de sangre, incapaces de reconocer al hombre afectuoso que, aquella misma tarde, jugaba con ellas en el parque de Bagatelle. La historia revivía con ese impulso maternal de la duquesa, «¡ahora tengo tres hijas!» (la niña, que lloraba siempre en ese instante, y extremaba su empatía hasta adoptar los rasgos de las dos pequeñas bastardas, brutalmente huérfanas, adoraba ese momento de pura generosidad, y conservaría eternamente una confianza en la especie humana, que sabe ser misericordiosa cuando es necesario), y concluía con el nacimiento del duque de Burdeos a los pocos meses, el niño del milagro cuyo cordón umbilical no fue cortado

hasta que la guardia real envió un destacamento, jóvenes militares, algunos aún donceles, y ruborizándose de tener que atestiguar la filiación del recién nacido.

Como una de las hijas reconocidas —por haber recibido el título del propio rey, sin barra de bastardía en su escudo de armas— había contraído matrimonio con un príncipe de Lusignan, su apellido figuraba para siempre en el árbol genealógico de los Borbones. Natty borraba al otro bastardo, el pequeño Ferdinand, que aún dormía en el seno de su madre cuando el puñal de Louvel alcanzó el corazón del duque de Berry; ocultaba a su madre, aquella Virginie Oreille con quien precisamente él había concertado una cita aquella noche tras el espectáculo en el que ella bailaba y cuya existencia habría podido ofender a un espíritu tan joven. Como ocultaba también a la delegación de veinte mujeres llegadas de Nantes que aseguraban estar embarazadas del príncipe, que poco tiempo antes había pasado una semana en aquella ciudad, aunque, conociendo la energía amorosa del personaje, los hechos resultaban más que verosímiles. ¡No fuera a imaginar Charlotte que los bastardos brotaban entre los príncipes de Francia como la mala hierba en el parque de Versalles cuando el rey no habitaba el palacio! El relato materno tenía pues sus detalles generosos y sus momentos de tacañería. Natalie veía cerrarse los párpados de su hija, cuyo sueño se vería poblado por culpa suya de reyes y de asesinos.

Natalie comenzaba cada vez el relato de modo distinto. A Charlotte le encantaba que la historia comenzase en el momento en que, atormentado por funestos presentimientos, Carlos Fernando recelaba de todo y de todos, como su antepasado Enrique IV antes de su asesinato a manos de Ravailiac. Natty refería las falsas alarmas, un cristal de espejo que se desploma en el Elíseo, o unas cartas anónimas tal vez envenenadas. Carlos Fernando temía ser asesinado dondequiera que fuese. La víspera de aquel famoso domingo de carnaval en el que sucumbió, el conde Greffulhe no se despegó de él durante el baile de máscaras. Como si tras el disfraz se ocultase un asesino... Natalie gustaba de modificar también los desenlaces, llegando a describir, si no se había hecho muy tarde, el arresto del asesino, tontamente frenado en su huida por un camarero del café Hardy que había acudido a entregar unos helados que entusiasmaban a los parisinos. La magnanimidad del moribundo, pidiendo el perdón de su asesino, «al menos me iré con el convencimiento de que la sangre de un hombre no correrá por mí después de mi muerte...». Los inútiles esfuerzos del gran cirujano Dupuytren, mientras el cura de Saint-Roch, portador de los santos óleos, se abre paso entre los polichinelas. Éstos se descubren y se arrodillan ante él, sin acordarse ya de limpiarse los afeites que les corren por la cara. A todos se les han quitado las ganas de reírse y de bailar.

Natalie siempre andaba sobrada de anécdotas suplementarias, hinchaba su relato a la menor señal de distracción de su hija, deja que te cuente ahora el rumor que corrió en París de que el asesino del duque de Berry, el siniestro Louvel, no era otro que Luis XVII —¿recuerdas, cariño, el niño del Temple?—, a quien supuestamente dio muerte su primo para vengarse de su familia, que había ocultado que seguía con vida

para apartarlo del trono. Venía luego una afligida digresión sobre aquel niño mártir, el pequeño duque de Normandía muerto a los diez años de edad, víctima del maltrato infligido por sus carceleros. Lo que suscitaba más lágrimas, pues la empatía de un niño con sus semejantes no conoce límites.

Del lado paterno, Charlotte no fue tan mimada con relatos épicos. Incluso sabía muy poca cosa del apellido que llevaba, y por una razón harto sencilla: Jérôme, al igual que su antepasado Saule, no había pisado nunca Sorrento. En Italia no había pasado de Roma y de Florencia. Era muy propio del régimen imperial el que los titulares de aquellos ducados imaginarios apenas conocieran su emplazamiento. ¿Eran menos duques o príncipes aquellos guerreros que no sabían nada de la tierra de donde les venía el apellido? Que Caulaincourt no hubiera estado nunca en Vicenza, Fouché en Otranto o Talleyrand en Benevento en nada empañaba el poder poético de su título. ¿Podía recriminársele a Lefebvre que no hubiera regresado nunca a Dantzig una vez conquistada la ciudad?

De aquella madre un poco lejana, a quien veía menos que a su niñera, la Charlotte ya adulta tan sólo recordaría eso: su modo de convocar imágenes por las noches para su hija al borde del sueño, de hincharlas sin cesar, de añadirles nuevos colores, de agrandarlas con pormenores; sí, aquella gozosa anamnesis sería el mejor periodo de su infancia.

Natalie transmitía de ese modo lo que había aprendido ella misma, aquella veneración por la sangre real; por ese atavismo borbónico que rebrotaba de cuando en cuando en alguno de sus primos, en una mirada azul noche, en una nariz aguileña, en una afición inmoderada por la caza o por las mujeres. Constituía un motivo de orgullo; disculpaba la fealdad de unos, la inconstancia o la frivolidad de otros. Algunos defectos de origen real no eran del todo defectos. Tras el duque de Berry asomaban Luis XIV, Enrique IV y el mismo San Luis: otros tantos grabados ilustrados que constituían una inagotable reserva para las veladas de los niños.

Jérôme no era insensible a aquellos orígenes. Y no le desagradaba que el entonces pretendiente al trono, el conde de París, escribiese a su mujer desde el exilio de Marruecos largas cartas encabezadas por «Prima», por más que se diera por supuesto que los Orleans eran usurpadores y que los descendientes de un regicida no podían aspirar decentemente a nada.

«La manía que tienen de aglutinarse», ha dicho Jérôme al volver esa noche a la casa. Cannes ha cambiado de cara esas últimas semanas. En ese otoño de 1940 se cruza uno con recién llegados. Los hoteles están repletos de judíos que han huido de la zona ocupada. Tristan Bernard, nunca falto de frases ingeniosas, bromea al respecto: «Kahn, Alpes Marítimos»^[3]. Allí está, como Berl con su querida Mireille que está escribiendo una opereta. Sus figuras de cera no se han movido del museo Grévin. ¿Saben los turistas que acuden a admirarlas a los grandes bulevares que los

originales han puesto pies en polvorosa, de vacaciones obligatorias?

¿Los judíos? No se habla de otra cosa.

Ya en tiempos de sus padres, las familias se habían enzarzado por el capitán Dreyfus. Su rehabilitación, dos años antes de nacer Natalie, en el fondo lo había dejado todo igual. A la gente le parecían «distintos». En qué, eso era lo de menos.

¿Los judíos? No acaba de saberse qué son. Cambian de apellido según el monto de su fortuna, en una jerarquía en la que entra en parte el esnobismo: *youpins* (judíos, sin más), israelitas y por último barones. Aquellos con los que se trataban los Sorrente antes de la guerra pertenecían a esta última categoría. Los han perdido de vista: los Rothschild se han instalado en Nueva York. Los otros afluyen a la zona libre, cada vez más numerosos. Niza se ha convertido en la ciudad más cara de Francia.

Lo cual no quita para que Jérôme opine que el régimen de Vichy posee numerosas cualidades. Aprueba particularmente el rebrote de moralidad que se respira en el país. Está convencido de que esa derrota es fruto de la «relajación de las costumbres». Ha leído en la prensa que a Cocteau, con quien se cruzaron cien veces antes de la guerra, lo han puesto en el Índice: le recriminan a ese agente del diablo que haya elogiado la homosexualidad, la droga y el incesto; en resumidas cuentas, que forme parte de los corruptores de la juventud. Jérôme ha celebrado esa decisión.

En los primeros tiempos de su matrimonio, Jérôme, deslumbrado por el inconformismo de su mujer, consentía en trastocar su naturaleza y la acompañaba de buen grado cuando ella iba con sus amigos finolis —como decían sus chóferes— a regodearse tras los espejos sin azogue de los burdeles de Toulon. Era su manera de ser modernos. Incluso se abstenía de molestarse cuando ella evitaba invitar a sus cenas a algunas de las figuras tediosas impuestas por la caridad o el deber de devolver una invitación, obligado a admitir que si la gente se divertía más en su casa que en ningún otro lugar era gracias a ese saludable desprecio por las conveniencias. Pero a la larga esos descarríos habían acabado chocando con su naturaleza conformista.

Que cesara por fin aquella relajación alegró sobremanera al duque de Sorrente.

La guerra, para los Sorrente, supone por encima de todo complicaciones domésticas. Una serie de quebraderos de cabeza hasta entonces desconocidos. Jérôme no puede ya hacerse trajes dos veces al año en el taller de su sastre, sito en Savile Row. Se acabaron las interminables discusiones para decidir si una chaqueta cruzada debía tener cuatro o seis botones. Como había seguido almorzando o cenando a menudo con el duque de Windsor, Jérôme acabó imponiendo su punto de vista. Hubo que despedir al chófer porque no podían circular con el coche: muy pronto resultó imposible conseguir gasolina. Hubo también que separarse de la niñera inglesa, Miss Bloom: descartado conservar en la casa a una persona con pasaporte de un país con el que se está en guerra. Algunos días, Natalie echó de menos que su hija no pudiera

seguir cantando los deliciosos *nursery rhymes* que acunaran su propia infancia, pero enseguida se dio cuenta del inmenso alivio que suponía no soportar bajo su techo a una *nanny* cuyas exigencias no había mitigado la guerra y que se declaraba incapaz de trabajar si no le servían en cada comida un buen bistec y vino tinto.

A su visión, o más bien a su mantenimiento, debió Natalie la resolución de los problemas desconocidos que se le planteaban. Le habían advertido que numerosos peleteros que huían de París se habían trasladado a Cannes. Cuando fue a recoger su abrigo en previsión del invierno, conversó un rato (exquisita distracción, en aquellas horas solitarias) con la mujer del peletero. A primeros de mayo, los Lévy habían abandonado la rue des Petites-Écuries y habían descendido cada vez más al sur, siguiendo el rastro cacofónico del éxodo. Por fortuna, tenían unos primos en Cannes que podían alojarlos. De momento, al pie de aquellas palmeras de postal, había concluido la huida. En París, la señora Lévy ha criado a sus cinco hijos y se ha hecho cargo de muchos otros, «de familias de muy buena posición». Sigue teniendo a su cargo a su benjamina, una muchacha muy joven que está siempre de morros porque se aburre en esa ciudad de provincias donde no conoce a nadie. La vida se ha puesto tan cara en unos meses que aceptaría de buen grado encargarse de una criatura. Su físico inspira confianza. No obstante su apellido, tiene aspecto de asidua a la catequesis. El cabello le encanece con elegancia. En ningún momento de la conversación se ha quejado de su suerte. Pero el motivo de que querer contratar a la señora Lévy no es tanto su competencia como el pánico que produce a la duquesa de Sorrente quedarse sola para ocuparse de un lactante. Natalie, que en la vida había cambiado un pañal ni calmado un dolor de muelas, se sentía desvalida. Desde luego, qué mala suerte, esta guerra.

Aquello provocó un drama con Jérôme: «¿De verdad crees que es el momento?» ¿Acaso no había superado la edad de las provocaciones? ¿Creía haber vuelto a los tiempos en que compraba cuadros a Dalí y firmaba con Marie-Laure cheques para Buñuel, que había utilizado ese dinero para rodar una película en la que aparecían tantas hormigas que a aquella *Edad de oro* la llamaron «la edad de la basura», una aventura que a ella se le antojó muy graciosa? ¿Gracioso, el ciego maltratado? ¿Graciosa, la anciana abofeteada? ¿Gracioso, el obispo defenestrado? Un escándalo de aquí te espero, nada más. Todo para que se te echaran encima, después de la proyección, el clero, *Le Figaro* y el Jockey al alimón, o sea todo el mundo... Y dos años después Natty reincide e insiste en que rueden una escena de la siguiente película de Cocteau con los Noailles y los Lucinge («Jean insiste, ¿será una obra maestra! *La sangre de un poeta*, un título magnífico, ¿no?»), Jérôme se dejó embaucar tontamente, no se informó sobre su papel. Y acaba sentado en el palco de un teatro ¡aplaudiendo la lapidación de un niño! Al paso que llevaban las lapidaciones, estaba al caer la excomuniación. Hubo que suplicar al director que volviera a rodar la escena, con el travesti Barbette —Barbette en persona, el rey del trapecio, que no revelaba su sexo hasta el final del espectáculo, suscitando la

estupefacción de los espectadores, convencidos hasta aquel momento de que estaban viendo a una muchacha vestida con plumas— como improvisado doble. Doblado por un travesti surgido de los fantasmas de sabe Dios quién. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Cuando las autoridades prohibieron *La sangre de un poeta*, Jérôme experimentó un grandísimo alivio. Juró no volver a dejarse engatusar.

Así pues, Jérôme cuestionó la contratación de la señora Lévy, pese a no haberla visto nunca. Cuanto más discutía, argumentaba y protestaba, más decidida estaba su esposa a emplear a aquella mujer. El eterno temor de Jérôme a llamar la atención le trae sin cuidado. No porque Natalie tenga un temperamento proclive a defender a los oprimidos; no es tan generosa; y nada le es tan ajeno como las complicaciones que conlleva la bondad; lo que sí tiene, anclados en ella, son un fuerte espíritu de contradicción y un total desprecio por las convenciones. El mismo desprecio que, precisamente, tanto sedujo a Jérôme cuando conoció a Natty, y que, pasados los años, le exasperaba. Ver la vida que llevaba su suegra era una buena muestra de adónde podía llevar aquello. A las puertas de la sociedad. Pero estaba derrotado de antemano en aquella batalla doméstica: gana aquel de los dos que firma los cheques a final de mes. Contratarán a la señora Lévy. Su hija Ginette ayudará en la cocina.

—¿Qué podemos perder? —concluyó Natalie, modesta en su victoria—. Al fin y al cabo, estamos en zona libre.

A finales de octubre, el viejo Cannes es una delicia, nadie diría que se avecina el invierno. El cielo es de un azul profundo, las islas de Lérins emergen a lo lejos inmersas en una bruma de color champán. Como todos los domingos, los Sorrente acuden a la misa de la iglesia de Notre-Dame de Bon Voyage. Natty, Jérôme y Charlotte se han santiguado con el agua de la pila en forma de concha, corola nacarada adosada a una pilastra de piedra, que da fe de los tiempos en que se alzaba allí una modesta capilla consagrada a los pescadores. Fue precisamente en esa capilla de Notre-Dame de Bon-Port donde Napoleón pasó su primera noche en suelo francés a su regreso de la isla de Elba. ¡Marzo de 1815! ¡Qué semana! ¡Santa, por añadidura! Sólo de imaginar al genial y añorado Napoleón, que acaba de huir de la isla de Elba en un barco camuflado con el pabellón inglés y besando el suelo de aquella modesta capilla, a Jérôme se le nublan los ojos de lágrimas. Por ello había sido firme por una rara vez en su vida, cuando fue necesario hallar una parroquia donde su hija pudiera acudir a la catequesis, y ellos exhibir a su familia los domingos. Tenía que ser esa iglesia y ninguna otra. Por dondequiera que pasó el Emperador, se siente un poco en su casa. Jérôme no ha hecho nada excepcional en su vida; la de sus antepasados le hace las veces de tarjeta de visita.

La barbilla que le roza el cuello almidonado, los hombros caídos, la mirada que se detiene en el mármol sucio: su comportamiento se asemeja al de los demás feligreses. Sólo su mujer sabe lo que oculta tan intensa piedad: Jérôme no reza, recuerda. Y sus

recuerdos fagocitan su fe. ¿Cómo pensar en Dios en ese lugar donde el Emperador recobraba, después de trescientos días de exilio —lo que dura un breve vivac—, un poco de su pueblo? ¿Se estremecía por arrebatar el poder a los Borbones? ¿Se disponía a volar, cual águila, de campanario en campanario, hasta París? En ese día de Todos los Santos, en ese día en que hay que pensar en los muertos, Dios no se lo tendría en cuenta. «Señor, haz que esta criatura que va a nacer sea un varón»: tal es la plegaria que formula, ese día, en lo más hondo de su corazón.

Es casi mediodía y los pájaros pían en la plaza Mérimée. Charlotte, que no ha hablado durante la misa, se queja ahora; suda bajo su abrigo de terciopelo granate; se pelearía con un fantasma si pasara alguno por allí. Y es que la han invitado a comer en casa de un niño que la reta cada día a las canicas en el parque Rothschild, detrás del Vieux Port. Sus padres han dudado en darle permiso, quién es esa gente, a la que no conocemos, ha preguntado Jérôme, arqueando severamente una ceja, seguro que es buena gente, pero has de reconocer que es un apellido impronunciabile... ¡Y comerciantes para colmo! ¡Gente a la que no se nos ocurriría tratar en París! La pobre tiene tan pocas distracciones, ha aducido Natalie, bien puedes darle ese gusto. Jérôme ha cedido. Jérôme ha dado su beneplácito. Señas: rue des Belges, detrás mismo de la Croisette. En el número 10, una tienda minúscula cuyo escaparate está tan atestado que parece un puesto del mercadillo de saldos: mobiliario moderno y aparatos de radio, tales son las especialidades de la casa «Arte». Ha abierto la puerta la madre de Adrien. Sonríe al reconocer a Charlotte y llama a su hijo, enfrascado en la lectura de su revista preferida, *Allez Cannes*, que le mantiene al tanto de las hazañas del equipo de fútbol local. Adrien tiene diez años, ojos vivarachos, orejas ligeramente de soplillo y un gran mechón de pelo que su madre se empeña en dominar. La señora se presenta, soy Marguerite Maeght, tiende cordialmente las manos a los Sorrente. Jérôme (que había refrenado a tiempo un amago de besamanos) le ve un aire vulgar y lamenta ya haber cedido ante su hija; a Natalie, por el contrario, le agrada de entrada esa morenita de mirada chispeante y boca de color carmín. No se queden en la acera. Pasen, por favor. Los niños ya han subido a jugar a la primera planta, llenando la escalera de un alegre estribillo, «Maréchal, nous voilà...».^[4]

Resulta imposible no sentirse intrigado por ese lugar. Adosadas a las paredes, pueden verse en el suelo decenas de lienzos de los que sólo es distinguible el bastidor. ¿Qué hacen todos esos cuadros en una tienda de muebles? Los recién llegados no necesitan preguntarlo, Marguerite contesta *motu proprio*. Cuenta que su esposo, Aimé Maeght, viaja regularmente a París para rescatar los cuadros que ya no se permite vender a los comerciantes judíos, o que podrían ser saqueados por el ocupante alemán, tras huir sus dueños a la Costa Azul... Marguerite teme por él hasta que se apea del tren. Cada viaje constituye una expedición agotadora y repleta de peligros. Por miedo a los controles, Aimé cubre los cuadros con escenas de género pintadas a la aguada y firmadas de su puño y letra. ¿Acaso no es un artista él también? Eso contestará en cualquier caso si un policía receloso le pregunta qué hace con decenas

de lienzos bajo los brazos. A Dios gracias, todo ha ido bien por el momento, dice Marguerite con una sonrisa.

Marguerite accede a girar algunas telas. Revueltas, de Utrillo, Renoir, Matisse, Monet. Los Sorrente han reconocido el estilo sin necesidad de consultar la firma. Es sorprendente la cantidad de obras maestras que hay. Como para atiborrarse de belleza durante horas. En el norte, al otro lado de la línea de demarcación, se multiplican las vejaciones contra los judíos. Saquean sus casas. No les dejan trabajar. Marguerite reitera, insiste, hasta tal punto que los Sorrente abandonan la rue des Belges vagamente incómodos. «Por fortuna, nada de eso nos atañe», ha dicho Jérôme al ver el rostro descompuesto de su esposa.

Ese 20 de diciembre de 1940, cae la lluvia sin interrupción. En la Croisette, las palmeras parecen sollozar. El mar huele a cloaca. Nada tan triste como la Costa Azul bajo la lluvia, piensa Natalie al apearse del coche, entorpecida en sus movimientos por su vientre prominente. Pero en el fondo no le ha disgustado salir de casa y abandonar durante unas horas a un marido de pésimo talante: sigue sin recuperarse de que no le hayan concedido un salvoconducto para trasladarse a París, donde, cinco días atrás, se había celebrado una gran ceremonia en los Inválidos por el regreso de las cenizas del Aguilucho casi un siglo exactamente después del regreso de las de Napoleón. Y es que el duque de Sorrente ha sido víctima de su carácter. Las calaveradas de su padre lo han convertido, por típico espíritu de contradicción, en un hombre sumamente convencional. A su juicio, la existencia se resume en dos categorías de actos: lo que se hace y lo que no se hace. Y he aquí que, por primera vez en su vida, se veía enfrentado a una elección sobre la que ninguna jurisprudencia mundana podía aportarle una luz. ¿Debía participar en esa devoción al duque de Reichstadt, y por ende darse el gusto de volver a ver a sus primos Murat, Masséna y Lejeune, que no dejarían de acudir, o negarse a asistir a una ceremonia organizada por el ocupante? En la que por añadidura su amado mariscal Pétain había rehusado participar. Jérôme se pasó dos días enteros sumido en la duda. Tanto es así que cuando se decidió por fin a acudir, había expirado el plazo para conseguir el salvoconducto. El día de la ceremonia estaba de un humor de perros, aislado en Cannes, lejos de aquellos que profesaban culto a los suyos. Ni siquiera lo consoló el aguardiente ingerido ese día, pues se había empeñado en celebrar el acontecimiento, como esos oficiales del Imperio británico que, en la otra punta del mundo, se creen obligados a emborracharse el día del cumpleaños de su soberano. ¡Y si eso sólo hubiese durado un día! Pero no. Cinco días lleva aguantando los relatos de quienes han estado allí y no le ahorran ninguna anécdota ni le ocultan el malhumor de los parisinos que, lejos de comulgar con el culto imperial, se pasaban clandestinamente el epigrama de Jean Paulhan: «Al Aguilucho he visto volver, / pero parece haber un error / nosotros queremos carbón / y cenizas nos quieren traer.» Los ecos de tales

rechiflas han conseguido cruzar la línea de demarcación para amargarle la semana a Jérôme.

Natty ha concertado con gran antelación una cita en el instituto Coryse Salomé, sabedora de que no sería la única en querer arreglarse de cara a la Navidad. Una quería una manicura, otra, una permanente. En el escaparate, un letrero reciente oculto tras los frascos de perfume y las lociones capilares anuncia que, a pesar de su nombre, la casa no es en absoluto judía, de lo cual se congratula. «Valiente ocurrencia mezclar la política en semejante lugar», piensa Natty encogiéndose de hombros. Entra en el salón de belleza, ansiosa de olvidarse de todo bajo las manos del peluquero de cháchara insulsa, que sabrá disimular, con pinceladas cargadas de ébano, las primeras canas aparecidas en el nacimiento de las orejas. Dispondrá sus mechones en ángulos que temblarán en sus sienes. Y la felicitará por su excelente aspecto.

Al salir de Coryse Salomé, divisa una figura familiar que parece deambular sin meta alguna por la calle... ¡Él, aquí! Es Reynaldo Hahn, un viejo amigo de su madre, cuyas canciones la arrullaron de niña cuando se sentaba ante el piano familiar. ¿Era «Nuit d'amour bergamasque» o «Le rossignol éperdu» la melodía pegadiza que ella silbaba continuamente a los quince años? *Ciboulette* era la ópera preferida de Charles de Lusignan, Élisabeth se lo ha comentado un montón de veces, y esa anécdota acrecienta la ternura que le inspira el viejo músico. Cruzárselo allí es como mirar una fotografía de veinte años atrás: una vertiginosa sensación del paso del tiempo. Abraza cariñosamente a Reynaldo, le pregunta cómo está.

—Esperando tiempos mejores, querida Natty. No se permite interpretar mis obras en ningún sitio porque soy judío. Aquí estoy tranquilo.

Natalie se queda de una pieza.

—¿Pero su madre no era católica?

—Claro, pero eso a esta gente le trae sin cuidado. Y yo no puedo quejarme mucho. La Comédie Française echó en octubre a sus actores y a su personal judío. Con esta locura antisemita, le han cambiado el nombre al teatro Sarah-Bernhardt... Ahora se llama Théâtre de la Ville. Hasta nuestro amigo Serge Lifar ha sido víctima de este estado de sospecha general. ¿Sabes lo que le ha ocurrido?

—No tengo ni idea, aquí nos llegan pocas noticias de París.

—Se presentaron dos oficiales alemanes en la ópera con una citación. La policía había recibido varias cartas de denuncia, acusándolo de judío. En la comisaría de la rue des Saussaies, protestó, diciendo que era ortodoxo. Naturalmente, la demostración de lo que él alegaba estaba en Kiev, lo cual no facilitaba las cosas. Al día siguiente, le dijeron que volviera con su hermano Léonid para someterse a un reconocimiento médico. Y lo que ocurrió allí fue algo inaudito: a su hermano lo soltaron, pero la policía detuvo a Serge aduciendo que su nariz no respondía a los criterios arios... Como puedes imaginar, semejante argumento lo enfureció y se puso a insultar al médico gritando: «¡¿Me está usted diciendo que mi madre era una

puta?!».

Natalie ha cenado tantas veces con Lifar antes de la guerra que le parece estar oyéndole clamar con su entonación rusa su indignación de hijo humillado.

—¿Cómo salió del paso?

—Por fortuna recordó que su nariz, esa famosa nariz que tanto intrigaba a la policía alemana, no era su nariz de nacimiento. De muy joven, le realizaron una operación para dejársela en ángulo recto. Una coquetería de artista. Y podía demostrarlo, porque en su libro sobre Diáguilev había insertado fotos suyas de antes y después de la operación. Las mostró y pudo recuperar su puesto de director de la Ópera. Pasó tanto miedo aquel día, me contó, que desde entonces los insultos de la prensa antisemita le traen sin cuidado. O más bien le dan risa. Suele contar que la revista *Au Piloni* sostiene que Lifar es una inversión de Rafil y que en realidad es un horrendo judío ruso camuflado en París...

Natalie lo mira con cariño y piensa que su barba le confiere aire de profeta. Por primera vez, comprende por qué han venido tantos judíos a refugiarse allí, en zona libre.

De regreso en casa, tiene que ponerse a envolver los regalos de Navidad, todos con el mismo papel, para que quede bonito. No concibe una cena de Navidad sin tales refinamientos. Élisabeth ha enviado felicitaciones desde el otro extremo del mundo, en una carta repleta de superlativos y de palabras inglesas de las que se desprende que su familia puede estar tranquila: no estará sola ese fin de año. Lo cierto es que eso no lo dudaba nadie.

Los Sorrente celebrarán la Nochevieja en un club nocturno de Montecarlo. Las joyas han salido de los estuches y los smokings de la naftalina. Para cenar toman caviar y beben champán coincidiendo en decir que viven una época adulterada. La palabra «decadencia» está en boca de todos. Aun así bailan. Después de los cotillones, los inevitables abrazos y los «Feliz año» que suenan a falsos, se hace el silencio. Una figura frágil, cubierta con un sencillo vestido negro, aparece en el escenario. Canta Édith Piaf. Aquello no se parece en nada a cuanto hayan podido ver antes. En ese decorado de terciopelo y oro, en medio de esos hombres de smoking y de esas mujeres maquilladas, «parece una niña mártir sonriendo entre lágrimas». Jean Hugo, que ha renunciado a su masía de Fourques, donde han buscado refugio Bérard, Kochno y los Auric, ha musitado esa observación al oído de Natty, hipnotizada también por la artista de frente abombada y boca desdibujada que parece hipar como una niña a la que acaban de abofetear. Una niña a la que dan ganas de abrazar y de arropar en su cama. A las tres de la mañana, sólo han tenido que seguir la carretera de la cornisa cubierta de nieve iluminada por la luna para regresar a Cannes.

—¡La señora duquesa está servida!

Bonita ocurrencia montar una reunión familiar en los tiempos que corren... En ese mes de abril de 1941, los invitados se las han visto negras para llegar a Cannes. Pasar de la zona ocupada a la zona libre requiere hacerse con papeles. Pero Jérôme se ha negado a retrasar la ceremonia, temiendo que el pequeño Joachim Saule de Sorrente se ponga demasiado robusto para lucir, como los demás niños de la familia en tamaña ocasión, el vestido de bautizo que fuera el del rey de Roma y que los Sorrente recibieron de «Maman Quiou», aquella antepasada que fuera aya del príncipe heredero. Con ese vestido y un nombre de pila así, el niño queda homologado como Sorrente.

En casa de los duques de Sorrente, el linaje familiar es fundamental. En un medio en que uno se denomina pariente por poco que tenga un tatarabuelo común de la época de Luis XIII, en que pueden recorrerse sin error las ramas del árbol genealógico, controlando todas las ramificaciones, todas las correspondencias, todos los callejones sin salida, donde si uno no es primo por los Masséna lo será por los Lucinge o por los Broglie, muy graves han de ser las circunstancias para que la reunión mundana se transforme en comida íntima. Treinta personas se han sentado a la mesa. Apenas se comenta la ceremonia de la mañana; sí se saluda la discreción de ese bebé de seis semanas que ha berreado con contención genuinamente aristocrática cuando le ha corrido el agua del Jordán por las sienes. Aún es pronto para entregarse al juego de los parecidos, que entusiasma a los presentes, aunque algunos no pueden resistir la tentación de observar al bebé y comentar su fisonomía. Tiene el color de su madre, salta a la vista, no hay más que ver su pelo negro y su tez mate. Pero «es muy Sorrente», comentan alborozadas las tías ancianas, seguras de identificar en esa nariz pronunciada y esa frente baja las de Patrick Saule, el antepasado inmigrante irlandés que fuera felicitado por el Emperador —después de que aquel edecán de Murat, solo al frente de un ejército de trescientos hombres, plantase cara a dos mil soldados italianos— con estas palabras transmitidas de padres a hijos, cual talismán: «Sé que no hay nadie tan valiente como tú», orgullo que provenía no tanto del elogio, con ser éste muy grande, como del tuteo, que era excepcional.

La parentela se muestra unánime. No hay uno que no felicite a Jérôme por el nacimiento de su primer heredero varón. Un hijo que perpetúa el apellido familiar. De haber estado vivo, aquel querido Lucien habría vivido uno de los días más felices de su vida. Ante la evocación de su padre, Jérôme adopta un aire afligido que se superpone a su gratitud por los cumplidos, añadido contra natura que le infunde de súbito una mirada extraña.

Finalizan los cumplidos. Muy pronto la política vuelve a ser el centro de la conversación.

Sobreviene una escalada de comentarios. El colaboracionismo ha sido una suerte. El enemigo común es el bolchevismo. Nos libran de Blum, lo cual no está nada mal. Paul Reynaud era del mismo palo. El parloteo unánime es interrumpido a ratos por el *maître d'hôtel*, que murmura al oído del comensal: «Haut-Brion 1929».

Esas conversaciones revientan a Natalie. La guerra conlleva, para ella, la privación de París y de su vida de antes. Dicho de otro modo, una pesadilla. Ah, ojalá vuelva la paz, aunque sea gracias a Pétain, aunque sea gracias a Mussolini, pero sobre todo que vuelvan los tiempos de las fiestas, que pueda volver a lucir sus vestidos y, por qué no, volver a seducir. Cuando se ha enfundado el traje sastre de Lucien Lelong, una viscosa color malva de la colección primavera-verano 1937 (le vienen a la mente las pruebas en la avenue de Matignon, ante la mirada admirativa del modisto), cuando se ha perfumado con N, el perfume creado en homenaje a su mujer Natalie Paley, inolvidable silueta de cristal con el mismo nombre que ella, de pronto le ha entrado nostalgia de París, de las colecciones de alta costura, de las tarjetas de invitación que se apilaban en el espejo, del torbellino mundano en el que vivía antes.

En el momento de sentarse, no ha logrado ocultar una mueca. Es la maldita cicatriz de la cesárea que, a cada movimiento que hace, le da una punzada, arrancándole un rictus de dolor. El nacimiento de Joachim ha sido brutal. Seis semanas lleva disimulando su sufrimiento; plantándole cara a veces, para terminar abdicando, exhausta. Sólo su médico conoce los episodios de esa lucha. El otro día el doctor Toussaint la amonestó: quizá vaya siendo hora de poner fin a esa inyección diaria de morfina sin la que, según ella, no consigue conciliar el sueño. Se lo ruego, doctor, hágame otra receta. El médico ha hablado de sustitutos, el Eubine, el Pantopon, analgésicos inocuos, pero acaba cediendo ante la pupila suplicante. Gracias a él puede seguir manteniendo su papel de ama de casa. No la ha abandonado la euforia que la embarga desde el nacimiento de su hijo. Se ocupa de él como nunca se ha ocupado de su hija, no quiere que la cuna salga de su habitación, se estremece al menor de sus llantos, se aterra al menor síntoma de fiebre.

A pesar del sufrimiento, guarda las apariencias. Cuenta a sus vecinos de mesa la proeza que supone esa comida, que se ha visto en la obligación de hacerse con cupones para poder comer. ¡Cupones! ¿Qué será lo próximo? Refiere a media voz que ha tenido que echar mano de las cocinas del Carlton mediante el pago de dinero contante y sonante. El croquembouche está colocado en medio de la mesa, y suscita silbidos de admiración. Y pensar que tengo prohibidos los postres, declara Natalie, quejumbrosa; como sabéis, tengo la misma diabetes que se llevó a papá... Durante un breve instante, su mirada se ha cubierto de un velo melancólico.

Con todo, Natalie se mantiene erguida, sin rigidez, con la espalda como suspendida de hilos invisibles. El fruto de toda una educación, «*Sit up straight!*», repetía el aya inglesa cincuenta veces al día. Le queda algo que los tontos calificarán de porte principesco. Por su lado, la conversación gira en torno a Ferdinand Bac. Saben que está recluido en Colombières, en Menton. ¡A sus años, vivir una guerra más! Ese viejo amigo de la familia es una suerte de padre Mugnier laico. Dibuja, escribe y sobre todo gusta de recibir las confidencias de las damas. Hace años que la buena sociedad se derrite por él. Tiene mesa franca en casa de la condesa viuda de Sorrente. Una confidencia de la emperatriz Eugenia desveló el secreto de sus

orígenes: es el nieto natural de Jerónimo Bonaparte.

¡Grata noticia para una familia que venera al Emperador! Aparecer en el árbol genealógico de los Bonaparte le confiere un nuevo prestigio a ojos de una sociedad que otorga más valor al nacimiento, aunque sea ilegítimo, que al carácter y el talento. Deleitosas comidillas. Se comenta una ruptura, que se esclarece al final. Hace mucho tiempo, la princesa Mathilde se enamoró de Charles-Henri Bach sin saber que era hermanastro suyo. Éste, en vez de explicarse, se escabulló; Mathilde no le perdonó nunca esa afrenta a sus encantos.

Natalie no sabe qué pensar de esa historia. Ha permitido que se abandone la conversación sobre política, lo cual es bueno, pero hace hincapié en los nacimientos ilegítimos, lo cual es de dudoso gusto, habida cuenta de las circunstancias. Rasca nerviosamente el espeso damasco del mantel.

Falta en esa reunión familiar la abuela paterna de la criatura. La madre de Jérôme ha comunicado a su hijo, en una larga carta llena de resentimiento que él ha mantenido oculta, que no pensaba ver nunca a ese niño. ¿Qué ha adivinado? ¿Qué ha imaginado? Oculta totalmente sus dudas. Pero todas sus amigas saben que desaprueba la acusada afición de su nuera por los bailes y por quienes bailan en ellos. Oficialmente, se está reponiendo de una lumbalgia y no puede abandonar Bretaña. Comoquiera que sea, a la duquesa viuda de Sorrente nunca le han gustado los niños ni los contactos físicos que presidían su llegada. Nada más nacer su hijo, consideró que había cumplido con su marido y condenó definitivamente la puerta de su alcoba. Buscó refugio en la lectura y en la maledicencia, dos actividades que, ejecutadas con seriedad, habrían bastado para colmar la jornada de cualquiera. En interminables cartas a su hijo y a sus amigos, entreveraba elogios a tal novelista principiante y desprecio por la conducta de tal o cual mujer a quien se veía con demasiada frecuencia acompañada en sociedad de un hombre que no era su marido. Jérôme había oído en varias ocasiones que su madre no estaba tan sola en su casa de campo bretona como decía, que recibía numerosas visitas de altivas amazonas y que la servidumbre murmuraba. Horrorizado por las imágenes que asociaba a tales rumores, decidió limitarse a mantener relaciones distantes y episódicas con ella.

(Y si se me permite desvelar una anécdota que no forma parte de esta historia, sepan que, años después, cuando Joachim, ese niño de pecho que acaba de ingresar en la gran familia de los cristianos, se convierta en un robusto anciano de setenta años, y sus amigos le pregunten por aquella abuela paterna convertida en figura de la vida literaria, cuyo nombre aparece en los índices de innumerables y doctos libros — Joachim, ¿la conociste bien? Sabrás un montón de anécdotas sobre ella, cuéntanoslas —, deberá confesar que no la vio nunca, aunque murió cuando él contaba quince años cumplidos y su hermana iba a merendar con frecuencia a su casa; pues bien, lo crean o no, a nadie ha extrañado nunca esa distancia que interpuso entre ambos, ni siquiera a él, por lo demás. Lo cual demuestra que la vida siembra indicios pero que los hombres son pésimos detectives).

Nadie lamentaría la defeción de la duquesa viuda de Sorrente salvo Élisabeth de Lusignan: durante el bautizo anterior, las dos abuelas habían pegado la hebra profusamente, rivalizando en saber cuál de las dos había inspirado en mayor medida a Proust, ya convertido en escritor famoso, citando tal prueba irrefutable, el color de un vestido, la dirección de un palacete, el nombre de una planta que gustaban de poner sobre las consolas de su salón, cuando lo cierto era que habían ninguneado lo suyo al pobre Marcel en aquellos salones donde su figura lúgubre formaba una mancha en medio de las plumas de los sombreros y de los abanicos. Se les antojaba adulator y obsequioso, y odiaban su modo de observarlas con su dulce mirada de moribundo. Tan pronto se marchaba, se reían entre ellas, mofándose de su cara de viejo judío, toda ella relieve y sombras, y relatando anécdotas que lo ridiculizaban. ¿Sabe usted la última? Al llegar a casa de la señora de Brantes, en Turena, se apresuró a ir al garaje para respirar el olor a gasolina, alegando que era la única manera de que se le pasara la alergia a las flores. Las risas malévolas brotaban de los abanicos. ¡Y pensar que ahora se hablaba de ellas gracias a él! ¡Que, por decirlo así, las había hecho famosas!

Élisabeth lo cuenta con ese delicioso acento que no ha perdido en los cuarenta años que lleva en Francia; tanto es así que sus hijas sospechan que lo cultiva. Saben perfectamente que esas vocales marcadas y esas erres comidas contribuyen a su encanto. En el ambiente mundano se rumorea que su actual amante tiene quince años menos que ella; sale sin él, lo cual permite a sus hijas alegar que no saben nada cuando les preguntan.

La comida concluyó en la más pura tradición de los ágapes familiares, con estómagos hinchados por un exceso de petisús y revueltos por el champán. La señora Lévy —cuyo apellido no consigue nunca recordar Jérôme, por más que se esfuerce; esa mañana la ha llamado «señora Dreyfus» y ella ha alzado los ojos al cielo sin osar corregirle— se ha llevado al lactante, que empezaba a berrear para proclamar su legítimo agotamiento.

«Soy una niña... Pero soy muy muy feliz, Michel, no puedes imaginártelo. Es maravilloso lo que me ocurre, ¡maravilloso! Me da la impresión de que empecé a vivir el miércoles pasado. No cuando entré; cuando empezamos a ensayar...» Ginette repite su texto con toda clase de mímicas ante su madre, que le hace de espejo. La señora Lévy le da la réplica mientras pela verduras en una esquina de la mesa de la cocina. ¡Cómo ha cambiado su hija en unas semanas! Dieciséis años de encanto puro, unos ojos azules salpicados de estrellas oscuras, un cabello dorado que se empeña en domeñar aprisionándolo en unas trenzas de colegiala: Ginette es la alegría de villa Sorrente. Natty contempla en ella esa edad de los posibles, que ella ha rebasado para siempre. Siente un afecto casi maternal por esa muchacha cuyo optimismo y alegría no ha mermado la guerra. Una noche, para distraerla, Natty la llevó a ver actuar a Claude Dauphin en el casino de Cannes, y Ginette, fascinada por el espectáculo,

declaró que ésa iba a ser su vocación: actriz. Tras solicitar información, Jean Wall aceptó acogerla en su curso de dicción tres veces por semana. Con él ensaya *Une grande fille toute simple* de André Roussin, que se representará en el casino de Niza el año siguiente. Le encomiendan el papel de Stépha, la actriz cruelmente dividida entre el director y el joven protagonista.

¡Dieciséis años! La edad en que cuesta no imaginar el futuro con mucha gloria y aún más amor. La edad en que el corazón se derrite ante los jóvenes, siempre que no sean muy feos. Y así ha sido: Ginette se ha enamorado. «¡Ahí está Mick, y su lozanía! Y ahí está Stépha perdidamente enamorada, con él en el jardín...» Ginette no cesa de hablar de ese chico alto y moreno que hace de Mick. Gérard Philipe. Gérard que. Gérard a quien. Gérard cuyo. Todo ello muy confuso. Acribillada a preguntas, Ginette consiente en describir a un chico alto y moreno de diecinueve años, ojos tiernos, sonrisa exquisita y voz temblorosa. Antes de cada ensayo, Ginette tarda una hora en elegir el vestido. Cuando está programado el acto tercero en el ensayo, el acto en que Mick declara: «Tengo dieciocho años y amo a Stépha, ¡y es la primera vez!», Ginette tarda dos horas en estar lista.

Por fortuna los tormentos amorosos de Ginette tienen ocupada a su madre. Porque a la señora Lévy le entran palpitaciones cuando, al caer la tarde, lee el periódico que Jérôme ha dejado tirado en el salón. ¿Por qué están deteniendo a esos judíos? Natalie la tranquiliza. No lee la prensa pero la informa su marido. «Detienen a los judíos extranjeros o naturalizados desde 1927; a los que tienen acento, vaya. ¡Acento! Ya ve que no tiene por qué inquietarse...» La señora Lévy la escucha calmamente y luego replica con amargura: «Me gustaría creerla. Pero los franceses ya la emprendían con los judíos en el pasado. De las vejaciones a las persecuciones sólo hay un paso. Son cosas que pasan, señora».

Para distraer a Ginette, Natalie le enseña a veces el espacioso ropero donde reposan los vestidos de noche que evocan la vida parisina. Acaricia sus recuerdos. Quince años que semejan una sola fiesta, siempre distinta, siempre la misma. ¿A cuántos bailes de disfraces han ido? Ya ni lo sabe. La época veneraba los disfraces, y ellos habían decidido adaptarse a su época...

Bailes temáticos: el tema es muy importante, si no la fiesta se convierte en un carnaval.

Semanas confeccionando un atuendo fastuoso, es decir, más original que el de las demás.

Abrumando a Karinska, la modista de los ballets rusos, para que el vestido esté listo puntualmente y llegue a casa a tiempo, metido en su rígida funda. Jean Hugo diseñaba trajes que Jérôme no entendía: era como su antepasado Saule, capaz de ganar batallas sin haber sabido descifrar un mapa en la vida. Necesitaba una tela que se arremolinara en torno a la cintura, una peluca que le cubriera el cráneo, una espada

al costado para entender a quién se parecería durante una noche.

Ginette escucha a la duquesa de Sorrente, que habla incansablemente.

Ni un solo año sin una fiesta de disfraces; aquello comenzó antes de casarme, en 1922 el baile de los juegos, en 1923 el baile Luis XIV, en 1925 el baile de las entradas de ópera en casa de los Beaumont... ¡Desde 1928 soy uno de ellos! Se celebraba el baile Proust en casa de los Lucinge, elegí encarnar a Gilberte Swann, Jérôme estaba escandalizado porque era hija de una fulana, acaso es obligado parecerse al personaje, recuerdo que Paul Morand se disfrazó de Charlus, fue de lo más chusco, con lo que le gustan las mujeres, luego vino el baile del mar, no puedes imaginarte el traje de sirena que me hizo la señorita Chanel, no había modo de bailar con él, en 1929 el baile de los materiales, la idea fue de los Noailles, ay aquel vestido de espiga de trigo que me puse y que me dio urticaria, Charles de Noailles de hule y Morand de cubierta de libros Grasset, música de Auric y de Poulenc con decoración de Jean-Michel Frank, y el mismo año, creo, el baile Biblioteca Rosa, Jérôme de general Dourakine resultaba más auténtico que el verdadero y yo iba de niña modelo con calcetines blancos y vestido por encima de la rodilla, se disfrazaron muchos hombres aquella noche, Emilio Terry estaba ridículo de señora Fichini, casi tanto como Wladimir d'Ormesson, que siendo como era embajador iba disfrazado de pequeño Lord Fauntleroy, terciopelo, cuello de encaje y pantalón corto, y Francis de Croisset amenazaba a todas las señoras con darles una zurra con su disfraz de viuda Mac Miche, logrando a veces sus fines: lo sorprendió un fotógrafo azotando a la duquesa de Gramont, que iba de Buen Diablillo, y resulta que diez días después se presentaba a la Academia Francesa... ¡Se pasó los días siguientes temblando, que los inmortales no leyeran la prensa!, aquello no tenía fin, no pensábamos ya en otra cosa, el baile blanco en 1930 con un corte de electricidad durante la proyección de una vieja película de Méliès de la que se encargaba Man Ray, en 1931 el baile colonial, y el baile campestre el mismo año, piensa que tuvimos que posar para los fotógrafos ante una vaca de papel maché que fingíamos ordeñar, el baile Segundo Imperio en 1934 en el Bois de Boulogne, recibía Niki de Gunzburg, lo feliz que era Jérôme aquel día, se figuraba que su familia había vuelto a los negocios, observa esa crinolina que me hicieron en el taller de la señora Schiaparelli, en 1935 el baile de los cuadros célebres, todo el mundo me dijo que quedaba muy convincente como Gioconda, y el baile oriental en casa de Daisy Fellowes, pero no vayas a creer que todo iba siempre bien, hubo catástrofes, como aquel baile de las parejas célebres que dio la marquesa Casati en Le Vésinet justo después de las elecciones del Frente Popular, la multitud, hostil, gritaba pullas a los invitados por encima de los muros, y buscó una víctima en la persona de una invitada disfrazada de María Antonieta, por poco revivimos la fuga a Varennes, ¡y luego la señora de la casa sube a acostarse y pide a todo el mundo que se vaya, no por lo que estaba pasando sino porque, tras pensárselo bien, estaba muy descontenta con su traje!

Se interrumpe.

Pero, pobre Ginette, todos estos nombres no te dirán nada... Y seguro que estas historias te están aburriendo.

Ni mucho menos. Ginette está cautivada. Ese ambiente de fiesta perpetua supone un cambio tan grande de su vida actual, de ese exilio forzado en zona libre, angustiada por mil peligros, que el monólogo de la duquesa de Sorrente la convierte en una niña que lee un cuento de hadas.

Natty ha conservado todos esos vestidos, recuerdos mudos de un pasado muy próximo. Coge uno. El de un baile oriental, un vestido de tubo envuelto en dalmáticas ornadas con palmas doradas, se lo pega al pecho, se mira en el espejo. Se acuerda de un hombre en particular a quien le pareció muy guapa así vestida, y de los exquisitos momentos que siguieron. Su mirada se pierde en el vacío, en la nostalgia de lo que ya no volverá. Ginette, tras ella, la admira incondicionalmente. Ambas intercambian una mirada en el espejo. ¿Crees que a mi hija le gustaría disfrazarse con todo esto, Ginette? Se repone. Bueno, esta estúpida guerra terminará, y entonces todo volverá a ser como antes. No olvides poner alcanfor en el armario. Natalie cierra la puerta del ropero, la puerta del pasado.

A Ginette, auditorio maravillado, le ocultaba los auténticos motivos de tanta excitación. Algunas mentiras tienen pantallas mucho más abigarradas que otras.

Rememora para sus adentros las casas tan disfrazadas como los invitados, fotóforos en el jardín, cena en mesitas separadas, orquesta argentina, bailes lánguidos, escotes que se abren, todas las mujeres se ofrecerán esa velada —si el cuerpo se lo pide, esta noche será deliciosa, murmuraban hombres de mirada fija—, mañana en los periódicos sólo se hablará de las llegadas, auténticos cuadros vivientes, ¡pero qué ingenuos son esos cronistas mundanos!, todo el mundo sabe que lo que cuenta es la salida, porque el artificio quizá no servía más que para despertar el deseo, por favor mi marido ya se ha marchado, ¿le importaría llevarme en su coche? Las fiestas permitían toda suerte de juegos. Al igual que en un viaje por mar, la gente sabía que allí podía encontrar alguna aventura. Los decorados de Bérard o de Sert, los trajes de Hugo o de Chanel, la música de Poulenc, las piruetas de Lifar: cómodas coartadas para dar a entender que su generación era menos frívola que la anterior, una pantalla de artistas famosos para encubrir las intrigas amorosas, las únicas capaces de hacer desplazar a tanta gente. Sí había algunos artistas que se quejaban, «Nos tratan como a criados que les salen gratis», pero a nadie conmovían los lloriqueos de esa mano de obra importada, era demasiado conocida la cantinela de los proveedores que querían ser considerados como iguales. ¿Los trajes, los decorados, la música? ¡Un pretexto! A los bailes se iba únicamente para seducir. Era la época en que las casas de moda llamaban a sus creaciones «Momento tierno», «Kiss Me», «Cita vespertina» o «¿Vendrá?». Ya se ve de qué va la cosa. ¡Vodevil camuflado tras el boato! ¡La facilidad de las casas de citas tras la pompa de las embajadas! Toda una época.

Cuánto nos divertíamos.

Cuánto fingíamos divertirnos.

Cuánto nos aburríamos.

El aburrimiento, con sus sombras malvas y su música pegadiza, que rezumaba de aquellos saraos.

Y sin embargo reincidíamos varias veces al año. Y así habríamos seguido de no haber sido por la guerra.

Comienza el alivio en cuanto los neumáticos del doctor Toussaint hacen gemir la gravilla de la terraza. Su paso pesado en la escalera es una promesa de felicidad. Ni nota la jeringuilla que se hunde en su antebrazo. Ese minúsculo pellizco, prelude del difuso embotamiento, forma parte del placer. No piensa afrontar un día sin ella. De pronto el cielo es azul, los hombres amables, la música inútil. Natalie flota, sin hambre, sin deseo. No escucha las advertencias del doctor Toussaint. ¿Droga, eso? Ni por pienso, qué corta es la gente. Lo justo para sobrevivir en un mundo donde los hombres tan sólo están de paso y donde el deseo se apaga más rápido que una vela en un pasillo ventoso.

A comienzos de enero de 1942 recibe un telegrama de Venecia en el que le notifican la muerte de su madre. Élisabeth, como siempre, ha hecho las cosas a su modo, inesperado. Tras abrumar a sus contemporáneos con su fantasía y su alegría de vivir, lo último que le hubiera gustado darles era la alegría vengadora de una larga agonía. Su cuerpo, que había recibido tantas caricias de los hombres, decidió que había llegado el momento de acabar de una vez por todas. Una mañana, en la habitación cubierta de damasco azul noche que ocupaba en el Danieli, no se despertó. El joven amante que la acompañaba descubrió el cuerpo inanimado. La situación era de lo más embarazosa, pues el muchacho tenía veinte años menos que ella. Jérôme, aun sintiendo estima por su suegra (sobre todo por las transferencias que hacía cada mes a su hija), le echó en cara que pusiera fin a su existencia de una manera tan escandalosa.

Borniol, como siempre, hizo muy bien las cosas. En Saint-Honoré-d'Eylau, cuyo porche había sido recubierto de terciopelo negro estampado con las armas de los Lusignan, la misa de funeral congregó a una multitud menos numerosa de lo previsto debido a la guerra, que había alejado a muchos parientes y amigos. ¡Cualquiera triunfa en una ceremonia mundana con semejantes trabas!, suspiró en silencio el jefe de protocolo de la empresa de pompas fúnebres. El joven amante de la difunta, debidamente apercebido por Jérôme, de quien era además sobrino lejano, tuvo la decencia de no acudir. Solo en su casa, lloró el final de una aventura que le había infundido para siempre el gusto por las mujeres maduras, sus caricias expertas y sus voluptuosas formas, predilección que había de dañar en gran medida su felicidad

conyugal, pero eso es otra historia. Deshecha en lágrimas tras su mantilla negra, Natalie no lloró tanto la muerte de su madre —a quien al fin y al cabo veía muy poco— como su nueva condición de huérfana. En ocasiones reconforta compadecerse de la propia suerte.

A su lado, sus dos hermanas se mantienen erguidas mostrando una tristeza de buen tono, dejando a la pequeña el monopolio de las lágrimas. Laure y Victoire habían contraído matrimonios que decepcionaron un poco a su familia, pues se casaron con burgueses de fortuna sólida pero de apellido oscuro; qué quiere usted, para las que tenían veinte años en 1918 no había demasiada elección: los buenos partidos de su generación, si sencillamente no habían caído en el Chemin des Dames o no habían regresado de los Dardanelos, habían quedado lisiados para siempre o, lo que es peor, estaban espantosamente debilitados por la iperita. Entre los gaseados y los sin piernas, la elección de futuro no era precisamente lisonjera. Se casaron con aquellos compañeros de baile que les parecieron menos castigados por aquella maldita guerra. Laure y Victoire vivían desde entonces en provincias, educando a batallones de niños de edades muy cercanas, lejos de las mundanidades parisinas que tanto apreciaba su hermana pequeña.

Tras el entierro, se ven obligadas a vaciar el piso de la rue du Cirque, que era la vivienda de paso parisina de Élisabeth. Y por la vía rápida, a ser posible: ninguna de ellas tiene intención de entretenerse en esa zona ocupada donde los niños están tan mal alimentados y el sol muy poco presente. Las tres hermanas se entienden admirablemente bien: Laure, Victoire y Natalie, aún vestidas de luto, se ponen de acuerdo sin alzar el tono sobre el reparto de muebles y cuadros. Parece mentira lo que llega a acumularse durante una vida. Al final del día, sólo queda decidir la suerte de los álbumes de fotografías que Élisabeth llenaba año tras año, desde antes de que nacieran ellas. Con sus explicaciones y sus pies de foto, los álbumes eran hermosos objetos que habían requerido infinitas horas de trabajo. Para el tasador, aquello no valía nada; para ellas, era la más preciada de las herencias. ¿Cómo repartirlos en tres partes? Laure, con su autoridad de hermana mayor, propone echarlos a suertes. Las cerillas sustituirán al notario. Era la peor de las soluciones, tan equitativa como injusta, pero no había otra. Ninguna quedó satisfecha, pero a ninguna se le ocurrió discutir el resultado de ese reparto.

Natty ha heredado el álbum que precedía a su nacimiento. Se entretiene mirando esas fotos en blanco y negro del verano de 1907 en Deauville. Veranean allí dos jóvenes matrimonios, los Lusignan y los Mahl. Se les ve siempre juntos. En la calle, de paseo, en el casino. Inseparables. Las mujeres lucen velos amplios como mosquiteras. Germaine es menos guapa que Élisabeth, no tiene el talle tan grácil ni la mirada tan alegre. Además, su marido le da constantemente la espalda. Charles de Lusignan y Armand Mahl parecen muy preocupados por su automóvil. El chófer, a

quien llaman respetuosamente mecánico, posa junto a ellos. La de veces que habrán oído ellas ese relato, centrado por entero en aquella novedad que era el automóvil. Élisabeth se acordaba siempre de aquello, se acabaron las interminables estancias en las mansiones rurales, libertad por fin de visitar, de aventurarse, de descubrir los alrededores. Descubrió ese medio de transporte con el mismo estupor entusiasta con que sus hijas acogerían, veinte años después, los viajes en avión.

En la primavera de 1907, Armand Mahl ha adquirido un Panhard 24-30 caballos, el último grito en ese campo, cuatro ruedas recubiertas de neumáticos gruesos como boas. Cuatro personas sentadas en asientos plegables rematados por un impresionante chasis. Bramidos por doquier: el pasajero habla al chófer por el megáfono, mientras que éste acciona de continuo una gruesa trompeta con su pera de goma; su oficio reside no tanto en conducir cuanto en sortear todos los obstáculos vivos de la carretera. Ni amigo, ni criado, su estatus es muy particular. Gorra y piel de oso, su nombre viene siempre precedido de un «señor» al que nunca podrían optar los criados con librea o los cocheros, que han envejecido de golpe y porrazo. Se embriagan haciendo kilómetros. ¡Qué bonito es el País de Auge! Antes de salir, rezan para que el sílex embutido en la carretera polvorienta no corte los neumáticos. El temor al accidente acrecienta el encanto del viaje. El coche es nuevo pero la avería diaria. Cuando circula, reina la excitación, cuando se para, un delicioso pánico.

Si hace demasiado calor para circular por el campo, quedan en la playa. El mar está frío. De sus púdicos trajes de baño sólo sobresalen los tobillos y las muñecas. Armand y Élisabeth, con el agua hasta las rodillas, brincan entre las olas riendo como niños. Se hacen aguadillas olvidando a sus respectivos cónyuges, que por lo demás no aparecen en las fotos de los baños de mar. Se miran constantemente.

Natalie siente una curiosidad llena de ternura al volver las páginas y mirar las fotos; merced a esos retazos mudos, descubre la juventud de su madre. Pero, por cierto, ¿qué ha sido de esos Mahl, a quienes nunca vio en el salón de su madre? Parecían tan allegados por aquel entonces. Élisabeth nunca hablaba de ellos. ¿Una ruptura, tal vez? No aparece su nombre en los registros de pésames que ha juntado Borniol tras la misa de funeral. ¿Serán parientes de André, su pareja de baile de hace tiempo? Natalie consulta a sus hermanas con la mirada, mientras enciende un cigarrillo.

En ese instante se ha tambaleado todo. Laure ha mirado a Victoire para pedir su consentimiento; luego dice a su hermana pequeña:

—Mejor que lo sepas por mí.

—¿Que sepa qué?

Un último segundo antes del abismo, Laure salta a él diciéndose que su deber es hacerlo.

—En realidad, tú no eres hija de papá. Eres hija de Armand Mahl.

Dicho está. A Natty se le desencajan los ojos y le da un vuelco el corazón. Echa en silencio el más viejo cálculo del mundo. Nacida en mayo de 1908. O sea, nueve

meses después de aquellos momentos placenteros en Normandía. Repasa de nuevo las fotos, como si pudieran hablar.

—¡Tengo treinta y cuatro años! ¿Por qué no me lo habéis dicho nunca?

—El silencio protege —dice Victoire.

—Y te queremos como si fueras nuestra hermana por entero —agrega Laure—. Eso para nosotras nunca ha marcado una diferencia.

La mirada de ambas se impregna de repente de una muda compasión.

—Son cosas que pasan —concluye Laure con su cordura de hermana mayor.

Se ha abierto un abismo bajo los pies de Natalie. El cigarrillo se consume entre sus dedos sin que piense en acercar el cenicero. Se le atropellan las preguntas.

—¿Quién más lo sabe?

—¡Pues todo el mundo, cariño! Eras tan distinta.

—¿Cómo que todo el mundo?

¿Todo el mundo y ella no? Como si durante todos aquellos años la verdad no hubiera dejado de toparse con diques invisibles, evitándola por razones misteriosas. En un círculo sin embargo tan ávido de cotilleos, tan propenso a los chismes de alcoba, el secreto no había cruzado nunca la última frontera: la que conducía a ella.

Rebusca en su memoria, interroga sus recuerdos. Le vienen a la mente tantas reuniones familiares bromeando con sus primos sobre su «lado Lusignan», sin que ninguno de ellos arquease una ceja o esbozara una sonrisa. Su lealtad es total al correr de los años. Su silencio, también. Aquel modo de hablar de «la familia» en bloque, adoptando con generosidad a los supuestos bastardos. Ésa es la palabra. Obscena. Ella es una bastarda. La palabra la obsesiona, impregna sus gestos, altera sus reflexiones. Como un cuadro falso que hubiera firmado un artista pero que no fuera suyo. Le daba risa, cuando les pasaba a los otros. ¡Y Dios sabe a cuántos conocía! En sociedad, siempre había un alma más lenguaraz que caritativa para explicar que fulano o fulana no eran fruto de los amores legítimos de sus padres. Esas genealogías al tresbolillo eran incluso específicas en un ambiente en el que sólo la fiebre de los cuerpos podía, en ocasiones, producir la ilusión de ahuyentar el hastío. Y ahora resulta que ella también... Le da la sensación de que le han amputado la mitad de sí misma. Ahora deberá añadirle la palabra «medio» a cada nombre de la familia. Medio hermanas, medio primos. Medio familia.

Sus hermanas se han marchado, ansiosas de tomar el tren y reunirse con su familia en provincias. Sola con su estupor, Natalie repasa los álbumes, como si pudieran hablar. En la playa, Armand nunca está lejos de Élisabeth. Natalie desea descubrir el flechazo en sus hombros que se rozan, en sus miradas colmadas de sobrentendidos. Lo busca con rabia. Ahora que todo se ha desmoronado, prefiere pensar que ella es el fruto de una historia de amor y no de un día de holganza en un verano interminable o de un revés en el casino. La mente se resiste no obstante a

aceptar esa versión de los hechos. Armand desapareció de la vida de Élisabeth, tuvo un hijo con su esposa. ¿No será más bien ella fruto de un adulterio rápido? ¿De un coito sin futuro?

Mira también las fotos de su niñez, las tres hermanas posando en bañador en alguna playa del Atlántico, dos caritas rubias de mirada azul y un rostro enfurruñado en el que dos pupilas oscuras rematadas por una nariz un poco prominente... De pronto ve de otro modo esas fotos que ha mirado cientos de veces en las copias enmarcadas que adornan las paredes de su habitación. «Eras tan distinta», le han dicho sus hermanas. En efecto...

No son los traqueteos del tren que emprende el camino hacia Cannes vía Marsella, un Michelin ruidoso y sucio en el que la primera clase no preserva de la promiscuidad, sino el furor lo que hace agitarse el bigote de Jérôme. Ha sido una mala idea contarle todo eso, Natalie enseguida se ha dado cuenta. Pero, ante la perspectiva de quedarse sola con su desazón durante ese viaje interminable, se ha sentido exhausta y ha decidido compartir la pesada carga de la revelación de sus orígenes.

Jérôme se lo ha tomado muy mal. Cuando se prometieron, ya le alertó su madre, siempre dispuesta a propagar la maledicencia, de que Natalie no era *de la misma cepa* que sus hermanas; pero estaba tan enamorado y encantado de su buena fortuna que desechó el rumor. Ahora ya no se trata de habladurías. Cuanto más le enseña Natalie las fotos de la estancia en Deauville, más consternado se siente. Hasta el final le habrá hecho la puñeta su suegra. Un joven amante, bueno, ¡pero una hija adulterina ya pasa de castaño oscuro! Está indignado, jura como un cliente engañado, poco más y empezaría a vociferar en el estrecho compartimento que el género era de mala calidad. La sangre de su esposa es mucho menos azul de lo que consta en el registro civil, e incluso ya nada azul.

Los devaneos de Élisabeth deben incluirse sin lugar a dudas en la casilla «cosas que no se hacen». En la misma nomenclatura está el divorcio, el matrimonio con una señorita de sangre judía (como mucho de sangre protestante, siempre que la muchacha ostente el apellido de un gran banco) y la bastardía asumida. Todos esos comportamientos que engendran la peor de las calamidades que pueden abatirse sobre una familia: *el escándalo*. Como purista de todas las mundanidades, habría añadido gustoso a esa lista el hecho de tomar el postre con cuchara, pero Richard Saule no estaba tan lejos de él como para olvidar sus orígenes modestos ni su participación en los vivacs de la Grande Armée^[5], donde, según dicen, los soldados hambrientos se comportaron a veces como animales. A Jérôme solía entrarle pánico cuando leía los recuerdos de los soldados de la Vieja Guardia napoleónica metiendo los dedos entumecidos en las precarias escudillas, durmiendo sobre el vientre caliente de los caballos muertos o bebiendo su propia orina para calentarse. ¡No cabe duda de que se

trata de la Grande Armée! Y ahora su propia esposa resulta ser a la vez bastarda y medio judía. Lo cierto es que la suerte se ha cebado...

—¿Cómo que medio judía?

Natalie se ha sobresaltado en voz alta, atrayendo las miradas consternadas de sus vecinos de compartimento. Hay palabras que es preferible no pronunciar en público en los tiempos que corren. En el pasillo se oye el trajín de los policías que revisan los papeles de los viajeros. Natalie se pone a susurrar, inclinada hacia delante, al oído de su marido, en una intimidad física que no vivían desde los primeros años de su matrimonio. No se había parado a pensar en aquello. Ha leído tan poco la prensa, estos últimos meses. No así Jérôme, quien explica con seguridad que el segundo estatuto de los judíos, es decir, el más reciente, es aún más restrictivo que el primero: desde el pasado abril, se considera judía a toda persona que tenga al menos dos abuelos judíos, y no tres como antes. Los padres de Armand, a quienes Natalie no conoce, a quienes no ha visto nunca, que quizá ni sepan que existe, son abuelos suyos. Jérôme insiste, como si estuviera ayudando a su hija a resolver un problema de álgebra. «Los Mahl son una familia israelita, sobre eso no cabe la menor duda. Así, querida, que tú ahora eres judía.» Natty suelta una carcajada, una risa sin alegría: todo eso es ridículo. Sí, ridículo. ¿Judía, ella? ¡Vamos, hombre! Bautizada al cumplir cinco semanas, interna en las monjas de la Visitación y luego en Notre-Dame des Oiseaux, y confesada dos veces al año desde que se halló en edad de comulgar. No, ya puede sacar a relucir todos los antepasados que le dé la gana, que ella no tiene nada que ver con esa gente. Mientras protesta con vehemencia, ceño fruncido y mirada furibunda, las dos medallas de bautismo de sus hijos, montadas en pulsera, tintinean en su muñeca. Antes, en el andén de la estación de Lyon, se quedó pasmada ante un cartel que representaba a un anciano lúbrico de nariz rezumante y mejillas velludas plantando sus patatas de hombre lobo en una muchacha aterrorizada: «EL JUDÍO Y FRANCIA», tal era el pie de aquella caricatura. Se ha llevado esa visión repulsiva hasta el vagón donde unos viajeros intranquilos aguardaban a que entraran los policías. ¿Que ella descendía de un hombre semejante? «Vamos, Jérôme, has perdido el juicio».

Natalie se ha adormecido en la triste sarga acolchada del asiento. Después de Moulins, cruzada ya la línea de demarcación, cuando el aire se ha vuelto más ligero y el cielo más luminoso, la política copula con la geografía para engendrar ese cambio de atmósfera, y Jérôme, que ha tenido tiempo para meditar, retoma la palabra.

—Lo más importante es evitar el escándalo. No eres la primera a quien le pasa eso. Un hijo es de quien lo cría, sobre todo de aquel de quien lleva el apellido. Olvidemos toda esta historia, ¿quieres? Supongo y espero que tus hermanas tengan la delicadeza de hacer lo mismo. Naciste princesa de Lusignan y morirás, perdona que evoque tan triste eventualidad, princesa de Lusignan. Nadie sabrá nada.

Charlotte ha recibido a su madre con gritos de alegría. Natty se extraña en silencio de que su hija no advierta lo mucho que ha cambiado. ¿Acaso no ve que está besando a una persona distinta? Charlotte se alegra sinceramente de verla.

Ginette también tiene cosas que decirle. Cosas que no puede confiar a su madre, que de eso no entiende nada. ¡La señora Lévy es tan juiciosa! La muchacha ha convertido a Natalie en su confidente, presintiendo que sabrá guiarla en el arduo aprendizaje de la feminidad. ¡Esa señora que ha alternado con tanta gente tiene que conocer el corazón de los hombres! Sólo ella podrá entender lo que siente. La de cosas que han pasado en su ausencia. Apenas una semana, ¡pero cuantos acontecimientos! Uno, sobre todo. El pasado martes, Gérard la invitó a tomar una copa. Menos mal que ese día llevaba su vestido más bonito, ya sabe, el de las mimosas sobre fondo azul. ¡Estuvieron solos por primera vez! Ajena a la triste luz de los neones del Khédive, Ginette se tomó lo más lentamente posible la granadina. Gérard, con su mirada enfebrecida de chico decidido, le habló de lo humano y lo divino, bueno, sobre todo de irse a París y hacerse actor. Ginette asintió, pero le dijo que París, en aquel momento, era imposible para ella. Él la miró con ternura. Ese recuerdo ilumina su mirada, Natalie escucha distraídamente el relato de Ginette. No se le ocurre preguntarle si el joven intentó besarla. Una pregunta a la que sin embargo se anticipa Ginette: «¡Pero le prometo que no pasó nada!» Natalie comprende que en ese «nada» hay un «todo» en potencia, y de pronto recuerda cómo era ella a la misma edad.

Dieciséis años, la edad de los primeros bailes. Muy pronto, el flechazo por ese joven alto de mirada oscura. Las manos que se rozan, las miradas cuajadas de amor sobrentendido cambiadas tras los biombos o bajo los bosquecillos, lejos de las amas de casa, tan propensas a propagar rumores. Se llamaba André Mahl, ese delicioso bailarín a quien habría bastado una palabra para que ella se convirtiese en su mujer, y que, de la noche a la mañana, se esfumó causándole la peor de las heridas, la del amor propio. Los sollozos durante noches enteras. Las frases definitivas, espetadas a la cara de su madre, a quien, por una vez, pareció preocupar la suerte de su progenie: «¡No me casaré nunca! ¡Los hombres son todos unos cobardes!» Y luego, por despecho, por afán de venganza, tan pronto comenzó a salir, aceptó la primera petición de matrimonio que se le presentó: Jérôme de Sorrente no entendió cómo tan breve cortejo había concluido en una victoria tan total. Se dijo que, de aquella mezcla única de valor y audacia que había trocado a un inmigrante irlandés en duque del Imperio, algo habría quedado en su sangre. Tras Arcola, Marengo, Austerlitz: Lusignan, una victoria que, en su caso, no quedaría grabada en el frontón del Arco de Triunfo. ¡Qué pánfila! Natalie lo entiende todo, y lo que entiende hace que se le llenen los ojos de lágrimas: al enterarse de que era hermanastro suyo, el pretendiente prefirió a todas luces esfumarse sin dar ninguna explicación. Se imagina la escena, el padre llamando al hijo una noche a su despacho, donde los libros de cuentas forman

extrañas pirámides bajo los candelabros, me dicen que ves con frecuencia a la joven Natalie de Lusignan, es encantadora, desde luego, pero has de saber una cosa... Y el rubor en la frente del padre, el rubor en la frente del hijo, y, lo peor de todo, el futuro de dos enamorados arrasado por esa obligada confidencia.

¿Y a quién achacar ese desastre? ¿A la liviandad de Élisabeth? ¿A su silencio? ¿Al de todos los que lo sabían en su entorno? Ginette, que ha reparado en la expresión de la duquesa, atribuye esa desazón a la desgracia que acaba de sufrir. ¿Qué tonta ha sido hablándole de sus citas amorosas a una mujer que acaba de perder a su madre! Se muerde el interior de las mejillas, furiosa consigo mismo. Se disculpa, se eclipsa, sube a echarse en la cama, donde, al anochecer, abrazará la almohada llamándola Gérard.

Una vez acostados los niños, Natty sube a su habitación y se sienta ante el tocador. En esta ocasión no para maquillarse. Se observa, con el rigor de una jefa de costura del taller de Madeleine Vionnet en el momento de las últimas pruebas, desliza una palma vacilante por la frente, por la nariz, por las sienes. ¿Cómo saber si se parece al que es su padre? En las fotografías lleva bigote, como todos los hombres de la época. Y las copias son de pésima calidad, son aún un invento reciente. Se contempla las muñecas, tan finas que puede abarcarlas entre el pulgar y el índice. Su mirada desciende hasta los tobillos, tan delicados que siempre parecen escapársele de esos zapatos con tiras y de los Richelieus de cuña de moda desde hace quince años. ¿Cómo, no provienen de una ascendencia real unas extremidades tan finas? Contempla tristemente la foto de Charles de Lusignan, enmarcada en plata. ¡Treinta y cuatro años hacía que era su hija! Su hija se llama Charlotte, en recuerdo de él. Hasta esa noche no pasaba un día sin que le dirigiese una mirada de cariño cuando, satisfecha de la labor realizada con los polvos y el maquillaje, se disponía a salir. Aunque no conservaba ningún recuerdo de él —es una zona oscura de su memoria, Natalie tenía seis años cuando se lo llevó la diabetes—, ese diálogo mudo había creado entre ellos una suerte de intimidad, de convivencia entrañable para ella. ¿Y ahora? Ahora ya no es su padre. Ha muerto por segunda vez. Ha vuelto a dejarla huérfana.

Se para a pensar en sus hijos. Decide de inmediato no decirles nada. Charlotte y Joachim seguirán soñando ante el retrato del duque de Berry.

¡Joachim! No tiene ni un año. ¿En qué mundo crecerá? Lo oye llorar en su habitación al extremo del pasillo. Sollozos entrecortados que enseguida se apagarán. De repente deja de guardar rencor a su madre. De repente se siente llena de mansedumbre. ¿Se le puede guardar rencor a quien ama la vida, a quien ha rendido fidelidad al deseo, a quien renuncia a las conveniencias sociales unos instantes para recibir con los brazos abiertos los agasajos de la existencia?

Al comprobar el estado de nerviosismo de su paciente, el doctor Toussaint abrevia las frases de pésame, aunque las había ido repitiendo con celo durante el trayecto en coche hacia la casa. Conoce esa pupila desvaída, ese temblor de manos, esa frente perlada de sudor. No es asistencia moral lo que necesita esa mujer. Ha limpiado la jeringuilla y la ha hundido muy suavemente en el brazo de Natty. Al cabo de unos minutos, su respiración se ha hecho más lenta, está mejor. «Pero ésta es la última vez, ¿eh?» Se muestra paternal y severo. A Natalie le gustaría tanto poder prescindir de él.

Un, dos, tres... Un dos tres... Es un vals lento, una música a tres tiempos. El tercer compás es cada vez más sonoro, acaba como una explosión. Natty gime en su sueño. Como todas las noches, paga el precio de la inyección de morfina. Al venturoso letargo de la tarde suceden la fiebre, los dolores de estómago, las pesadillas. Despierta empapada, embotada, con unas ganas de vomitar que no la abandonan. ¿Es ella la única que oye esa música pegadiza en la casa dormida? Un, dos, tres... un, dos, tres... ¿Es un tempo o un algoritmo? Transida de fatiga, despliega de nuevo las cartas del recuerdo, interroga su memoria. El primer hijo porque no se sabe nada, el segundo para hacerle compañía al primero. El pianista mantiene la mano suspendida en el aire unos instantes. Y aparece el tercer hijo, el que viene de fuera. Los dedos percuten el marfil indiferente, hacen vibrar la atmósfera. En torno a ellos, por doquier, el mismo vals. Como una fatalidad.

Natty casi ha olvidado la guerra. Ni siquiera Joachim, cuyas primeras gracias observaba hasta ahora con apasionado interés, Joachim y sus doce meses todo sonrisas, dientes que asoman, esbozos de pasos, la distrae ya. Todos sus pensamientos giran en torno a Armand Mahl. Imposible olvidarlo pese a las promesas que le ha hecho a Jérôme. ¿Quién es ese padre caído de la alcoba superpoblada de Élisabeth, qué aspecto tiene? Le gustaría saberlo todo, desde el color de sus ojos hasta sus gustos en pintura. Formarse una idea de ese hombre a quien debe la mitad de sí misma. Pero ¿cómo informarse ahora que los amigos están dispersos, ahora que las líneas telefónicas son inestables y el correo azaroso?

Entre los Sorrente, un ser humano es por encima de todo un pedigrí, como aquellos caballos que al difunto duque de Sorrente le gustaba tanto ver correr en Longchamp o en Auteuil. Para eso sirve el Bottin mundano. Es costumbre conservarlos año tras año como objetos inestimables, no por las direcciones que contienen, pues están desfasadas, sino para remontarse lo más lejos posible en la genealogía de sus abonados. Natalie coge el suyo, un libro voluminoso, de tela oscura y publicado en 1938, pasa febrilmente las páginas de papel biblia, casi rompiéndolas. Por fin la letra M. Armand Mahl tiene una madre nacida Cahen d'Anvers, que por su

parte tenía una madre apellidada Rothschild. Apellidos que le resultan familiares, nombres grabados con letra inglesa en las tarjetas de invitación que, antes de la guerra, se acumulaban en el correo. Natty ha perdido una familia y gana otra. Que no tiene rostro. ¿Cómo serán esos ancestros que no ha visto nunca?

Veinte veces ha marcado el número que aparece en el Bottin, Passy 29-67, y otras veinte ha colgado al oír la voz de la operadora. ¿Qué palabras emplear? «¿Hola, soy su hija?» ¡Una frase de lo más descabellada!

Una noche en que daba vueltas una vez más a aquellas preguntas sin respuesta, sus ojos se detuvieron en los papeles que se amontonaban sobre su pequeño escritorio. La pila de tarjetas orladas de negro que arrancaban con la fórmula «muy agradecidos por sus sentidas condolencias con motivo del fallecimiento de la princesa viuda de Charles de Lusignan, nacida Élisabeth Fox-Beber» languidecía a la misma altura desde hacía semanas. No porque Natalie fuese perezosa, sino porque su mente andaba ocupada lejos de allí, ocupada con su nuevo padre. Y entre las numerosas cartas de pésame a las que tenía que contestar aquellos días, había separado una porque el apellido de la firmante le resultaba familiar, sin que acabara de situarlo en la cambiante galaxia de las amigas de Élisabeth. Firmaba la carta, bien redactada y llena de un desmesurado afecto por los vínculos que las unían, Pauline de Vulaines. El encabezamiento indicaba que se había enviado desde el Hotel Negresco, de Niza. Consultado, Jérôme, que no necesitaba ningún Bottin para determinar un pedigrí, la informó de que aquella señora era una Mahl de soltera (cabe imaginar el entusiasmo con que pronunció dicho apellido).

—Sí, querida, ¡la propia hermana de Armand Mahl! Tu familia por la rama ilegítima, vaya.

Pauline de Vulaines no pareció nada sorprendida por la llamada telefónica en la que Natalie le expresaba su deseo de que se vieran. Quedaron en el hotel, donde, según dijo, había tanto barullo que podrían charlar con tranquilidad.

Ese lunes de Pascua de 1942, Natalie toma el tren para Niza. Al salir de la estación, se ha perdido un poco en esa ciudad que conoce mal. Al pasar ante el Palais de la Méditerranée, ve a familias sentadas en una terraza disfrutando del sol, parejas de mirada triste, que tratan de impedir que sus hijos se manchen la ropa de vestir. Se nota que no están allí de vacaciones.

A pesar de los rodeos, llega con antelación, y se sienta en un hueco del bar que los revestimientos de nogal oscurecen todavía más. Mejor, porque la morfina le da tan mal aspecto que ni el maquillaje lo disimula. Las ojeras se comen su rostro minúsculo, su pupila febril brilla bajo el sombreado. Observa a sus vecinos, rostros familiares para la mayoría, surgidos de las pantallas de cine de anteguerra: Michèle Morgan, Raimu, Danielle Darrieux. Los estudios de la Victorine están allí cerca.

A lo lejos ha visto la figura sonriente y desenfadada de una morena bajita sin

edad, pero no sin encanto, que sortea las kantias tristes para sentarse con ella. Se estrechan la mano observándose. Sobre todo Natty, que la mira fijamente, buscando parecidos. ¡Al fin y al cabo es hermana de su padre! La mitad de la sangre que corre por sus venas es la misma que la suya. De modo que escruta las similitudes. Sí que las hay. Los colores, desde luego. ¿Quizá esa peca que tienen las dos en la aleta izquierda de la nariz? Su mirada es tan fija, su silencio tan intenso que Pauline rompe a reír. «Me da la impresión de tener delante a un ser perdidamente enamorado», observa. «Pidamos algo, ya que no hablamos.» Allí se come igual de mal que en Cannes, y en lo tocante a repostería tendrán que contentarse con sucedáneos sin huevo, sin harina y sin azúcar. De todas formas, Natalie no tiene hambre. Deja que Pauline dé cuenta de las falsas pastas.

—Yo quería mucho a su madre —dice Pauline con la boca llena.

—Eso me escribió usted y me emocionó mucho. Pero quería verla por otro motivo. Me gustaría que me hablara de su hermano Armand... —Un tiempo, una pausa antes de la frase definitiva, y se lanza—: Parece ser que es mi padre y me gustaría conocerlo.

Pauline no muestra la menor extrañeza, como si siempre hubiera sabido que había de producirse ese encuentro. Ni ningún apuro en describir a un hermano a quien, a pesar de su tumultuosa vida, adora a todas luces. «Ha cortejado a mujeres de toda laya», declara a modo de introducción. Ante la mirada interrogante de Natty, comprende que ese lenguaje pasado de moda le resulta incomprensible. Entonces continúa, con palabras sencillas. Le gustaban las mujeres, pasaba noches enteras ante la mesa de bacarrá, perdía fortunas en el casino. Natalie sonríe. Esos rasgos de carácter colman su búsqueda de atavismo, como descubrimiento de una posible connivencia entre ambos. Está empeñada en buscar un parecido con ese desconocido. Con el fin de calmar al joven, continúa Pauline, lo mandan a las colonias, que era lo que solía hacerse para sentar la cabeza de los jóvenes descarriados. ¡Las colonias! Natty no ha estado nunca en ellas, sólo conoce lo que mostraba la exposición colonial de 1931. Recuerda los paseos a lomos de camello, Dios mío, qué bamboleo, los espléndidos tótems expuestos ante los stands, los olores a incienso. Intenta imaginar a Armand en ese universo ruidoso y variopinto. Allí, sus aptitudes de jinete le deparan una carrera fulgurante: en Indochina, el gobernador Paul Doumer lo descubre y lo hace jefe de su escolta. Pero añora París. A su regreso, lo casan. La esposa no es guapa, y para colmo es una católica a marcha martillo, pero posee fortuna. Eso es preferible porque Armand no muestra grandes disposiciones para el trabajo. «Cabe pensar que la inyección colonial no bastó para calmar su temperamento», concluye Pauline. No necesitan verbalizar las imágenes que les acuden al instante a la mente: Armand, recién casado, veraneando en Deauville, apareciendo todas las noches por el casino e iniciando una relación con Élisabeth.

Luego Pauline evoca con púdicas palabras la vida actual de la familia, la confianza inicial en el mariscal Pétain, ese gran francés, enseguida el descubrimiento

sobrecogido de las vejaciones propuestas por el estatuto de los judíos, el palacete de la avenue Foch requisado por los alemanes en nombre de la arianización de los bienes judíos, y, según anunciaban las cartas de la portera, ya en parte saqueado, la familia dispersa, ella en Marsella al principio, en el siniestro Hotel Louvre et Paix, el único que consintió en alojarla, y luego en Niza, en ese Hotel Negresco donde se cruza con tantos amigos de París, durante cuánto tiempo, lo ignora, Armand sabe Dios dónde parará, la última vez que habló con él intentaba sumarse a los franceses libres en Londres...

—Si tiene noticias de su hermano, si se entera de cómo contactar con él, avíseme, por favor.

Pauline lo promete.

Natalie advierte que se acerca el momento de separarse y aventura la última pregunta.

—¿Y qué ha sido de su sobrino André?

Ese nombre que ha aparecido de improviso en la conversación sorprende a Pauline de Vulaines.

—¿Lo conoció usted? Qué pequeño es el mundo...

El eco de los latidos de la joven princesa de Lusignan parece que vaya a traspasar las puertas de todos los hoteles del barrio de Saint-Germain.

—Hará unos diez años, rompió súbitamente con su padre sin que supiéramos el motivo. Armand se llevó un gran disgusto, porque adoraba a su hijo. André abandonó la avenida Foch y se alistó en el ejército. En Saumur, hizo una brillante carrera hasta que las nuevas leyes de octubre de 1940 lo obligaron a cambiar de trabajo. Un joven tan enérgico como él se encontró ocioso de la noche a la mañana. Daba mucha pena verlo. No se casó nunca, con lo seductor que era. Hace un año que no sé nada de él.

Esas noticias entristecen a Natalie, ira y compasión desfilan una tras otra por su rostro ajado. Pauline lo malinterpreta, quiere conjurar el rencor de la hija adulterina.

—No culpe a nadie —le dice al dejarla—, son cosas que pasan.

Al separarse, se besan con torpeza. Pero ¿acaso se estrechan la mano las personas de una misma familia?

Parece que la guerra no acabará nunca. Qué larga es esa primavera de 1942. Larga pero sorprendentemente adelantada: en Cannes, ya están los árboles en flor en ese abril cálido como un comienzo de verano. Jérôme, pegado a su radio, se mantiene informado a diario de las convulsiones de la vida política. El 18 de abril, se entera con satisfacción del nombramiento de Pierre Laval como jefe de gobierno. Su hija, Josée de Chambrun, es amiga de los Sorrente de toda la vida, y a Jérôme le da la impresión de que su círculo social se halla por fin representado en los avatares del poder. La masonería de la alta sociedad bien vale lo que otras. La noticia lo reconforta, en esas semanas en que su mujer se muestra cada día un poco más

distante, acuciada por unos demonios que él no quiere conocer.

Una noche en que la perspectiva de quedarse a solas con Jérôme se le antoja insoportable, Natalie decide acudir a uno de los ensayos de Ginette. Abre muy suavemente la puerta del teatro y se sienta al fondo de la sala sin que nadie advierta su presencia. En el escenario, Ginette da la réplica a un joven alto y moreno de voz temblorosa. Se trata sin duda de ese tal Gérard Philippe con el que Ginette le machaca los oídos mañana, tarde y noche. Ahora éste proclama con entusiasmo: «Tengo dieciocho años y amo a Stépha, y es la primera vez. Ya veo que le sorprende. No deben hacerse estas cosas, ¿verdad? Contar ante tres personas que está uno perdidamente enamorado. Sólo que yo lo hago porque la amo y lo demás me importa un bledo, sabe usted.» Ginette lo mira hechizada. No necesita forzar la interpretación para parecer enamorada. Tras ellos, Claude Dauphin, que al parecer ignora que en el caso de la muchacha no es un papel simulado, da indicaciones, rectifica la postura de una mano, la entonación de una frase. André Roussin, el autor de la obra, asistirá a los ensayos la semana que viene. De pronto, un tercer actor, de más edad, se dirige a Gérard Philippe: «El amor no es un asunto de apasionamiento, es un asunto de hábitos: ya lo verás.» Natalie se sobresalta, como si esa frase se dirigiera personalmente a ella. ¿Desde cuándo se dan consejos sobre la existencia en las piezas ligeras?

Ginette y Gérard tropiezan en sus réplicas, repiten cien veces sus gestos torpes, se miran con ternura. Y Natalie les envidia esa juventud, ese optimismo, esa despreocupación ante todo. Se siente vieja de repente. La vida no es un libro dividido en capítulos. La vida no transcurre nunca en párrafos. En tiempos de guerra nacen también amores, vienen niños al mundo, despuntan talentos en modestos teatros de provincias.

Cada noche la asalta la misma angustia. Natty se acuesta, con la mente llena de preguntas. Cuando una rama es falsa, se duda de todas las demás. Las confidencias de su hermana han desfasado su árbol genealógico. A partir de ahora todos sus antepasados son sospechosos. ¿Entonces su familia, como tantas otras en su entorno, está llena de paternidades inciertas? ¿Habría que ver en cada varón de su familia sólo un nombre, y ya no un progenitor? Aquella abuela que tardó quince años en alumbrar a su primer hijo, a quien enviaron a hacer largas curas en Saint-Sauveur-les-Bains, un balneario de los Pirineos cuyo clima tiene fama de ser fértil para las mujeres que no lo son, ¿lo tuvo con su marido? Aquel tío de tez oscura y cabello negro cuyos tres hijos son rubios como el trigo, ¿tuvo mucho trato con su mujer? Natalie examina consternada las caras familiares de su niñez; no son ya más que inmensos interrogantes.

Se ha deslizado en el sueño sin darse cuenta. Se encuentra en un almacén en obras, donde deambula entre los cascotes, anda en medio del polvo, busca su camino.

De pronto se cruza con Élisabeth y Armand, enfundados en esos trajes de baño que se llevaban en las playas normandas a comienzos de siglo. Sostienen un letrero de letras doradas que reza: «DISCULPEN LAS MOLESTIAS OCASIONADAS». Le sonrían, pálidos, mudos, lejanos. «¡Es muy fácil de decir!», grita Natty, a quien no pueden oír. La protesta no atenúa ni el rictus petrificado ni la pose amorosa de ambos. «¡Demasiado fácil! ¡Fácil!» La ha despertado el propio sonido de su voz. Son las tres de la mañana. Las sábanas están húmedas. Tiene ganas de vomitar. Jérôme duerme en la otra punta del pasillo, no acudirá a consolarla.

El calor reinante invita a los baños de sol. Natalie remolonea en la tumbona de la terraza. La luz del Mediterráneo le sienta tan bien como la morfina. Al cabo de diez líneas, abandona la novela que le hacía compañía. De repente tiene sed. Se encamina hacia la casa. Fuera hace tan buen tiempo que el salón se le antoja oscuro. No distingue ya los muebles, se escurre a tientas en la cocina. Antes de llegar, ha oído los hipidos de un sollozo. Ginette llora en un rincón, ante su madre muy tiesa. Ésta explica a Natalie las causas de esa pena: Ginette no puede ya pisar las tablas. Ni ella ni ningún judío. Tanto da que estén en zona libre. Así lo ha decidido el gobierno del mariscal Pétain. Todas esas horas pasadas aprendiéndose el texto, ensayando gestos, soñando con la noche del estreno en que, ahuyentando los inevitables nervios, habría dado a conocer al público su talento naciente, imaginando letreros cruzados con una franja rojo sangre que diría «Gran éxito. Más funciones». Todo eso se ha esfumado con un simple decreto. Será otra la que oiga sin ruborizarse a Gérard Philippe recitarle sus tiradas enardecidas. Y Ginette está deshecha en llanto. Ya nadie la quiere. Todas las penas son penas de amor.

Natalie intenta en vano compadecerla. ¿Que Ginette no volverá a actuar en un teatro? ¡Pues vaya problema! Son cosas que pasan, y a ella eso ni le va ni le viene.

—¿Puedo hablarle con franqueza? —le dice la señora Lévy llevándosela al office—. Estoy preocupada. Esas vejaciones que creíamos que estaban reservadas a los judíos de la zona ocupada nos afectan ya a nosotros. Se empieza por el teatro, pero ¿qué vendrá después?

—Deje de atormentarse. En zona libre no corren ningún peligro. Han tenido que declarar en la prefectura, bueno. Pero la mención «judío» no aparece ni en sus papeles ni en sus tarjetas de racionamiento. Créame, lo de París es mucho peor. Parece ser que ahora allí los judíos tienen que llevar una estrella amarilla... ¡Qué suerte tienen viviendo en Cannes!

Madre e hija la escuchan esperanzadas, ya les gustaría creerla.

¡Ya les gustaría! Pero es imposible, las malas noticias cruzan todas las líneas de demarcación, las malas noticias no necesitan *Ausweis*, las malas noticias llegan a diario hasta el viejo Cannes, ellas las oyen, todo el mundo dice lo mismo, esos primos, esos amigos, que llegan cada día en mayor número de la zona ocupada tras

entregar la mitad de sus ahorros a unos pasadores que, por fortuna, no eran ladrones.

A decir verdad, esas reticencias irritan a Natalie. ¿Qué culpa tiene ella de que a los judíos los señalen con el dedo en los tiempos que corren? ¿De que los culpen de todo? Puede que Jérôme tuviera razón cuando se oponía a que contrataran a la señora Lévy. Eso sí, cuida perfectamente de Joachim, pero si sigue atormentándose tanto se resentirá su trabajo. Y se verá obligada a contratar a otra persona. ¡Como si Natalie no tuviera ya suficientes preocupaciones! Tiene otras cosas que hacer que ocuparse de los asuntos de la casa. Encontrar a su auténtico padre. Aprovisionarse de morfina. Y, el súmmum de sus obligaciones, elegir en el ropero un vestido para la cena de esa noche en el Carlton.

Vuelve la espalda a las dos mujeres y sube a su habitación. Que cada cual apegue con sus problemas.

El doctor Toussaint se lo ha advertido: cada vez cuesta más conseguir morfina. Incluso para quienes la necesitan *de verdad*. Los lazos con las colonias decaen, el bloqueo inglés priva a la metrópoli de numerosos productos, entre ellos el opio, con el que se fabrica el veneno mágico. Natalie ha recibido la noticia con el desespero de quien está a punto de perder a un pariente. ¿Qué será de ella sin la inyección diaria? ¿Dejarla, dice usted? Pero eso es imposible, de sobra lo sabe. Lo mira, aterrada como no lo había estado en la vida.

Tedio. Días interminables. El correo es la distracción más preciada. Natalie ha empezado a leer la prensa, cosa que no había hecho nunca antes. Hoy le toca a *La Terre Française*, un semanario al que Jérôme está abonado desde los comienzos de la guerra. Desgarra la faja de papel, despliega la revista, comienza a leer el editorial de André Bettencourt. «Su raza está manchada con la sangre del justo, para la eternidad. Todos los maldecirán...» Dios mío, qué aburridas son todas esas ideas... No está acostumbrada. En otro tiempo, sólo leía las crónicas mundanas, únicamente compraba *Le Figaro* para comprobar el efecto que había causado su vestido en el baile de la víspera. Leía con celo el artículo donde aparecían frases deliciosas del orden de «Entre los invitados descollaba la presencia de la duquesa de Sorrente, deslumbrante con un vestido de satén púrpura de la última colección de la señora Schiaparelli que eclipsaba a muchos otros...». Ahora quiere leerlo todo. La política, principalmente. Pero los artículos largos le hacen perder muy pronto la concentración, por falta de costumbre. Su mirada vaga por las otras páginas, deteniéndose en un encarte publicitario de los hermanos Lissac, ópticos titulados y diplomados. «LISSAC NO ES ISAAC», la frase aparece en negritas. Natalie se ha sobresaltado. Isaac es el nombre de pila del marido de la señora Lévy, de quien ésta le habla con frecuencia. Lee toda la página. «De rancia familia francesa... De Corrèze y de Jura... Es el apellido auténtico.» La duquesa de Sorrente, nacida princesa de

Lusignan, que ha arrugado el periódico con un gesto de ira, no puede por menos de pensar: «A quién se le ocurre llamar a un hijo Isaac... Los padres podían habérselo pensado dos veces, caramba».

Ese final de ese verano más seco que nunca, en el que durante semanas los campesinos esperaban la lluvia, en el que preocupaba el rendimiento de las cosechas cuando ya era difícil comer, en el que los rododendros del parque parecían morir de sed, Natalie oyó de labios de la señora Lévy esta noticia desconcertante: al parecer el 26 de agosto han apresado a más de quinientos judíos en la región. Mil en dos días, murmuran los más pesimistas. La noticia ha recorrido la comunidad judía. Los Sorrente se muestran escépticos. ¿Está usted segura, señora Lévy? Habrán querido asustarla. Piense que estamos en zona libre. ¿Judíos extranjeros, dice usted? Pues entonces no tiene nada que temer, toda su familia es francesa, ¿no?

Frente, pecho, hombro izquierdo, hombro derecho: la señal de la cruz de Natalie es tan maquinal como su modo de restregarse los pies en un felpudo. Como todos los domingos, los Sorrente acuden a la misa de Notre-Dame de Bon Voyage. Es un día menos alegre para Charlotte desde que Adrien Maeght y sus padres se mudaron a Saint-Paul-de-Vence. En primera fila en la iglesia, la presencia de oficiales italianos recuerda que su país ocupa, desde el mes de noviembre, el departamento; con discreción, eso sí. Los feligreses evitan mirar a esos soldados elegantes a quienes instarán, como a ellos, a irse en paz. *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis, dona nobis pacem.* Que quitas el pecado del mundo... Natalie no está muy atenta esta mañana. Se deja arrullar por el órgano; no repara en que el coro, compuesto fundamentalmente por feligreses canosos y de profundas arrugas, desafina. Se acuerda. Es la liturgia de su infancia. Recuerda las interminables misas, el tedio piadoso que emanaba de los domingos de otro tiempo. Reconoce su mirada vaga de entonces en la de su hija, que se distrae con el menor ruido, sin atender a unas frases previsibles que no la afectan.

En la región se murmura que el obispo de Niza intenta salvar a judíos. ¿De qué?, ha observado Jérôme. Los italianos se niegan a someterse a las directrices del gobierno de Vichy, no habrá estampilla «judía» en los carnets de identidad y en las cartillas de racionamiento.

Llega el momento del sermón. Desde lo alto del púlpito, el cura cita los Evangelios: «Lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños, a mí me lo hicisteis.» Añade dirigiéndose a sus feligreses: «No debéis caer en el egoísmo y la indiferencia.» La alusión es clara. Y remueve la conciencia de Natalie, hasta entonces tan tranquila. Como un par de zapatos demasiado estrechos, o un escote que se abre dejando ver el tirante del sujetador. Una molestia. Que incluso le impide rezar. Arrodillada para recibir la comunión, observa una estatua de la Virgen que, por primera vez, no le hace

vibrar el corazón. Por más que se esfuerza, no consigue ya rezar. Padre nuestro que estás en los cielos, Dios te salve, María, llena eres de gracia, no, no hay nada que hacer, el cielo calla.

Al salir de misa, pregunta a Jérôme:

—¿Te parece lógico que la pobre Ginette no pueda seguir participando en una obra de teatro por ser judía?

Él no contesta. Natalie insiste colgándosele del brazo.

—Jérôme, me gustaría entenderlo. ¿Qué se les reprocha en realidad a los judíos?

—¿Sabes la última de Marie-Laure?

—No, cuéntame.

Natalie, esta noche, luce un modelo de la temporada otoño-invierno 1942 de Jeanne Lanvin llamado «Me caliente», un amplio vestido de interior verde Nilo cuyas mangas se prolongan hasta las falanges (le ha regalado el confortable abrigo «Hago cola» a su cocinera). Los niños están en la cama. Por doquier, colocados al azar, los ceniceros están repletos de colillas medio consumidas, como otras tantas frases nunca acabadas. Sobre la mesa de juego cubierta de un tapete color botella, se despliega el Scrabble. Jérôme, a quien nada gusta tanto como ese tipo de veladas apacibles, saborea la suavidad de un buen batín viejo de Hilditch and Key. El fuego del hogar intenta atenuar la humedad de este invierno mediterráneo.

—Recordarás que nos burlábamos amablemente de ella diciendo que tenía una «nariz Bischoffsheim». Pues la otra noche, en París, se metió en un lío de órdago. Te resumo el asunto: club nocturno, champán, dos de la mañana, accidente de coche. Pero no sola. A su lado en el coche, según cuentan, un oficial alemán. Nariz rota, operación indispensable. Y al día siguiente, para más inri, la rechifla de Cocteau: «En este triste universo nada que no sirva de nada / gracias a mí Marie-Laure tendrá una nariz aria».

Jérôme se parte de risa esperando que su mujer lo imite. Se lleva un chasco: se lo queda mirando como si hubiera proferido una obscenidad.

Natalie no se digna hacer ningún comentario y se enfrasca en su juego. Mira distraídamente las letras que acaba de coger en el estuche de terciopelo negro. O, I, U, K, J, S, D. Los cuadrados de marfil bailan ante sus ojos.

—Te toca jugar, corazón —dice Jérôme con una amable sonrisa.

Lentamente Natalie posa las letras sobre el juego.

—Judíos, la palabra cuenta triple —responde, triunfante.

Jérôme la mira, tragándose la sonrisa. Si se piensa que todo eso le hace gracia.

Está a punto de enfadarse. Pero renuncia.

Las reacciones de su mujer le irritan sobremanera. Esa reciente susceptibilidad acaba resultando exasperante. Y, la verdad sea dicha, fuera de lugar. *Muy fuera de tono*, habría dicho Jérôme si tal comportamiento procediera de una relación mundana.

Sólo que procede de su propia esposa, que lo tiene acostumbrado desde hace tiempo a ese tipo de provocación.

Se acerca la cuarta Navidad de la guerra. ¡Triste aniversario! Al pensarlo, Natalie se decide a hablarlo francamente con su marido.

—Jérôme, me gustaría que volviéramos a París. La ocupación italiana es soportable, por el momento, pero no hay garantía alguna de que no empeoren las cosas. Y, como sabes, tengo que organizar la misa de fin de año por mamá.

—Mira, Natty, eso ni pensarlo. En París no hay quien viva en este momento, me han dicho que falta de todo, carbón, comida, de todo. ¿Has pensado en los niños?

En los matrimonios suelen abundar las mentiras por omisión. Lo cierto es que Jérôme teme las tentaciones que se le presentarían a su esposa si volviera a París, tentaciones a las que tanto ha sucumbido en el pasado y que él se niega a nombrar, tal es el horror que le inspiran.

Natalie sabía que su marido no consentiría fácilmente en mudarse. Tiene previstas todas sus objeciones.

—Por eso mismo podríamos meter a Charlotte en un internado en el campo, está en edad de hacer amigas.

—Di más bien, querida, que te asfixias en Cannes, que echas de menos a tus amigos, que te pesa la vida lejos de París, de sus restaurantes, de sus teatros. Yo te entiendo. Pero estamos en guerra, y lo primero es pensar en el bienestar de la familia.

Natalie ha perdido esa batalla. Pero está decidida a volver a la carga y a no confesar los auténticos motivos de sus ganas de marcharse. Tampoco lo dice todo. Una carta de Pauline de Vulaines le ha informado de que Armand Mahl se ocultaba en casa de unos amigos entre dos misiones para la Francia libre; que en la dirección que gustosa le comunicaba cabía la posibilidad de verlo por fin. Tampoco le dice que prácticamente resulta imposible hacerse con morfina en la región pero que en París, según Misia Sert, aún hay modo de conseguirla. En una larga carta en la que su amiga decía encontrar la guerra «pasada de moda», le hablaba de unos proveedores que, por poco que se les pagase, sabían dónde procurarse las imprescindibles ampollas.

Las exigencias de la guerra han acudido en socorro de Natalie. Una mañana, los Sorrente recibieron una carta llena de sellos oficiales, en la que el estado mayor italiano que ocupa los Alpes Marítimos les informaba de que su casa quedaba requisada a partir del primero de enero. De resultas de lo cual no tenían más elección que retirarse a su piso parisino, abandonado desde hacía más de tres años.

Jérôme clamó a voz en cuello contra tan evidente violación de la propiedad privada. Natalie se tomó las cosas con un ánimo sereno que sorprendió a su marido.

Así pues, la última semana del año se dedicó por entero a preparar la mudanza. Ginette y su madre lloraron mucho al enterarse de la inminente marcha de los Sorrente. Pero más valía que fuese así. En cualquier caso, también ellas iban a

abandonar Cannes. Los italianos protegían a los judíos, pero a saber por cuánto tiempo. Tenían unos parientes en Córcega dispuestos a recibirlos. ¿Nos darán noticias tuyas?, hizo prometer Natalie, tan afligida como ellas. Echaría sobre todo de menos a Ginette, que, sin saberlo, le había hecho revivir emociones pretéritas.

La mañana del 2 de febrero de 1943, los Sorrente llegaban a París, tras un viaje agotador de más de quince horas de tren. Joachim, privado de los brazos de la señora Lévy y poco acostumbrado a los de su madre, no había dejado prácticamente de berrear. Sólo Jérôme aguantó con calma aquellos gritos, que daban fe de una «personalidad fuera de lo común». Su hijo no habría desmerecido en los campos de batalla donde el Emperador sabía reconocer a los bravos.

Cuando volvieron a ver las fachadas negras de mugre, las aceras pestilentes y las caras desabridas, comprendieron lo mucho que habían echado de menos aquella ciudad gris y única. Pese al cielo de color hollín y el gélido frío que los recibía en la plaza de la estación de Lyon, aquel día fueron muy felices.

Segunda parte

París

¿París en 1943? Una mujer que hubiera cambiado de vestido. Ni del todo la misma, ni del todo otra. El que viste ahora la ciudad es gris verdoso, del color de los uniformes alemanes que se encuentra uno en cada cruce, en cada terraza, en cada taberna. Sobresaliendo en esa tonalidad monocroma, la esvástica rojinegra llama la atención como, en una elegante, un broche prendido del revés en un traje sastre liso. Lleva casi tres años flotando en los frontones gloriosos de la capital.

París ha sufrido un síncope; apenas se lo oye respirar. Han desaparecido los coches. Nuevos ruidos pueblan el silencio, el de los pájaros, cuyo canto no queda ya ahogado por el estrépito del tráfico, el de los ciclistas que pasan en un vuelo por unas avenidas que, despejadas de automóviles, parecen el doble de anchas. De no ser por los monumentos que no han desaparecido, podría uno creerse en una apacible aldea campestre donde en algunos corrales se oye el cacareo de las gallinas, donde los balcones se han transformado en huertos improvisados, donde la gente se desplaza en un coche tirado por un caballo y donde, cuando hace calor, las calles exhalan un persistente olor a bosta. A los más viejos les da la impresión de haber retrocedido cincuenta años atrás. ¿Una capital, de verdad? Es un París campestre donde, como en provincias, la gente piensa más en lo que va a comer que en esgrimir ideas. Con una salvedad, uno sabe que sigue estando en París: las mujeres caminan más deprisa que en ningún otro lugar del mundo. Sus suelas de madera restallan en el pavimento, como antaño sus escaupines de cuero. La bicicleta ha esculpido en sus pantorrillas una curva marcada que deslumbra las miradas masculinas.

En ese vestido nuevo que se ha puesto la capital, ha aparecido un nuevo accesorio: la estrella amarilla que todos los judíos de más de seis años tienen que llevar a la altura del corazón. Se reconoce a los judíos por los movimientos que hacen para ocultar la estrella, que sin embargo les ha costado un punto de la cartilla; los parisinos no han tardado en comprender quiénes son esas personas que no cesan de replegar los antebrazos, cual pájaros ateridos, o llevan siempre las manos metidas en los bolsillos girando la solapa del abrigo. ¡Miseras argucias! Traicionados por sus gestos, marcados como ganado, hostigados por las ordenanzas, se ven obligados a vivir en una ciudad donde casi todo les está prohibido; no los quieren en ningún sitio. Ni en los restaurantes, ni en los cines, ni en los teatros, ni en las librerías, ni en las bibliotecas, ni en las piscinas. Excluidos también de los monumentos históricos, de las manifestaciones deportivas, de los hipódromos e incluso de las cabinas telefónicas. Para distraerse, ni siquiera pueden jugar a la lotería nacional; ni oír la radio, que no les está permitido poseer. Tan larga es la lista de prohibiciones que sería más rápido enumerar lo que pueden hacer. No pueden abandonar su barrio, salvo para hacer la compra entre las tres y las cuatro, medida falsamente clemente, ya que la mayoría de las tiendas de alimentos están cerradas a esas horas, y si por milagro no lo estuvieran, habrían sido ya desvalijadas por la mañana, cuando se forman colas de espera llenas de gente decididísima a arramblar con la última lata de conservas. A veces, en las tiendas vacías, los comerciantes aseguran que no han recibido género;

guardan la mercancía para revenderla por la noche en el mercado negro.

Al descubrir esa serie de vejaciones, a Natalie le viene de pronto a la memoria la frase que Étienne de Beaumont, en cuya casa tantas veces habían bailado los Sorrente antes de la guerra, le gustaba decir: «Uno da fiestas pensando en aquellos a quienes no invitará.» Cabe pensar que el gobierno también experimenta esa alegría malsana.

La guerra vuelve a atrapar a los Sorrente. El palacete de la rue d'Astorg, que no ha sido saqueado gracias a la vigilancia de un portero generosamente retribuido durante tres años, resulta habitable siempre que se contenten con ocupar tres estancias, aquellas en las que se puede encender la chimenea. En ese invierno gélido, en el que los canales no permiten ya transportar el carbón, más vale eso que nada. Habrán de acostumbrarse a vivir en una ciudad donde el toque de queda, los días de represalias, empieza a las seis de la tarde. Los problemas de avituallamiento provocan entre los matrimonios amigos un inédito movimiento pendular. Las mujeres neurasténicas dudan entre la ciudad y el campo, el hambre y el aburrimiento. Todas las semanas, corren a ver a sus hijos refugiados fuera de la capital, y regresan a la ciudad, las compras, los chismes, la aventura, hacia todo lo que llaman «su marido». Pero lo que tiene París de cautivador es que los que residen allí lo hacen porque lo han querido; esa patria de nacimiento ha pasado a ser una patria de adopción.

Charlotte pasa la semana en un internado normando, donde la alegría de las niñas de su edad mitiga lo incómodo y austero del lugar. No sabe si odia más las abluciones con agua o las clases de latín, igualmente obligatorias. Para Joachim, que pronto cumplirá dos años, Natalie ha contratado a una anciana bretona un poco zafia. De no ser por su cara arrugada como una camisa de seda al salir de la maleta, recordaría a Bécassine, ese personaje de cómic de gran corazón e inteligencia mediocre. Jérôme opina que la palabra «niñera» es menos elegante que «*nanny*», pero al menos es una francesa de pura cepa sobre la que no se cierne ninguna amenaza. La época requiere flexibilizar algunas tradiciones.

Natalie duda, ante el ropero. Por primera vez en su vida, no tiene la menor idea de cómo vestirse para salir. En vestidos de baile, trajes sastre de luto o de cenas fuera de casa y ropa ligera de playa es experta, pero nadie le ha enseñado lo que se debe vestir el día en que uno va a conocer a su padre. Teme cometer una falta de gusto. Ese vestido de un hermoso rojo fresa, ¿no es impropio para ir a visitar a un hombre acorralado? Ese traje sastre de satén color berenjena, ¿no es un poco elegante para una mañana de invierno y de guerra? No quiere tener aspecto frívolo, pero se prepara para ese encuentro como para acudir a una cita galante. Se ha llenado de sombra los párpados, maldiciendo una guerra que la priva de su pintalabios favorito, un carmín deslumbrante que sólo se encuentra en América. ¡Le gustaría tanto causar buena impresión!

Pauline de Vulaines ha mantenido su palabra y le ha conseguido las señas de los amigos en cuya casa vive Armand entre dos misiones. Le ha escrito. Le ha pedido verlo con un pretexto falso: «Mi madre le ha dejado en el testamento un recuerdo de ella, me gustaría entregárselo.» En una nota no muy efusiva, él la ha citado en lo más recóndito del distrito dieciséis, un callejón cuya existencia ignoraba Natalie.

En el metro abarrotado, incluso en primera, donde se apiñan alemanes de todas las graduaciones, Natalie cuenta las paradas de la línea 9 que la llevarán hasta la Porte d'Auteuil.

En la parada de Miromesnil, se pregunta qué necesidad tenían sus hermanas de contarle la verdad. Estaba muy contenta siendo hija de Charles de Lusignan. De pronto recrimina a Laure y a Victoire su inútil franqueza. ¿Para qué añadir una desgracia a la desgracia?

En la parada de Iéna, se dice a sí misma que, aunque no descienda de los reyes de Francia, su historia la ha modelado. Seguirá pujando cuando subasten un retrato del duque de Berry o de sus hijas, por el simple placer de comentar sus rasgos y su indumentaria con Charlotte. Es demasiado tarde para adoptar el imaginario de otra familia.

En la parada de Trocadéro, no ve ya por qué tiene que conocer a un padre que nunca ha querido verla. Que nunca la ha consolado ni acunado. Que quizá ni siquiera sepa que unas horas de placer en Deauville originaron, nueve meses después, una niña tan morena como él. Verlo ¿para mendigarle qué? ¿Una pizca de atención, de afecto? Vamos, que ya no es una niña. Sin darse cuenta se muerde las uñas.

Roza el perjurio a cada minuto.

En la parada de Ranelagh, ha decidido olvidar esa historia que, al fin y al cabo, está plagada de incertidumbres. Tenía razón Jérôme, es preferible silenciar ciertos episodios de la vida familiar. Y no insultar la memoria del hombre cuyo apellido lleva. Conocer a Armand supondría traicionar a Charles de Lusignan. ¿No fue ya suficiente traición la de su infiel esposa? Puede que la observe desde allá arriba. Bastante humillación ha sufrido. Como para cargar las tintas.

En la parada de Jasmin, Natalie empuja a todo el mundo, abandona el vagón y sale al aire libre. Fin del viaje. No irá a conocer a Armand. Al diablo las madres infieles, los padres naturales y los lazos de sangre. Seguirá siendo princesa de Lusignan.

En la avenue Mozart, mientras camina a paso rápido hacia su barrio, aliviada en el fondo por su marcha atrás, se queda en suspenso ante un cartel que proclama «LOS JUDÍOS ACTÚAN EN LA SOMBRA... SEPAMOS RECONOCERLOS». En el centro del cartel aparece una estrella amarilla.

Reconocerlos... Natalie ha retenido esa palabra hasta su casa, no consigue olvidarla. Reconocerlos... ¿Cómo se reconoce a los judíos? De regreso en la rue

d'Astorg, se ha sentado ante el tocador —el único sitio donde acierta a poner orden en sus ideas— y ha auscultado su rostro con la precisión de un médico encargado de expender un «certificado de no pertenencia a la raza judía». Es como si se mirase por primera vez. Al menos, la naturaleza la ha hecho mujer: ¡no se le pedirá que se baje las bragas ni que se abra la bragueta! Acerca el rostro al espejo de tres caras. ¿Tiene rasgos semitas? El espejo no habla en su favor. ¡No es muy ario ese rostro! Los ojos no son azules, y la piel no es clara. Mal empieza el examen. Se pellizca la punta de las mejillas, levanta las sienes, forma una escuadra imaginaria con los dedos. Primero la nariz. Un apéndice al que otorgan gran importancia quienes acosan a los judíos. No hablan de otra cosa. Bromean con narices que de tan desmedidas resultan inconvenientes. Ven Cyranos de Bergerac por todas partes. La suya es desde luego un poco larga, un poco grande también, pero no ganchuda como las de las caricaturas antisemitas. Muy distinta, eso sí, de las de sus hermanas, que tienen una encantadora naricita respingona. ¿Haría esa nariz dudar a un médico de su arianidad, como la de Lifar en 1940? Sonríe al recordar el ataque de ira del bailarín, que gritaba al oficial que acababa de liberar a su hermano Léonid pero dudaba de él: «¿Me está usted diciendo que mi madre era una puta?» Una puta... Vuelve a pensar en su propia madre con afecto melancólico. Lifar no había entendido nada. A las putas se las paga. Élisabeth no era más que una mujer que se aburría con su marido. Qué pobre es el vocabulario de los hombres, a veces.

Prosigue el examen, pasa a otras partes de su cara.

Esas cejas frondosas que la pinza de depilar esculpe todas las mañanas en el espejo de cortesía, esos ojos oscuros orlados de marrón, esos labios demasiado finos, esa tez mate que tira a oliváceo cuando está cansada, ¿la denuncian? Su cabello frondoso, con un tono negro rojizo, que suscita cada semana la obsequiosa admiración de su peluquero («Con esa textura de pelo la permanente se aguanta sola...»), ¿la traiciona?

¿Semitas, esa frente, esas aletas de la nariz, esas orejas?

¿Judaicos, su mirada, su expresión, su rostro?

Ante el espejo, hace muecas, sonríe, saca la lengua, gira los hombros para observar su perfil.

¿Son realmente judaicos sus gestos? Repite la palabra, como para flagelarse más.

Recuerda lo mucho que le extrañó, e incluso ofendió, que todo el mundo comentase su parecido con la escritora Irène Némirovsky cuando aparecieron en la prensa las primeras fotos de la autora de *David Golder*; una mujer a quien los periodistas que querían dar una idea de su físico a sus lectores describían como ¡«picante israelita»!

¿O sea que eso es lo que parece?

¿De qué desconocida antepasada ha heredado los rasgos en realidad? Se imagina a esas mujeres de las que desciende con nombres bíblicos. Por un instante, se arrepiente de haber dado marcha atrás hace un rato, de no haberse atrevido a

presentarse ante Armand Mahl. Tal vez éste habría exclamado al verla: «¡Eres el vivo retrato de mi tía Sara!» O: «¡Cómo me recuerdas a mi tía Betsabé...!» Su mente vaga, obnubilada por fantasmas sin rostro.

Vuelve al asunto que la obsesiona.

¿Qué es un judío para mí? ¿Puede ser que ande solapado dentro de ella, resistiéndose a su educación muy católica, un atavismo cuya causa no conocía? Pero, además, ¿qué es el carácter judío? Indaga en su memoria, sondea los tópicos que conlleva esa palabra, recuerda las trivialidades que se decían en los salones antes de la guerra.

¿Una afición obscena, enfermiza, por el dinero? No, eso no puede reprochársele, dinero ha tenido siempre, gracias a Élisabeth, que cuidaba de que su cuenta en el banco estuviera abastecida. Un dinero invisible y bienvenido, siempre olvidable porque nunca faltaba.

¿La avaricia? Desde luego eso no era un rasgo de su carácter, ella que en el pasado había firmado tantos cheques a artistas que sabía que no llegaban a final de mes, ella que había recibido tanto, en Cannes como en París, ella cuyo asiento estaba siempre reservado en las presentaciones de las colecciones de alta costura.

¿El sentido del humor, del autoescarnio? Sí, quizá ha dado con una pista: su afición a las guasas, a las bromas fáciles, a los chistes es conocida. Nunca le han dado miedo las provocaciones. Pero si la risa es característica de los judíos, no quedan ya muchos judíos en estos tiempos...

¿Qué es ser judío? No se le ocurre una respuesta satisfactoria. Se topa con un enigma. No ve a quién podría preguntárselo.

Tintinea en su muñeca la pulsera donde cuelgan las medallas de bautismo de sus hijos. Piensa en Charlotte y en Joachim. ¿Percibirá en alguno de ellos, cuando hayan alcanzado la edad adulta y sus rasgos se hayan asentado, una expresión semita cuyo origen sólo conocerá ella? ¿Una nariz demasiado aguileña en su hija, que habrá que decidir operar? ¿Podrá comprender alguna vez de dónde proceden el estrabismo del uno y el oído musical del otro si no sabe a qué antepasado atribuirlos? Más adelante, achacarán esos atavismos a antepasados que no son los suyos. Se complacerán en resaltar el «lado Lusignan» de sus hijos. Darán explicaciones erróneas a su existencia. Como su madre antes que ellos.

Natty, deja de decir sandeces. Demasiadas divagaciones. Se reprende. Como siempre en ese lugar, se vuelve hacia la foto de Charles de Lusignan, que no la abandona nunca. Quizá mirando largo rato y a menudo el retrato de ese eterno joven de mirada triste acabe pareciéndoselo, como esos viejos matrimonios que, al llegar a la vejez, piensa uno que son hermanos o hermanas. Sigue queriendo lo mismo a ese hombre que le ha dado su apellido. Sólo que el marido cornudo que fue le inspira una pizca de piedad. Cuando evoca a Armand Mahl, no se refiere a él como su *verdadero* padre sino como su *nuevo padre*. ¿Por qué no va a poder amar a dos padres cuando ama a dos hijos?

Unos puñitos llaman a la puerta con insistencia. Abandona su tocador y sus preguntas sin respuesta.

Es domingo y ha prometido llevar a Charlotte, que ha venido del internado a pasar el fin de semana, a jugar a la plaza. ¡Feliz distracción! Al menos allí dejará de pensar en todo eso. ¡Bufandas, gorros, guantes, adelante con los faroles! Poco imaginaba que, con esa inocente salida, resurgirían las preguntas que la torturaban. En la verja de la plaza SaintAugustin, un cartel amenazador alerta: «Parque de juegos. Reservado a los niños. Prohibido a los judíos». La pequeña ha leído, como ella, el letrero. Movida por una infantil superioridad, Charlotte se vuelve hacia su madre: «Mamá, nos han dicho en la escuela que los judíos no son buenos porque fueron ellos los que crucificaron a Jesucristo.» Natalie no sabe qué contestarle. Piensa que tal vez un judío sea eso: aquel a quien ya nadie quiere.

Aquella primavera de 1943 el mayor placer de los Sorrente reside en acudir a Groussay, donde Charles de Beistegui, protegido por su condición de agregado en la embajada de España, recibe con un lujo digno de la anteguerra. Salvo la angustia que produce a Natalie la necesidad de proveerse de antemano con la suficiente morfina para que no le falte una vez instalada en Montfort-l'Amaury, esas estancias son una delicia. Nadie sabe cómo su mesa está siempre tan bien provista ni cómo la guerra no ha hecho mella en su entusiasmo por las obras de restauración del castillo que proyecta. ¿La guerra? ¿Qué guerra? Tumbados en colchones colocados en el césped, los invitados se preguntan si esa guerra es real. Como antes, practican el *small talk* tomando té, comentan los diseños de Emilio Terry que representan las futuras «*folies*» del parque, gozan de sentirse en una burbuja donde se codean unos cuantos privilegiados que *marcan la pauta*.

La época no es demasiado cruel para quienes poseen los medios de eludir sus rigores. En París, la gente se pasa las direcciones de los restaurantes del mercado negro donde se come tan bien como antes. En el Jimmy's, pero no lo cuente, tienen de todo lo que está prohibido: bistecs cruidos, pescado frito con mantequilla, whisky. En el Châtaigne, donde los manteles son blancos y donde no encuentra uno menos de tres copas delante del plato, la langosta con mantequilla blanca es exquisita; en el Philippe, cuyo dueño tiene familia en el Gers, se atiborra uno sin remordimientos de foie gras, de mousse de chocolate y de carnes sin cupón; en el viejo Pont-Neuf, los pasteles de nata son tan pesados que se le saltan a uno las lágrimas al probarlos; traen a la memoria recuerdos de infancia y de primera comunión. Jérôme lleva con frecuencia a cenar a esos sitios a Natalie, donde ella apenas toca el plato y se cruza con gente a la que no había visto en la vida. ¿Quiénes son esos listos motorizados, aparentemente indiferentes a los precios y a la hora del toque de queda? Mejor no hacerse preguntas. Nada impedirá divertirse a la gente de la alta sociedad. Las tardes

de los domingos, Marie-Laure de Noailles da deliciosos conciertos en su palacete de la place des États-Unis; allí el racionamiento brilla por su ausencia y el champán es excelente. En la rue d'Astorg, corre hace tiempo por la consola una tarjeta de invitación: la duquesa de Alba cuenta con los Sorrente para el baile que da en Madrid el mes de abril. La misma tarjeta ha sido enviada a todos los países de Europa que se matan entre ellos.

En la rue de la Faisanderie y en la avenue de Friedland se hallan los más importantes fumaderos de opio de París. Natalie los ha visitado y ha visto que Cocteau, Bérard y Marie-Blanche de Polignac encontraban allí un gran alivio. Ha aspirado el humo, ha aguardado la deliciosa inercia de los miembros y el desbocamiento de los sentidos. Nada. Tan sólo ha encontrado un pálido sucedáneo del placer brutal de sus ampollas. Ha aborrecido el olor del opio. Y la privación de la morfina le ha provocado los peores dolores de estómago que había sufrido nunca, bocanadas de calor y un sabor acre en la boca.

Natalie ha vuelto a sus gustos de antaño.

Para hacerse con morfina, cocaína y heroína hay que recurrir a Rosita. Nadie sabe de dónde sale esa mujer sin edad, cuyo nombre y dirección se pasan en voz baja los iniciados. Le ha dado su dirección Boulos Ristelhueber, el joven alto y rubio de quien ya no puede prescindir Misia Sert. Ese hijo de diplomático se droga desde que sufrió un grave accidente de automóvil. Disfraza su palidez con colores aparatosos, pasea su figura diáfana por el vestíbulo de Lifar, a quien ha prometido redactar sus memorias y le trae sin cuidado que el todo París lo llame «el Ectoplasma». Las señoras no pueden prescindir de él. Las hace reír y les hace favores; con él, su virtud nada tiene que temer. Él las lleva por primera vez a esa casa de un barrio siniestro donde podrán aprovisionarse. Hace las presentaciones. Luego, que se las apañen.

Desde su regreso de Cannes, Natalie se inyecta ella sola. La primera vez, la mano tiembla, busca la vena, pincha zonas inútiles con torpeza. Al cabo de unos días, el gesto se ha vuelto rápido, mecánico, eficaz. Una noche le entró el pánico: en su precipitación había roto la aguja. Lo deshizo todo, reforzó la punta de la aguja con un añadido y lo envolvió en hilo untado con gelatina y laca. Le siguen faltando ocho milímetros a esa aguja para penetrar en su carne.

Rosita tiene la cara cansada de las que no tienen horario y viven más bien de noche, las carreras en las medias de las que prefieren dejar el dinero en la caja de caudales antes que salir a enriquecer a los comerciantes del mercado negro, el desaliño de la que sabe que cualquiera que sea su aspecto los clientes no mirarán el gasto. Rosita es la mayor traficante de droga de un París ocupado donde los adictos han logrado encontrar fuentes de aprovisionamiento a pesar del bloqueo y la vigilancia de la brigada de costumbres. A cualquier hora del día, en el número 37 de la avenue de Villiers, Rosita abre su puerta a las burguesas que, tragándose la

vergüenza, acuden a suplicarle que les procure algo que les calme ese mono insoportable que, «se lo juro, señora», no las deja vivir. Sí, Rosita lo sabe. Por sus ojeras de color malva, por sus dedos febriles, intuye los maridos que se han largado con otra, los amantes inconstantes, las mañanas tan abrumadoras que hacen odiar de antemano el día siguiente y las noches todavía más insoportables. Lo sabe todo, incluido que las penas extremas requieren un tratamiento de caballo; cuando el marido o el amante se han ido con otro hombre, multiplica las dosis por dos.

El timbrazo es imperioso. Rosita, los labios pintados en forma de corazón y las cejas alargadas con un toque de lápiz, ofrece el aspecto de lo que fue en otra vida: una fulana. Ha observado por la mirilla con quién tenía que vérselas. Los policías de la brigada de costumbres utilizan a veces argucias increíbles para dismantelar las redes de traficantes de estupefacientes. ¡Otra vez la duquesa! Natalie es una de sus más fieles clientas: no necesita preguntarle qué quiere ni preocuparse por si puede pagar. Esa mujer la intriga; presiente en ella un dolor menos trivial que los que llevan a su casa a esas desdichadas de ojos vidriosos. Adivina que en su caso la morfina no es para consolarse de una pena de amor ni de una herida de amor propio. Pero es una gran profesional, no hará preguntas. Natalie extrae del bolso unos fajos de billetes y los deja a cambio de las ampollas: cincuenta gramos, lo suficiente para aguantar más de un mes.

Natalie camina por la nieve junto a Jérôme, vestido de soldado de la Guardia de Napoleón. Prendida de su chacó de pelo duro, una placa de cobre soporta un águila coronada. Su sobretodo pasa del azul imperial al blanco merengue debido a los espesos copos que se le pegan. Tira de ella para avanzar, mientras detrás una ciudad en llamas parece amenazarlos. La insta a que siga andando y le grita: «¡Esto no nos atañe!», mientras ella se hunde en la nieve. Nada que hacer, no puede moverse. Tobillos, rodillas, muslos: se hunde cada vez más, no consigue seguirlo, acabará sepultada, seguro, y Jérôme sigue gritando, y el incendio se acerca, y ella no sabe si acabará carbonizada o congelada. Muge una sirena a lo lejos. Cuando la nieve le alcanza el pecho, cuando se halla a punto de asfixiarse, Natalie se despierta, exhausta, deshecha en llanto. Era una alerta, un hombre grita bajo sus ventanas «Apaguen las luces, vayan a los refugios», se oye golpear postigos y puertas. De nuevo reina el silencio.

Ha tenido ese sueño varias noches seguidas. Las noches son tan agitadas como en Cannes. Nunca sabe qué imágenes, que gritos la torturarán en su sueño, dejándola transida de cansancio. En ocasiones, una pesadilla se niega a abandonar sus párpados grávidos, se incrusta en la habitación con las persianas cerradas, impregna su mente hasta el momento en que, por desgracia, tendrá, que posar un pie fuera de la cama y enfrentarse a un nuevo día. Aparece en el comedor con la mirada despavorida y la tez cerosa.

El 7 de mayo, para celebrar los treinta y cinco años de Natalie, Jérôme ha decidido ir a cenar a Maxim's. Antes de 1914 las mujeres no iban al restaurante. Ni a Maxim's ni a ninguno. En la rue Royale sólo se veían hombres y fulanas. Natalie recuerda las predicciones consternadas de las ancianas tías Lusignan, ancladas en la nostalgia del pasado: «Al paso que vamos», se indignaban, «pronto darán ahí comidas de primera comunión.» A su escala parisina, compartían sin saberlo las reservas de las primas de provincias, quienes proclamaban a sus nueras que una mujer casada no pone los pies en un café. Esa época y esas costumbres habían periclitado, a Dios gracias. Natalie infringió el prejuicio familiar en cuanto se casó; frecuentar ese restaurante significaba ser moderna. Libre. Joven.

El éxito de Maxim's aumentó con la guerra. La ocupación atrajo a una clientela de oficiales alemanes obnubilados, para quienes Francia era París y París era Maxim's. El tópico había convertido el restaurante en uno de los lugares más concurridos de la capital. Los mismos parisinos, hartos de rechazar los placeres de antaño por el hecho de tener que compartirlos con los ocupantes, volvieron a aquella cantina que les encantaba. Y mala suerte si había que compartirla con los uniformes verde gris. Todas las noches, a la hora de contar las ganancias, Louis Vaudable alababa la frivolidad obstinada de algunos parisinos.

Albert, el primer *maître d'hôtel*, la cabeza pensante de la adjudicación de las mesas, los condujo hacia el Omnibus. Los franceses en la primera sala, los alemanes bajo los dorados art déco del comedor grande. Albert conoce el oficio. Hinchando el pecho bajo la immaculada pechera, recalca los «Señor duque» y «Señora duquesa», y los acompaña, con la obsequiosidad de un viejo servidor al servicio de la familia durante tres generaciones, hacia la mesa que les tiene reservada. El Omnibus, la pieza que queda más cerca de la entrada, se reserva en principio a los franceses; ocupantes y ocupados evitan mezclarse. Con todo, esta noche cenan allí cuatro oficiales alemanes y uno de ellos, al ver a Jérôme, le hace grandes muestras de amistad. Imposible ignorar esas señales ostensibles del príncipe August von Hohenlohe, en cuya casa cazaron varios inviernos en Baviera. Jérôme, que de pronto ha olvidado la guerra y la ocupación —esas peleas entre gente del pueblo—, tiene un reflejo de hombre de mundo: «¿Se quedará usted mucho tiempo aquí?», pregunta amistosamente al oficial. No hay la más leve ironía en esa pregunta dirigida a un hombre que, al fin y al cabo, ha invadido su país. «Por desgracia no, nos marchamos esta noche hacia Bourges», contesta amablemente aquel a quien Natty ha llamado ya en su fuero interno «el soldadote *boche*» y cuya mirada evita para precaverse del previsible besamanos.

Los Sorrente están sentados a la mesa que les ha indicado Albert. ¿*Se quedará usted mucho tiempo aquí?*, la pregunta obsesiona a Natalie, que empieza a encontrarse mal. Se agita en el asiento de terciopelo rojo. ¡Como si la guerra sólo la hicieran los criados! Sabe lo que le contestaría Jérôme si le echara en cara su

amabilidad de hace unos instantes: que *es obligado* saludar a un hombre con quien se tienen amigos comunes, con quien se han compartido amaneceres helados y excitantes acechando al venado escopeta en mano. Su marido no conoce más que una internacional, la de la gente bien educada.

Esta noche, como todas las demás, lleva, para disimular los hematomas que le dejan las inyecciones, largos guantes de cabritilla que le suben hasta lo alto de los brazos y que puede desabotnar en la muñeca para dejar libre la mano, ya sea para encender un cigarrillo o para utilizar el tenedor. Si Jérôme se hubiera dignado observar lo nerviosamente que se los abotona y se los desabotona, los enrolla y los desenrolla, comprendería que está con el mono. No ignora lo que él llama «los malos hábitos» de su esposa, pero no sospecha su frecuencia; y como llevan años durmiendo en camas separadas, como no ha visto el cuerpo desnudo de Natalie desde hace mucho tiempo y ha olvidado hasta el perfume de su piel, no sospecha que su carne está plagada de los estigmas de su esclavitud. Pero el duque de Sorrente no ve nada, sólo las luces del restaurante que brillan, a las mujeres que desean ser seducidas, y a Albert, que lo trata con la deferencia que impone su título. Su mirada indolente ya no se maravilla ante las lianas y los follajes de cobre que realzan los espejos. Ese lugar lo sume en una grata distracción.

¿*Se quedará usted mucho tiempo aquí?* A Natalie le da vueltas la cabeza, no se encuentra nada bien. «Necesito ir a empolvarme» es una frase cómoda, y la pronuncia para escapar de allí. Se ha eclipsado hacia los servicios, que, al pie de una escalera oscura, ofrecen el secreto a los gestos impúdicos. Tras hurgar febrilmente en el bolso, extrae la jeringuilla, vacía el contenido de una ampolla, alza aprisa y corriendo la falda flexible, un tejido de encaje de seda de mora salvaje cordada de plata, rescatada de sus compras en Worth en 1938. No le sienta tan bien como antes, por desgracia. Natalie ha adelgazado mucho. Por fortuna en el muslo le queda un poco de carne. Su gesto es mecánico. Lo realiza varias veces al día. El delicioso frío del líquido le corre por la piel. Respira ruidosamente. Luego espera unos minutos, guarda la jeringuilla en el minúsculo bolso de noche, del que contempla cada detalle con la misma precisión que proporciona la ebriedad, se mira en el espejo y vuelve a pintarse los labios. No la ha visto nadie.

Natalie se ha sentado de nuevo a la mesa. La jeringuilla ha destilado su maravilloso veneno. Se siente mejor. Ya puede mirar en derredor. Todas las mujeres de mundo han cambiado sus costumbres. Se acabaron los vestidos de noche, los vestidos de *garden party*, los vestidos de interior. Los modistos reciben encargos de docenas de austeros trajes sastre. Colores neutros, líneas monacales, sobriedad acorde con las circunstancias. Las elegantes llevan ahora los vestidos de noche en la cabeza. En lo alto del cráneo, todo un derroche de fantasía, coquetería y atrevimiento. El campo de batalla de las mujeres que se han quedado en París son Maxim's, Fouquet's o Jimmy's; sus armas, los sombreros. Con esa guerra se forran las sombrereras. Dominando las mesas de manteles blancos, a la derecha una toca azul marino y

blanca de las hermanas Leroux, a la izquierda un sombrero de paja adornado con un pájaro con su velo de lunares que su propietaria alza con donaire para deslizar una boquilla entre los labios, una creación de Suzanne Talbot, enfrente un sombrero flexible en violeta gris claro con sus flores de satén, de Rose Valois, en la esquina un turbante de shantung de rayas adornado con un pájaro en tres tonos, de Paulette, una nueva sombrerera muy solicitada, detrás un sombrero de satén azul adornado con hortensias del mismo tono, de Coralie, a su lado un sombrero de paja azul marino de copa muy alta envuelta en muselina blanca y rematada con una rosa, de Paquin, junto a Jérôme un sombrero de paja de Italia natural orlado de tul fruncido, de Le Monnier. Las cenas de sombreros han sustituido los bailes de disfraces.

Coronadas de complicados armazones que parecen proyectarlas hacia el cielo, calzadas con plataformas de madera o de corcho —y mala suerte con el ruido—, las elegantes resultan más visibles que nunca.

¡Visibles, y de qué manera! Haciendo las delicias de sus vecinas, que escuchan distraídamente la conversación de su mesa, damas ojo avizor que se espían, se sopesan, se comparan —como tiempo atrás cuando lo hacían con sus vestidos, no bien entraban en el salón—, admirando el turbante verde tila de una, las plumas merengue de otra, y pasando en su fuero interno futuros encargos a su sombrerera.

En la mesa se comentan las proyecciones de *La sangre de un poeta* organizadas por Cocteau en una pequeña sala de los Campos Elíseos. Los Noailles siguen bloqueando el estreno de la película, pero Cocteau quería mostrar a quienes lo hubieran olvidado que había sido un autor rebelde. Algunos acudieron el 6 de febrero —Misia, Bérard y Poulenc—; otros —Picasso, Jünger— la vieron un mes después. Cada vez la proyección triunfa. Cocteau, muy ufano de ese éxito, carga las tintas, contando que a Charlie Chaplin le gusta tanto la película que en Hollywood la proyecta para sus íntimos. Al evocar esa obra, surge todo un periodo en la memoria de ambos, una época lejana en la que no los arredraba ninguna provocación. Natalie lo piensa con un punto de nostalgia, como se recuerdan las tonterías que ya nunca se cometerán; Jérôme se alegra en silencio de que la guerra haya acabado con aquello.

Ese mes de mayo, aunque el ejército alemán ha sufrido la derrota de Stalingrado, se sigue manteniendo una buena relación con las autoridades de ocupación. Francia está vencida, no tiene elección. La colaboración es una suerte. El enemigo es el comunismo. Con alguna que otra disparidad, están todos de acuerdo. Y además, como en todas las cenas, les ponen nombre a las ideas y cara a las opiniones políticas. Paul y Hélène Morand reciben a cantidad de alemanes en su casa, en la avenue Charles-Floquet, cosa que no sorprende a nadie. (Al oír el nombre de Paul, Natalie se sobresalta, recordando con ternura ciertas noches, hace unos años, en que él había insistido en acompañarla después de un baile... Todas las veces regresaba a casa a las siete de la mañana, frustrada por sus gestos, tan rápidos como los automóviles que le gusta conducir.) Melchior y Nina de Polignac no ocultan sus simpatías pro alemanas. Él es presidente de honor del grupo Collaboration, y no se cansa de moverse para

buscar un acercamiento entre Francia y Alemania. Baba de Lucinge, por el contrario, echa pestes del régimen, pero es inglesa, lo cual lo explica todo. Tampoco vamos a enfadarnos por esas cosas con amigos de toda la vida, ¿no?

—No hablemos de política, que acabará aguándose la fiesta. ¿Le sirvo un poco más de champán?

La prefectura de policía está desbordada. Todos los días, los sacos de yute que traen los carteros vomitan sus mil quinientos sobres. Escritas en garabatos o en elegante letra inglesa, firmadas por «Una aria indignada» o «Unos vecinos indignados», esas cartas anónimas denuncian sin orden ni concierto a los masones, a los traficantes del mercado negro y por supuesto a los judíos. ¿Un vecino molesto? ¿Una futura nuera que no gusta? ¿Un jefe desagradable? Una carta y resuelto el problema. Cuentan que un hijo llegó a denunciar a su propio padre; los doctos han deducido de ello que los resortes de la tragedia antigua siguen vigentes. Nadie se halla a salvo de una denuncia. Las víctimas están por todas partes, incluido el entorno de los Sorrente.

Baba de Lucinge ha sido la primera en sufrir la experiencia. Sin duda denunciada por Coco Chanel, que había declarado ante ella, en voz alta para que la oyese su amante alemán: «¡Francia no tiene más que lo que se merece!» A raíz de eso, Baba se negaba a saludarla cuando se la cruzaba en Mónaco; en varias ocasiones, llegó a volverle la espalda. Humillada por semejante ostracismo, a saber lo que Coco pudo contar... Una mañana, se presentaron dos policías para llevarse a la princesa nacida d'Erlanger, obligando a su marido a rechazar vivamente las acusaciones: «Desde luego su apellido es judío, pero creo yo que cuatro generaciones de matrimonios con católicos la preservan de las leyes nacionalsocialistas...» Desde ese toque de atención, se oculta en una casita que le ha prestado Jacques de Lacretelle en Montfort-l'Amaury.

Luego le tocó a Marie-Laure de Noailles. Una mañana, recibe la visita de dos hombres con impermeable verde que, sin quitarse el sombrero, la someten a un interrogatorio sobre su identidad. «Su apellido de soltera era Bischoffsheim, ¿no es así?» Se necesitaba más que eso para impresionar a la reina de las provocaciones. Decide interpretar esa escena con su más depurado estilo. «Caballeros, ¿nunca les han enseñado que se quita uno el sombrero en casa de una dama?», sin perder la calma les explica que claro que era una Bischoffsheim, pero que su madre Chevigné la sitúa por encima —sí, caballeros, muy por encima— de las leyes de Núremberg. Riéndose con su malicia habitual al pensar en su padrastro, Francis de Croisset, que hacía tiempo que había sepultado en el pozo del olvido su apellido de nacimiento, Wiener, se pasó el resto de la mañana fanfarroneando al teléfono para poner al corriente a sus amigos.

Cada vez las mismas alegaciones. Los judíos son los otros. Natalie, puesta al

tanto de aquellos incidentes durante la velada en el Racing, se lo recriminó largo tiempo a sus dos mejores amigas. Empezaba a pensar qué habría hecho ella de haber estado en su lugar.

Ahora que se ha perdido ya la manía de contar los cuartos de nobleza hay que demostrar los cuartos de cristiandad. Los seres humanos, como los pasteles, son ahora cuatro cuartos. Vuelven a salir de los cajones las partidas de nacimiento y de bautismo. A todos los sospechosos se les exigen *pruebas*. Excepto a Natalie, que es Lusignan de soltera y no tiene nada que temer. Eso la mortifica: a ratos le gustaría que la denunciaran; que le dijeran que es judía porque su padre natural lo es. Cosa que difícilmente podría demostrar, al no estar ya su madre para dar fe de ello. Poco más y envidiaría a las amigas enfrentadas a las siniestras gabardinas de los funcionarios de la prefectura. A veces le da por desear lo que a tantos otros aterra.

El verano de 1943 se asemeja a un largo túnel de fuego. En París es tan asfixiante el calor que el asfalto parece a punto de derretirse. Aun así Natalie se ha negado a abandonar París; lejos de Rosita y de sus ampollas mágicas, la invadiría el pánico. En cualquier caso, la casa de Cannes sigue ocupada. Es lo que le contesta a Jérôme, a quien le preocupaba saber que su familia estaba en París cuando cada vez estallaban a diario más bombas en la capital.

En ocasiones lleva a sus hijos a jugar a los jardines del Luxembourg. El inmutable muñeco de guiñol apalea a un enemigo invisible. Joachim hace navegar su barco de madera por el amplio hexágono en torno al cual florecían antaño cannas rojas de rutilantes ribetes. Es tiempo de guerra y las flores han sido sustituidas por coles y tomates. París se ha convertido en un enorme huerto.

Cuando no se nota muy cansada, toma con ellos el tren de Versalles. El castillo, en el que ondea la bandera nazi, ya no recibe visitas: los artesonados han sido desmontados, las piezas principales, puestas a salvo en la Sarthe, y los accesos a la Galería de los Espejos, tapiados. Pero en el parque abandonado, bajo los grandes árboles silenciosos, el calor resulta por fin soportable. A lo largo del Gran Canal, se respira el aire de los veraneos de anteguerra. Y los niños, a quienes tantas veces ha contado la canción de gesta familiar, se sienten casi en su casa en ese palacio edificado por un Borbón. Ante cada retrato de Luis XIV, Charlotte se inclina y declara muy seria: «¡Hola, abuelo!» A Joachim, cuyos dos años se concentran en energía y trastadas, le encantaría montarse en los caballos esculpidos.

El tiempo impone ropa ligera. Los judíos no pueden ya ocultar su estrella bajo una bufanda. En los vestidos de cotonada, o en las chaquetas de lino claro, las estrellas ofenden a la vista. Cada vez que la suya se detiene en una de esas señales infamantes, Natalie baja los ojos y siente que la invade una extraña vergüenza, como si todo fuera culpa suya.

Cuando declina el día y hay que volver a la casa de la rue d'Astorg, Natalie

impone a sus hijos un complicado itinerario que los agota. Se niega a cruzar los Campos Elíseos, ya que los judíos no están autorizados a hacerlo.

Le pasa como con la morfina: veinte veces se dice uno que puede prescindir de ella. O bien dejarlo para el día siguiente. O aguantar un par de horas más. Pero se acaba cogiendo la jeringuilla con manos temblorosas y concediéndose una inyección que procura un cobarde alivio. Natalie se decía todas las mañanas: iré a ver cómo es el barrio donde viven los judíos. Cada día se lo impedía algo. Unas compras en Longchamp, una comida en Maxim's, la presentación de una colección en Worth, probarse un sombrero en Paquin.

Una mañana de septiembre se decide. Toma el metro hasta la parada de Sentier. No se ha atrevido a tomar uno de esos carísimos coches de punto, temiendo de antemano que el cochero se sorprenda de que una mujer de mundo le pida que la lleve a semejante barrio. Vestida con un sobrio vestido de lana y tenaces prejuicios, camina al azar por esas calles de París donde nunca había puesto los pies. Adonde acude sin que nadie se lo haya pedido. Por primera vez en la vida, sale sin ninguna obligación, movida por sentimientos que sería incapaz de nombrar. Se muestra curiosa, atenta, observa todos los pormenores como en otro tiempo cuando viajaba a las ciudades italianas. Con una guía azul en las manos.

En la rue des Rosiers, unos comerciantes ociosos la miran con expresión triste. En todos los escaparates de las tiendas hay un letrero que reza «tienda judía». Natalie los observa. La casa Haarmscheer (¡vaya nombre, Dios mío!), una de las pocas tiendas abiertas, propone en su escaparate izquierdo pan ácimo y en el derecho pan francés. Entre ambos bailan las letras de un misterioso alfabeto que no sabe descifrar. En cambio, esa estrella que corona la fachada le resulta familiar. Alrededor, sucediéndose como otros tantos reproches, persianas metálicas bajadas donde puede leerse «Mueran los judíos», o «Tienda *youpine*, siga su camino», letanía de anatemas trillados, escritos con tiza o con pintura, insultos que desafían toda compasión, redactados por manos anónimas que siempre se repiten, caligrafían sin tregua el oprobio, perpetúan su singular ejercicio de odio, nunca se cansan pese a la carencia de palabras, palabras llenas de i griegas, no se les ocurren otras, es más cómodo que te comprenda todo el mundo, emplean motes que nunca se borran y que mañana aparecerán en otros lugares, ¿qué fachada se han dejado?

Observa a los transeúntes, decepcionada. ¿Y qué esperaba ver? ¿Hombres con levita negra y largos bucles oscuros, mujeres hablando yiddish entre ellas? En vez de eso, tranquilos parisinos de rostros diferentes, ojos de todos los colores y pelo de todos los tonos. ¿Existe un tipo semita realmente? ¿Una raza judía, decís? Basta pasearse por ese barrio para comprender la falsedad de los eslóganes políticos. Desde la acera de enfrente, la contempla una niña de ojos azules. Azules como los de su propia hija. Y así a ver quién reconoce a los judíos.

¿Será por culpa de la palabra «gueto», que le ha venido a la mente? De repente, esa calle, esa gente, ese universo la horrorizan. Ese lugar le inspira una viva repulsión. Sin lugar a dudas, no le une ninguna familiaridad con ese folclore. Ella viene de otro mundo. En medio de tantos judíos, se siente católica. No quiere tener nada que ver con esos seres melancólicos que parecen esperar un castigo inevitable.

Con todo, los días siguientes su alma se tambalea, oscila, vacila, acuciada por inclinaciones contradictorias, atenazada por un mar de dudas.

—Supongo que no irás a salir con eso puesto.

Natalie ni siquiera ha alzado la cabeza al oír la observación de Jérôme, que la mira estupefacto. Está cosiendo una estrella amarilla en uno de sus vestidos preferidos, un modelo de crespón con motivos florales cuyo escote barco drapeado resalta el pecho, y cuya falda fluida trabajada al bias, con su cola con dos quillas, alarga la figura: una obra maestra de la temporada otoño-invierno 1935 de Jean Patou. Aún es octubre, pero este año el invierno está muy avanzado, y en esa estancia mal calentada, donde el único fuego de chimenea no alcanza a sustituir el calor ausente de los radiadores, sus dedos están torpes y entumecidos. Inclined hacia delante, se obstina aun así, contenta de haber aprendido a manejarse con las labores de aguja durante las largas horas dedicadas a sus tapices cuando vivían en Cannes.

—¿No te parece que el amarillo se ve bien con ese fondo?

Lo ha dicho con tono de desapego, como si hablara de dónde colgar un cuadro o del color de una cortina. Le habla calmamente, concentrada en lo que hace.

—He leído bien el decreto. La estrella debe ser «ancha como la palma de la mano». Eso es un incordio, porque mis manos son muy pequeñas, ya sabes que los guantes me los tienen que hacer a medida. ¿Crees que se verá bien la estrella?

María Magdalena al descubrir la tumba vacía de Cristo no debió de espantarse tanto como Jérôme en ese instante. ¿Había enloquecido Natty? Sin embargo, no se advierte señal alguna de demencia en su mirada.

—No es una de verdad, claro, porque no tengo el carnet de identidad necesario para procurarme una en la comisaría de policía —añade con amargura—. Pero se me ha ocurrido que la colcha de tu cama tenía el mismo tono, así que he cortado un trozo para hacerla. Se parece bastante, ¿no?

El duque de Sorrente se ve incapaz de continuar escuchando cómo su mujer dice tamañas majaderías sin reaccionar. ¿Qué nueva chifladura es ésa? Las palabras de Natalie son tan disparatadas que prefiere creer que es una broma. Sí, es eso, le está tomando el pelo.

—¿Has vuelto a los tiempos de los bailes de disfraces? Querida, esa ridiculez que te has puesto es de pésimo gusto. La provocación tiene unos límites.

Natalie no se ve con fuerzas para decirle que se equivoca. Que desde luego que se

han acabado los tiempos de los sarcasmos, de los juegos, de los disfraces. ¡Como si tuviera ganas de disfrazarse! Ya no hay bailes. ¿Quién tiene ganas de bailar? Natalie lo mira con los ojos empañados de pena. Le gustaría tanto esquivar su indiferencia.

—Además, ese tipo de bromas puede acabar fatal —prosigue Jérôme—. Has de saber que el año pasado los alemanes detuvieron a decenas de francesas arias que habían decidido ponerse la estrella amarilla en señal de solidaridad con los judíos. Pero las detuvieron porque la llevaban de manera jocosa e insolente, una se la había colgado a su perro del cuello, otra había bordado encima la palabra «papúa», otra se había ceñido ocho en la cintura para formar la palabra «Victoria»... La última vez que se supo de ellas estaban en Drancy. ¡Drancy, date cuenta! ¿Quieres acabar como ellas?

Natalie sigue callada, Jérôme observa a su mujer. La primera vez que la mira en meses. Da miedo, constata en silencio. Con lo coqueta que era, una de las mujeres más elegantes de París, no hay quien la reconozca. Su esmalte de uñas se descascarilla, se maquilla raras veces. Sus pinceles y sus cremas han quedado arrumbados en un rincón del tocador. Se abandona. Pasa las horas tirada en una butaca del salón. Han dejado de ofenderla los espejos. Ya no es aquella beldad a la que fotografiaba Horst P. Horst (vestido negro con escote de guipur, mirada de medio perfil) y a la que pintaba Jean-Claude Fournau (retrato tan poco fiel como todos los que hacía, pues pintaba siempre a la misma mujer). Y lo peor es que no parece añorar esos rostros de antaño.

Al diablo los infantilismos. Jérôme, que no suele salirse de sus casillas, está enfadado: acabarán llegando tarde. Bueno. Natalie ha dejado de lado sus labores de aguja y se ha enfundado un sobrio vestido de pana color berenjena de Schiaparelli. Esa noche, 11 de octubre, los Sorrente están invitados al ensayo general de *Sodoma y Gomorra*, la nueva obra teatral de Jean Giraudoux. Para ir al teatro hay que cenar a las seis de la tarde. La hora alemana está adelantada dos horas respecto al sol, se sale del espectáculo antes de que los primeros flujos del crepúsculo comiencen a aferrarse al culo de las piedras. En la bicicleta-taxi, Natalie está enfurruñada, le echa en cara a su marido la escena que le ha montado antes, y le vuelve ostentosamente la espalda, contemplando los árboles de París, que siguen verdes, limpios de gasolina. Ante el teatro Hébertot, una multitud compacta aguarda el momento de entrar en la sala. Reconocen a amigos, los saludan. Menos mal que sigue habiendo ensayos generales para poder verse.

Los decretos de la Defensa pasiva no apagan el entusiasmo de los espectadores, antes al contrario. Pese a la cola, las alertas y los apagones, las salas se llenan. El otro día, en la Comédie Française, durante una representación de *Cyrano de Bergerac*, Pierre Bertin sometió a votación que se continuara representando la obra sin el cuarto acto. En la sala, se armó un pugilato verbal que enfrentó a los puristas (¡Corte, hombre, corte, que el cuarto acto es muy malo!) y a los roñas (¡Que hemos pagado la entrada, eh! ¡Y bien cara, además!). Ninguna función se parece a la otra, pues cada

noche las palabras cambian de sentido en el escenario. Se repite esta réplica de *La Reine morte*: «En la cárcel se encuentra la flor del reino.» Bernstein se ha ausentado, pero otros han tomado el relevo. Nunca había sido acogido un espectáculo con tanto fervor.

Están en guerra y bien hay que distraerse. ¿Distraerse? Esta noche desde luego no. Nada más oír las primeras réplicas, todo el mundo sabe que la función va a ser insufrible. Los traseros se agitan en los terciopelos, las miradas se pierden hacia las galerías, los pañuelos se arrugan ruidosamente. El público no pilla nada de esa obra cuyos personajes tienen nombres bíblicos, donde los actores repiten sin parar que los hombres y las mujeres no están hechos para vivir juntos y que todo matrimonio se ve abocado al fracaso. Corre el rumor en París de que el autor ha abandonado a su mujer y se ha ido a vivir a un hotel. ¡Pero a quién se le ocurre trasladar a escena un fracaso personal! En un momento además en que la gente necesita tanto pensar en otras cosas... Sin haberse puesto de acuerdo, todos piensan lo mismo. Por lo menos lo de Guitry, la semana pasada en la Comédie Française, era más divertido. Y se entendía de qué iba la cosa. Inculto y educado como todos los públicos selectos, éste escucha plácidamente. «Pero ha llegado un día en que ya no se nutre de mí. Arde, centellea, pero no de mí y no para mí. No sé qué viento la ha arrastrado tan lejos, su saciedad o su orgullo...» ¡Qué talento tienen Edwige Feuillère y Gaby Sylvia! (Desperdiciar su talento con semejante texto es criminal, piensan en silencio los invitados.) Sólo Jean Cocteau emite reservas, y murmura a su vecino: «Es como una misa, la gente no entiende nada pero no se atreve a decir ni pío.» No anda equivocado: la sala es más divertida que el espectáculo, que es realmente siniestro. Él sabe muy bien que al día siguiente harán lo de costumbre, declararán que el espectáculo fue «deslumbrante» a quien les pregunte. Es un adjetivo que disfraza todas las dudas: ¿qué culpa tiene la gente de mundo si, al no tener ya delante la primera plana de *Le Figaro* y de *Le Temps*, desconoce qué opina de la obra que va a ver?

De repente, en medio de ese cortés embotamiento, sucede algo. Ha aparecido en el escenario un joven alto y moreno vestido de ángel, que declara con voz nasal: «¿No hay agua pura, aquí? ¡Tengo sed!» Este actor posee una belleza tan insólita, un encanto tan vivo, una presencia tan auténtica que la sala ha despertado. El público, electrizado, se sobresalta en su butaca, donde el grato calor incitaba más bien a adormecerse. No tanto como Natalie. Por el timbre de su voz, ha reconocido a Gérard Philipe, el aprendiz de actor de quien Ginette se enamoró el año pasado en Cannes. Un flechazo en el espectáculo es una bendición. Un nombre nuevo figurará en las conversaciones. Podrá hablarse con tono maravillado de «revelación». Una revelación salva una velada. Procura la seguridad de descollar en las cenas fuera de casa durante al menos quince días. Procura la satisfacción de poder marcar una frontera —porque nada gusta tanto a la gente mundana— entre quienes han «descubierto» a Gérard Philipe y los demás. Es la mejor manera de olvidar un texto ininteligible, un tema moroso, unas réplicas interminables. En el momento de saludar,

el joven alto y moreno recibe una ovación.

El mejor momento de un estreno es la copa que se bebe luego en los palcos, en estrecha intimidad con los artistas. Los Sorrente han acudido a felicitar al autor. Giraudoux tiene mal aspecto, pero acoge amablemente los cumplidos. Christian Bérard, tan mugriento como de costumbre con la barba llena de migas y de yema de huevo, recibe los elogios de los invitados por sus trajes y sus decorados. ¡Qué talento, este Bébé! E incluso Cocteau, a quien se le ha atragantado la obra, se queda hasta tarde; y es que quiere hacer una propuesta a Gérard Philipe para una próxima obra. Ese chico no sólo es guapo, tiene excelentes dotes, proclama a quien quiere oírle. Natalie ha acudido también a saludar al joven actor, le cuenta que lo vio ensayar en Cannes el año pasado. Es tan joven que ese recuerdo se le antoja ya muy antiguo. Pero a la pregunta «Sabe usted algo de Ginette», difícilmente puede contestar Natalie. Y pensando en ese enigma acompaña al grupito a acabar la noche en el Shéhérazade, en la rue de Liège, atormentada por un vago remordimiento, incapaz de escuchar la música «negro-judeo-americana» que subleva a los periodistas de *Je suis partout*^[6] y que sin embargo enardece los corazones en todos los clubs nocturnos de París.

A Jérôme le preocupa Natalie. Aun impregnado de su esnobismo, de sus certezas, de su apego visceral a su ambiente y a sus códigos, es hombre de corazón. No puede olvidar el lustre que su mujer ha aportado al apellido de los Sorrente. En veinte ocasiones ha querido llamar al médico. Pero ¿para decirle qué? ¿Que su mujer ha descubierto que su padre era judío, y se toma como una afrenta personal la menor vejación infligida a los judíos? Para ello habría que confesar la bastardía, el amante surgido de la alcoba materna, lo cual queda descartado. Y en el actual estado de ánimo de Natalie cabe temer lo peor; por ejemplo, que reciba al médico con una estrella de David cosida en el batín. O que le diga, con expresión trágica, lo que le dijo el otro día a Jérôme: «Me gustaría arrojarme desde lo alto de mis secretos.» (Acababa de leer ese verso en el último libro de Marie-Laure.) De ahí a que la denuncien y se presenten funcionarios de la prefectura en la casa... Nadie está a salvo de las sospechas de esos caballeros. Sólo de pensarlo le entran a uno sudores fríos. No, la verdad es que es una pena pero no hay nada que hacer.

¿*Sodoma y Gomorra*? ¿No ha tomado prestado ese título Giraudoux a otro escritor? Natalie no cesa de darle vueltas al asunto. Jérôme no le resulta de gran ayuda, dado que no ha leído nada posterior al *Memorial de Santa Elena*. Rebusca en su memoria, que no alberga demasiados libros, y en su biblioteca, que se ha enriquecido desde que heredó los de su madre. Recorre con los ojos los estantes y se topa con un grueso volumen cuyo autor es ese Marcel Proust a quien Élisabeth cubría de sarcasmos... ¡*Sodoma y Gomorra*, precisamente! Abre la novela, en la que descubre una dedicatoria cuya almibarada adulación la hace sonreír («Para la princesa

de Lusignan, un diamante que, tras haber brillado en tantas fiestas, ilumina este modesto homenaje con su incomparable fulgor...»). Aparentemente, tal profusión de halagos no decidió a la homenajeadada a avanzar gran cosa en su lectura: sólo están cortadas las veinte primeras páginas.

Cogiendo un cortapapeles de marfil, Natalie se enfrasca en lectura de la novela de Proust. Esas frases interminables, esas digresiones, esos símiles con cuadros del Renacimiento o con insectos fatigan un poco su mente, poco acostumbrada a ese tipo de esfuerzo. Con todo, se deja subyugar poco a poco. Y olvida el frío pertinaz que reina en la habitación. Ese joven que se pasa el tiempo preguntándose si de verdad fue invitado a la fiesta, ese Charlus que cae embelesado ante dos jóvenes incultos pero guapísimos, ese lacayo que descubre la identidad de su amante de la víspera al anunciar su entrada, todo eso es cómico. ¿Por qué la gente de mundo se obstina en decir que Proust es aburrido? A Natalie, por el contrario, le parece divertidísimo.

De pronto, le da la impresión de que el autor ha adivinado sus tormentos. Proust explica que el príncipe de Guermantes, que era «antisemita por principio», y por ende no habría recibido nunca a un Rothschild, es sin embargo amigo de Charles Swann. ¿Motivo de tal excepción? Resulta que la abuela de Swann había sido amante del duque de Berry, y que el príncipe de Guermantes «intentaba creer la leyenda según la cual el padre de Swann era hijo natural del príncipe». Hipótesis falsa, dice Proust, pero que permitía al príncipe tener la conciencia tranquila: Swann era tan cristiano como el resto de sus invitados.

Al ver aparecer el nombre del duque de Berry, Natalie se ha sobresaltado; ante la expresión «hijo natural» ha interrumpido la lectura, con el corazón palpitante. Parece que esa novela se haya escrito para ella. De pronto, esa época anterior a su nacimiento le resulta familiar. En los salones oye los altercados entre revisionistas y patriotas, adivina las desavenencias mundanas que desató el caso Dreyfus.

La conmueve sobre todo Charles Swann, ese hombre que frecuenta el mismo ambiente que ella, y sin embargo ha de conocer, cuando está moribundo, el oprobio que le causan sus orígenes. «Por otra parte, acaso en aquellos últimos días la raza acusaba en él el tipo físico que la caracteriza, al mismo tiempo que el sentimiento de una solidaridad moral con los demás judíos, solidaridad moral que Swann parecía haber olvidado toda su vida y que, injertados unos con otros, la enfermedad mortal, el caso Dreyfus, la propaganda antisemita, habían despertado.» Natalie relee varias veces la frase, la repite en voz alta, piensa brevemente en Armand. ¿No es la Historia un eterno recomenzar? Al verse en el espejo de encima de la chimenea, le da la impresión de que su cara ha vuelto a cambiar; y de que ahora tiene en efecto una expresión judaica.

Por supuesto, no podrá pedirle a su marido que le confirme esa impresión.

El invierno de 1943-1944 es gélido. Más que ningún otro. Son los tiempos del

mercado negro. La gente sólo piensa en el condomio. Hace frío, hay hambre, algunas noches se pegaría uno a las paredes, de tan débiles que se tienen las piernas. Los estómagos vacíos no se andan con exigencias. Por fortuna, porque todo es falso. La confitura está hecha con melaza endulzada con sacarina. En cuanto a la mantequilla, puede elegirse entre la margarina teñida o la grasa de buey, que se pega a la boca. El jamón es falso, la leche es falsa, y lo que llaman azúcar no es más que sacarina. ¿El café? Falso, por supuesto, es bellota, garbanzo, a veces cebada tostada. En los escaparates se ven botellas y frascos con una etiqueta que dice «sucedáneo».

El tabaco, el tabaco de verdad, no es más que un lejano recuerdo de antes de la guerra. Hoy se fumaría ya cualquier cosa para calmar los nervios, y de hecho se fuma cualquier cosa: tilo, artemisa, e incluso aguaturma y girasol. Todavía no se ha intentado con el perejil y el cebollino, pero, de seguir así las cosas, todo se irá. En la place Maubert, la cotización de la colilla está por las nubes. Si uno dispone de un paquete de cigarrillos de verdad, es el rey del mundo.

Vestirse es resignarse al fraude generalizado. Los zapatos llamados de cuero son de cartón. Los dependientes a quienes ya se pagaba por mentir, ahora no tienen más que afinar sus mañas. Las camisas de seda son de rayón. Las medias de seda son tal rareza que el periódico *Au Piloni* ha creado un concurso sobre el tema: «¿Dónde meterlos?», cuyo primer premio consiste en un par de medias auténticas. ¿Dónde meter a quién? A los judíos, por supuesto. Contestan numerosos lectores. Las mujeres no tienen más remedio que teñirse las piernas; la loción cuesta treinta y cinco francos en Elizabeth Arden, el precio es desorbitado, todo el mundo está de acuerdo, pero al menos se puede elegir entre tres colores. Las más hábiles se dibujan una costura falsa detrás de las piernas.

Para hacerse con papeles falsos, algunos están dispuestos a gastar fortunas. Es increíble el número de personas nacidas en ciudades que han sido bombardeadas y cuyos archivos municipales han quedado destruidos.

Las noticias son falsas y la gente teme a los traidores.

La mentira está a la orden del día.

Natalie tiene papeles auténticos, lleva medias auténticas, se pincha con morfina auténtica. Cada semana, cuando va a buscar a su hija al internado donde pasa la semana, su marido trae de Normandía huevos auténticos y jamón auténtico. El trayecto en tren le da cada vez sudores fríos. Pero el hombre que ha dado su apellido a Natalie no es su padre. Es falso, como lo demás.

Nadie puede escapar a su época.

Nada puede sustituir el placer de encontrarse, de pisotearse, de examinarse, de meterse unos con otros, en una palabra, de salir en sociedad. Esa noche, los Sorrente cenan en casa de la princesa Murat. Es, como sabemos, prima de Jérôme. Posee el genio de esas señoras de su casa capaces de adaptarse a todas las circunstancias.

Antes de la guerra, lograba lo más difícil, que era dar con el día que conviniera a un tiempo al ministro, al duque y al académico a quienes quería reunir a su mesa. Luego no tenía más que dar instrucciones a su cocinero. Ahora, es al revés. La princesa Murat manda sus invitaciones sólo tras comprobar que su aparcerero de Anjou puede garantizarle la llegada de dos hermosos pollos y de algunas verduras.

Entre las calamidades infligidas a la humanidad, el frío tiene en común con los impuestos que es progresivo: en tiempos de guerra, se congela uno más en los palacetes que en cualquier otro lugar. Así pues, los salones del palacio Murat son gélidos, la mesa frugal, pero el comedor ha conservado su aspecto protocolario y de gran clase de antes de la guerra; detrás de cada invitado se yergue un lacayo vestido de librea blanca con trencillas plateadas y calzones de pana azul. La princesa Murat llama a eso «conservar cierto arte de vivir». Pero es menester adaptarse a las dificultades del tiempo presente. El lacayo no se limitará a presentar la fuente de plata dorada, murmurará, obsequioso pero firme al oído de cada comensal: «¡Cupón!» El desdichado que ha olvidado los suyos promete, ruborizándose y en voz baja, que los mandará traer al día siguiente a primera hora.

Los vestidos largos se ven condenados a permanecer en los roperos, poco prácticos para meterse en el último metro, el de las once, que de ningún modo se puede perder. Las mujeres de mundo se los han dejado a las actrices, a su pesar. Natalie no está en su mejor momento, pese a su vestido de lana color habana de Jeanne Lanvin, cuyo triste tono ha realzado con un broche de rubíes. Ha vuelto a adelgazar y, a pesar del espeso maquillaje, su palidez resulta alarmante, tiene las pupilas dilatadas y grandes ojeras violáceas. Los tobillos, enfundados en brillantes medias, le abultan, rodeados de edemas. Jérôme ha insistido en que pida hora al peluquero durante el día. Pero ¿qué podían hacer los cascotes, los secadores, los bigudíes calientes, toda esa electricidad consagrada a la belleza de las mujeres, esa hada que no se detenía nunca gracias a los jóvenes que pedaleaban en el sótano, pues los cortes de corriente harían huir a nuestra *prestigiosa clientela*, explicaba la dueña, ¿qué podían hacer contra la araña interior que tejía su tela en su cuerpo gastado?

Natalie escucha distraída lo que se dice en la mesa, apurando maquinalmente las copas de vino una tras otra.

Una cena fuera de casa no es el Café du Commerce. Desde siempre, se reconoce a la élite en que rehúsa hablar de comida o de calefacción. Más que nunca en estos tiempos. Es la única manera que ha encontrado la alta sociedad para seguir diferenciándose del pueblo. Y es algo necesario, porque es estos tiempos convulsos han desaparecido los puntos de referencia. Ya se decía en 1939 que la «alta sociedad» estaba cada vez más mezclada. Se decía no obstante que «comenzaba con la duquesa de La Trémoille y acababa con Paul-Louis Weiller». Ahora ya no se sabe. «¿Quién nos dice que nuestras hijas no se casarán después de la guerra con un traficante del mercado negro? Al fin y al cabo, bien se casaban con herederos de las minas o del coñac antes de la ocupación... Eran familias de comerciantes, ¿no?» Esas barreras

que amenazan con desmoronarse no son el menor inconveniente de esta guerra.

—Se van a reír —dice una elegante—. Imagínense que mi tía Marthe, que vive en Londres, está tan gagá que ha escrito al alcalde de la ciudad indignada porque se autoricen los fuegos artificiales en tiempo de guerra... ¡No había reparado en que aquello era el Blitz!

Qué grato es reírse ante un plato lleno, en ese irremplazable microcosmos. Qué grato es convertir la guerra en un objeto de broma.

Sin embargo, en ciertas frases se percibe que la situación política no es ya tan clara y que tal vez el régimen actual no dure siempre. Los alemanes han sido derrotados en Stalingrado. Los aliados han desembarcado en Sicilia. Soplan otros vientos. Y también conciencias.

—La otra noche cené en Maxim's —cuenta una invitada de labios y uñas pintados—; y había tanto *verde* que se me fue el apetito.

No hasta el punto de dejar de ir allí, piensa Natalie, que la vio la semana pasada, tocada con un sombrero de ante y avestruz de Caroline Reboux, andar coqueteando por la rue Royale. Esa patriota pasó no obstante seis meses en Montecarlo el invierno pasado, no hay nada como la luz del Midi. ¿Para qué recordárselo? Natalie huye de las discusiones, se limita a encogerse de hombros y mirar a otro lado.

En mayo del 41, la Ópera de Berlín, dañada por una bomba inglesa, fue trasladada a París. *El rapto del serrallo* ha emocionado al público. Dirige Karajan, un joven director de orquesta. Sin partitura alguna ante él, parece extraer de sus nervios las potentes ondas que atraviesan el teatro. Su mano derecha dirige la orquesta, la izquierda modela las voces, los rostros y la actuación de los cantantes. El todo París disfruta con esa «revelación».

—Aplaudí como una loca, participé en todas las peticiones de besos, ¿creen ustedes que alguna vez podrán acusarme de colaboracionista? —se inquieta una comensal. Luego, con la mano en el corazón—: En cualquier caso, ¡Wagner, ni hablar! Por lo visto al canciller Hitler le enloquece...

Otro, más abiertamente hostil al régimen, declara que no se perdería por nada del mundo la emisión de Radio-Londres de las doce y cuarto del mediodía, y cuenta entre risas que ante su nerviosismo al acercarse la sagrada cita, o cuando interrumpe bruscamente una conversación pretextando tener que hacer una llamada urgente, la gente sospecha que va a inyectarse morfina. Natalie le sonríe con simpatía.

Los nombres de amigos salpican la conversación. Evocan a media voz a Marie-Laure de Noailles, recluida en Hyères, donde se ha apuntado a clases de alemán: ni por pienso nazi pero siempre obsesionada por estar al tanto de todo... Todavía hace seis meses, a todo el mundo le parecía aquello muy gracioso y se alababa su desprecio por las convenciones. Ahora, se pronuncia su nombre con nuevas reticencias. Como el de Paul Morand, nombrado embajador en Bucarest el pasado verano. Con una esposa rumana, convendrán en que el nombramiento cae como anillo al dedo.

La carlota de fresas —una «maravilla digna de antes de la guerra», según opinión unánime— acababa de desvanecerse de la porcelana de Sajonia, engullida por paladares hambrientos y agradecidos, cuando Natalie, irritada por ese parloteo fútil, toma la palabra.

—Me habláis de una guerra que no es la mía. No habláis de lo fundamental. Un país ocupado por el enemigo, bombardeos, privaciones, soldados en cautividad, todo eso no es nuevo. Pero una parte de la población anatemizada, perseguida, hostigada, ¡eso en Francia no se había visto nunca! Los judíos se han convertido en muertos vivientes, les está prohibido todo. ¡Están más discriminados que los leprosos en la Edad Media!

Los ríos de diamantes y los chorros de ágatas han dejado de tintinear en las macilentas gargantas de las damas. Los tenedores de plata dorada permanecen suspendidos en el aire. Se petrifican las miradas. ¿Qué le ha dado? La escandalosa reacción de Natalie ha arrojado un jarro de agua fría en la concurrencia, valga la expresión, dada la gélida temperatura. Jérôme, aterrado, lanza miradas suplicantes a su esposa que ésta no quiere ver. Sus vecinos de mesa dan en mirar con nueva atención los candelabros de plata y las pilas de platos de Sèvres sostenidos por consolas con cabezas de león, Natalie acaba de infringir una de las reglas de oro de la vida en sociedad: no hablar de temas incómodos. Lo cierto es que Natty está desbarrando esta noche. ¡Como si todo eso la afectara a ella!

—Natty, ha bebido usted demasiado —replica su vecina—. Sepa que el Mariscal no habla nunca de los judíos en sus discursos. Toda la culpa la tienen los alemanes.

—Las leyes contra los judíos hacen lo que pueden por protegerlos manteniéndolos bajo una legislación y una autoridad francesas —abunda otra—. Tienen su lado bueno.

—¿Protegerlos? —replica con sorna Natalie—. ¿Habla usted en serio? Como si se protegiera a la gente cubriéndola de oprobio... ¿A usted no le produce ningún efecto cruzarse con esos desdichados obligados a llevar una estrella?

¡Quién esperaba eso! Esa conversación ha provocado una intensa incomodidad en torno a la mesa. Jérôme parece abrumado y no despega la mirada del plato. Se roza el incidente mundano.

La princesa Murat, como perfecta señora de la casa, toma las riendas de la situación y se vuelve hacia su vecino.

—Me han dicho que ayer, en Auteuil, Méli-Mélo le sacó una cabeza a Grain d'Orge en la línea de llegada.

—Exactamente, allí estábamos —contesta Jérôme, aliviado con el cambio de tema—. ¡Menuda carrera! No se lo esperaba nadie: la pista estaba seca, y normalmente eso él lo odia. El favorito era Frère Victor. Pero hizo una carrera muy decepcionante. La que más se ha alegrado de esa victoria ha sido Josée. Había apostado por Méli-Mélo y se fue de allí con una bonita cantidad de dinero.

Ha pasado la nube. Se reanuda la conversación sobre temas fútiles. La casa

Balenciaga va a cerrar tres meses, lo que es una pena. En la Comédie Française, *El zapato de raso* ha sido un gran éxito, y eso que la función duraba cinco horas. Algunos comentan honestamente que *El coronel Chabert*, en el teatro Marivaux, era desde luego más fácil. Y, además, siempre nos quedarán Raimu y Marie Bell, ¿no?

—¿Recuerdan a mi tía Yoyo de La Rochefoucauld? —pregunta una mujer de uñas pintadas y escote provocador a sus vecinos—. Desgraciadamente está fatal. Un derrame cerebral la ha dejado hecha una piltrafa. ¡Con lo divertida que era! Todos adorábamos sus ocurrencias. Recuerdo que, cuando la otra guerra, le dijo al padre Mugnier: «Los judíos se han portado bien. Lógico, porque es una guerra de desgaste.»^[7] ¿A que es para partirse?

Sus vecinos de mesa se parten, en efecto. Es como una ola que arranca con risitas discretas y concluye a carcajadas. La mesa entera acaba tronchándose. Los chistes son la sal de las cenas fuera de casa. Es lo que queda cuando se vuelve al hogar. La mejor muestra de que la velada ha sido un éxito. Ésta no será una excepción a la regla.

Natalie, petrificada en una reprobación muda, se ha puesto lívida. Como si acabaran de comunicarle la muerte de un allegado. Ante la estupefacción de sus vecinos, se levanta. ¿Va a abandonar esa estancia, esa casa, va a provocar un escándalo?

—Tengo que ir a empolverarme —murmura.

En el cuarto de baño, coge la jeringuilla a toda prisa, la hunde en su antebrazo cerrando los ojos. Transcurren unos minutos. Se le ha pasado la indignación. Ha decaído el arrebato de rebeldía.

Jérôme se levanta a su vez, ante la mirada desaprobadora de la anfitriona, a quien empieza a resultarle fuera de lugar ese ballet. Una cena de invitados no es una pieza de teatro ligero en la que restallan las puertas y aparecen y desaparecen de improviso los personajes. El duque de Sorrente se ha reunido con su mujer en el cuarto de baño. No se percata de la operación a la que acaba de proceder; cuando abre la puerta, la jeringuilla está guardada en el bolso y Natalie está devolviendo a sus labios el color burdeos que tenían al inicio de la velada.

—Natty, cariño, ¿por qué te tomas tan a pecho esas bromas? Reconozco que no son de muy buen gusto, pero tienen el mérito de alegrar una época que no es nada divertida. Y estoy seguro de que ninguno de los presentes ha pensado mal al oír esa chanza. Son frases intrascendentes.

Natalie escucha sosegadamente las palabras de Jérôme. ¿Y si tuviera razón? ¿Para qué ponerse así por unos comentarios superficiales de los que no ha de quedar nada? No se enfada una con amigos de toda la vida. Está tan cansada, ahora. No se ve ya con energías para romper con su ambiente.

Retorna al salón y murmura a la princesa Murat que se le ha pasado el malestar. «No tiene la menor importancia, se lo aseguro.» Circulan infusiones y naranjadas en pesadas bandejas de plata. La velada no ha acabado. No obstante, Jérôme piensa que

es más prudente instar a su esposa a marcharse; hay en él un atavismo militar que le impulsa a adivinar cuándo conviene ordenar el repliegue.

Los adioses a la señora de la casa son rápidos. Ésta musita a su primo: «Me hago perfecto cargo de lo mucho que han afectado a Natty las imputaciones contra Baba y Marie-Laure, no te preocupes, que no se lo tengo en cuenta...» Jérôme responsabiliza a su mujer, que, con la mirada perdida, pugna para enfundarse el visón; se cree obligado a justificarse ante su prima, aduce una gran fatiga para explicar esa marcha precipitada. Lo cierto es que teme por encima de todo cruzarse con alguno de los invitados en el andén del metro y que lo sorprendan subiendo al vagón de cola, reservado a los portadores de la estrella amarilla. Natalie consiente en acompañarlo a las cenas con esa única condición.

Al observar que la marcha de los Sorrente ha suscitado un movimiento general, la princesa Murat se vuelve hacia el resto de los invitados y, olvidando de repente la guerra, recobrando antiguos reflejos que no han eclipsado los cuatro años de guerra, exclama, consternada: «¿Ya? ¡Pero quédense un rato más!» Y enseguida muda de parecer, consciente de que, si la casa no se queda vacía dentro de unos minutos, lo que se llenará serán los cuartos de invitados. Nadie quiere perder el último metro. Los maridos se apresuran a meterse las joyas de las mujeres en el bolsillo de los abrigos. Las calles de París, oscuras como boca de lobo, no son seguras. Cajas fuertes ambulantes, se disponen a regresar a sus domicilios helados, con la satisfacción de decirse que el gran mundo siempre será el gran mundo.

Ha comenzado un nuevo año. Natalie tiene desde luego el alma más inquieta que nunca, un cuerpo que amenaza con fallarle y nuevos interrogantes que le amargan la vida. Sin embargo, ha dejado de aburrirse. Desde que es hija de Armand y medio judía, esa guerra es también la suya, ese mundo la atañe y la vida ha alcanzado un sabor que no le había conocido nunca. De no ser por la insistencia de Jérôme, no habría vuelto a salir: en su grupito de amigos, a nadie le preocupa lo que a ella le interesa. Cuando hablan de política, lo hacen para comentar la progresión de los aliados o evocar las desavenencias entre algunos generales franceses. A nadie parece preocuparle la suerte de los judíos.

No, nadie habla de ellos en ese ambiente frívolo que sigue acompasando la existencia de los Sorrente en ese enero de 1944, ni en el Athénée, donde representan la obra de André Roussin, *Am-Stram-Gram*, ni en la cena en la embajada de España, ni en esa comida en casa de los Chambrun con Jean Jardin de paso desde Berna, ni en la gala de los presos en la Ópera. En ningún sitio. En las agendas, tan cubiertas de jeroglíficos como una pirámide de Egipto, no aparece el menor interrogante.

—Mamá, ¿puedo hablar contigo un momento?

Charlotte se ha deslizado en la habitación de su madre, que remolonea en la cama ese domingo gélido. La niña es demasiado joven para reparar en la mala cara de su

madre, deplorar el desorden del cuarto, detectar las señales del naufragio. Se dirige a una reina. Natalie le sonríe.

—¿Te preocupa algo?

—Sí. En mi internado hay dos hermanas. La mayor, Marguerite, está en mi clase. En el dormitorio, su cama está al lado de la mía.

—¿Os habéis peleado? ¿Te ha dicho algo desagradable?

—No, qué va. Lo que pasa es que creo que no se llama Marguerite. El otro día oí a su hermana pequeña, que tenía una pesadilla y le pedía ayuda. No paraba de decir: «¡Judith, Judith, tengo miedo!» Despertó con sus gritos a todo el dormitorio. Marguerite parecía aterrorizada.

—Bueno, puede que hubiera leído una historia en la que aparecía ese nombre. Esos cuentos terroríficos en los que los ogros o los lobos devoran a las niñas. No le des importancia.

—Eso no es todo, mamá. A Marguerite y a Madeleine no viene nadie a buscarlas los viernes por la tarde. Parece que no tengan familia. No salen nunca de la escuela.

—Porque sus padres vivirán en provincias, muy lejos del internado.

—Que no, mamá. En su maleta hay una dirección de París. Y otra cosa. Cuando se reza el padrenuestro, me doy perfecta cuenta de que fingen: mueven los labios pero no saben las palabras. Yo creo...

Aguarda a que su madre la anime a seguir.

—¿Qué crees, cariño? —inquire Natalie, que se ha erguido sobre los codos y cuya pupila se ha reavivado.

—Creo que son judías y que las esconden...

En la habitación contigua Jérôme está enfrascado en la radio. A través de la pared se percibe el vozarrón de Philippe Henriot. Natalie se vuelve hacia Charlotte.

—Si tu amiga y su hermana están tan solas como dices, invítalas a pasar aquí el próximo fin de semana. Me gustaría conocerlas.

El timbrazo agresivo, prolongado, en una palabra, hostil, los despierta mientras el día empieza a clarear. La lívida luz que se filtra a través de las persianas da fe de que el invierno sigue bien instalado. Es febrero y nada indica que se acerque la primavera. En un duermevela confuso, Natalie ha pensado primero en una alerta. ¡Hay tantas, desde hace unas semanas! Pero la crepitación continúa, hace vibrar los jarrones de porcelana de la entrada.

Se enfunda apresuradamente una bata, se levanta, se acerca a la puerta. Al otro lado una voz irritada grita: «¡Abran! ¡Policía!».

¡Por fin! Recobra la lucidez. Abre el cerrojo paradójicamente jubilosa. No está asustada, antes bien aliviada. La habrá denunciado alguien. La policía francesa habrá acabado averiguando que es judía. ¿Quién habrá hablado? Desde luego no sus hermanas, que viven recluidas en provincias y le escriben cariñosas cartas. Sospecha

por un instante de algún miembro de la familia Mahl. Al fin y al cabo tanto da. Por fin la tomarán por lo que es. Se acabará la mentira que presidió su nacimiento. Reflexiones que explican su sorprendente calma en el momento en que Jérôme acude a la entrada, despertado también por el alboroto que arman esos visitantes. Vuelve hacia su mujer un rostro descompuesto por el pánico, ofreciendo en ese instante, sin saberlo, un impresionante parecido con su antepasado Richard Saule, en el momento en que éste vio volver al devastado campo de batalla de Waterloo al general Blücher, que había escapado de Grouchy. Y así, los parecidos dan fe, pese a las diferencias de épocas y circunstancias, de una forma de inmortalidad de los seres, que éstos no alcanzan a concebir.

Aparecen ante ella dos impermeables verdosos rematados por sombreros. «¡Brigada de costumbres!», dice uno de los policías, blandiendo un carnet barrado con una franja tricolor. Los dos hombres examinan a los Sorrente, a quienes no se les ocurre invitarlos a entrar. «Buscamos a la señora Natalie Saule de Sorrente, ¿es usted?» Natalie contesta «Sí» con un tono de tranquila aceptación que los deja de una pieza. «Se nos ha encomendado reprimir el tráfico de estupefacientes y ha aparecido su nombre en los libros de cuentas de Rosita Perez, a quien nuestra brigada detuvo ayer por la tarde.» Los policías observan a Natalie. Una rápida ojeada profesional les ha bastado para comprender que no se han equivocado de dirección. Conocen perfectamente esas pupilas dilatadas, esas manos temblorosas, ese cabello húmedo de sudor: son los de los grandes drogadictos. Natalie los mira, con cara consternada. Otra furiosa de que la hayamos pillado, piensan los policías. ¿Con cuántas de esas burguesas drogadas con morfina o con opio, y sorprendidas cuando las pescan, se han topado? Se mantienen a la espera, listos para refutar las protestas previsibles, las denegaciones irritadas que se saben al dedillo, alzando la manga de su bata para descubrir los hematomas cuyos reflejos violáceos forman manchas en la carne translúcida. Pero Natalie no protesta. Su expresión abrumada equivale a una confesión. La verdad es que está decepcionada; deseaba secretamente que la detuvieran por sus orígenes, no por su consumo de morfina. Contaba con ellos para que la liberaran de ese peso secreto que lleva dentro.

«Vamos a pedirle que nos acompañe, señora. No olvide traer su documentación.» Natalie ha entrado a cambiarse. El que haga esperar unos minutos a los inspectores obedece a su educación fragmentaria: en ningún momento le han enseñado lo que debe ponerse para ir a una comisaría de policía. En la duda, ha optado por la sobriedad. Embutida en un vestido oscuro y un abrigo de astracán, reaparece ante ellos, extrañamente más dócil que la mayoría de la gente a la que acostumbran a interpelar por los mismos motivos. Cuando sube al furgón, observa que ya hay una larga cola ante la carnicería; es el día del paté sin cupón.

La duquesa de Sorrente no es la primera persona que sube al coche celular. Están ya ahí, rodilla con rodilla, hombro con hombro (promiscuidad debida no a la camaradería, ya que minutos antes no se conocían, sino a una terrible necesidad de

calentarse), la gran Dédé, formada en una excelente escuela, ya que pasó diez años en el One Two Two^[8] antes de establecerse por su cuenta, cansada de las extravagantes comisiones de su chula y de las caricias demasiado brutales de los oficiales alemanes; también el duque del Bois de Boulogne, un travesti que vendía sus encantos a las personas de ambos sexos por la zona de la Porte Maillot, cuyas piernas depiladas aprisa y corriendo tiritaban enfundadas en unas medias de malla y oscilaban con tacones demasiado altos, que se había hecho enchironar tontamente tras pelearse con un amante a quien, después del amor, le había parecido el flete demasiado caro, y también Marcel, un pobre sujeto que calmaba desde hacía un cuarto de siglo las punzadas que sufría en el lugar donde antes tenía el brazo que se le quedó en los Dardanelos a base de inyecciones de morfina y que había enloquecido al reparar en que ya no le quedaban; la policía lo había detenido en el momento en que atracaba una farmacia cercana a los Campos Elíseos.

En el trayecto hacia la comisaría, el extraño convoy iría incrementándose, obligando a los pasajeros a apretarse más contra las duras tablas de madera: putas enfurecidas, trincadas al salir del Chabanais^[9] por ciscarse en los boches, o vagabundos borrachos que habían insultado al Mariscal en los muelles del Sena, por haber confundido en la oscuridad las farolas con el quepis de hojas de encina del vencedor de Verdún.

Poco tiempo antes, a la duquesa de Sorrente, nacida princesa de Lusignan, le habría horrorizado ese espectáculo y habría quedado asqueada ante la idea de que su nombre se viera involucrado con el de aquellas personas de un ambiente al que su esposo habría calificado sin dudarlo de «equivoco». Con todo, esa mañana, las escucha, las observa con benevolencia y le enternece el común oprobio que los reúne en el furgón de policía. Tomando su silencio por temor, la gran Dédé, cuyo sombreador demasiado denso se ha corrido y presenta sombras en las mejillas, se dirige a ella para tranquilizarla: «Tranquila, chata, que no nos tendrán mucho tiempo en este agujero... Necesitan el sitio para los *youpins* que detienen a diario... ¡Es la tercera vez que me trincan en un mes! ¡Nosotros somos chicha y nabo para la poli!» Tras un receloso silencio, añade: «Oye, ¿no serás judía?».

Natalie está a punto de contestar que sí, que precisamente lo es, bueno, no por su documentación, es una historia complicada, porque en realidad es judía por parte de su padre, cuyo apellido no lleva, y a esa chica que me tutea cuando no la conozco, ¿la tengo que tutear yo también? —anticipándose encantada a la reacción compasiva de su vecina, «Pues entonces la has pringado, pobre de ti...»—, cuando el furgón se detiene por fin con un gran chirrido de frenos ante la comisaría del distrito ocho de París. Allí, un suboficial que, aunque nacido en Belleville, era conocido por su severidad totalmente prusiana, le pide que se identifique, a lo que ella procede con serena indiferencia: «Natalie Marguerite Marie Pauline Charrette de Lusignan, de casada Saule de Sorrente.» Pronunciada con la velocidad de una ametralladora, esa epifanía de apellidos nobles produce el efecto deseado en un comisario que,

adivinando las relaciones influyentes, presente los problemas de semejante detención y juzga más prudente limitarse a una pena menor.

Natalie le prometió, con la entonación de una niña pillada con los dedos en el tarro de mermelada, que no volvería a tocar esas porquerías —verá usted, señor comisario, soy tan influenciable...—, mientras confeccionaba ya ansiosamente la lista de amigos que podrían facilitarle las señas de nuevos proveedores. Tan pronto saliera, llamaría a Boulos y a Misia, y a Marie-Blanche. Y con donaire de soberana derrocada, segura no obstante de que aquella revolución palaciega duraría poco y de que recobraría el trono en breve, penetró en la celda pestilente que le habían asignado. Allí se encontró de nuevo con la gran Dédé, que se había restregado la cara con un trapo mugriento y contemplaba consternada sus muslos entrelazados de negro: veía perdidas sus medias, que habían desaparecido al salir del furgón, lo que habida cuenta de su precio en el mercado negro la tenía rabiosa. Se sonrieron, en una connivencia semejante a la de dos compañeros de regimiento. Vera usted, hay toda clase de guerras. Había transmitido a Natalie las ganas de expansionarse, y ésta, como si el recuerdo de su clase social le hubiera reabierto los ojos, había recobrado los reflejos y el increíble sentido de adaptación de su ambiente, y se disponía a pasar unas horas hablando de todo con aquella mujer de risa comunicativa, al igual que en las cenas fuera de casa sabía encandilar a todos sus vecinos de mesa, por muy pesados y feos que fueran. Tal vez recordaba también el precepto inculcado en su más tierna edad por su *nanny* inglesa: «*Never explain, never complain*». Lástima, porque la gran Dédé, tras sus bufidos y sus bruscos raptos de empatía, ocultaba fisuras similares; era también fruto de una relación adulterina de su madre, en los tiempos en que su padre tardaba demasiado en regresar de los campos enlodados del Marne; y éste la había reconocido a regañadientes, porque estaba casado y porque así era la ley, pero reprocharía durante toda su infancia a aquella niña pelirroja que le recordara lo infieles que eran a veces las mujeres. Lo cual, gracias a Dios, no había maleado su carácter. Indiferente a todo, amigable lo que durara una promiscuidad azarosa, esperaba con impaciencia el día siguiente, la libertad, los desconocidos a quienes poder amar y un destino que inventarse. De ahí que no pueda tener lugar esa conversación, que sin embargo hubiera constituido una hermosa escena de esta novela.

De esa celda que le dejó buenos recuerdos salió a la mañana siguiente, sin haber dormido gran cosa. Jérôme la esperaba en la acera de la rue de Bassano, con pinta de soldado la noche de Waterloo. Aunque pasar la noche en una comisaría de policía formaba parte indiscutiblemente de las cosas que no se hacían, no le apetecía hacerle reproches. Adivinaba sin duda que no podrían desviarla de la pendiente que la alejaba, cada día un poco más, de su ambiente y de su familia. Se limitó a hacerle un besamanos que el policía que estaba de servicio a esa hora consideró «de gran clase». Muy emocionado había de estar el duque de Sorrente para infringir hasta tal punto las normas y realizar ese gesto en plena calle, algo que proscriben todos los manuales de

mundología dignos de ese nombre.

Fue la última vez en que se vio a Natalie tal como dictaba su leyenda, soberana, dominando los hechos y a los seres.

Esa breve escapada a la comisaría ha aterrado a Jérôme. Ha decidido no volver a tener tratos con la policía, bajo ningún pretexto. En lo sucesivo, sólo se codearían con gente por encima de cualquier sospecha. El anuncio de la invitación que su mujer ha hecho «a la ligera» a las amigas de su hija lo ha sacado de sus casillas.

—¡Unas niñas a cuyos padres ni siquiera conocemos! —Lo cual significa: cuyo nombre no figura en el Bottin mundano—. ¡Y yo que pensaba que allí por lo menos te tratarías con gente irreprochable! Me las tendré con la madre superiora, la próxima vez que la vea...

Charlotte se ha deshecho en llanto. Ha buscado en vano el apoyo de su madre. Natalie no se veía con fuerzas para pelearse por mantener un proyecto organizado hacía tiempo. Ni para luchar contra la vocecilla que le susurraba que esa batalla no era la suya, y que bastantes problemas había causado a Jérôme como para crearle otros. Al fin y al cabo, no trabaja para la Cruz Roja. De modo que declara a su hija agachando los ojos:

—No es tan grave, cariño. La vida es larga. Hemos elegido mal el momento, eso es todo. Podrás volver a invitarlas la primavera que viene.

Tres días después, Natalie buscaba, en las sillas de madera dorada, la cartulina que indicaba «Señora duquesa de Sorrente», ajena al parloteo reinante, en los salones de la casa Maggy Rouff de los Campos Elíseos, decenas de elegantes se pisaban, chillaban, se reconocían, se besaban y buscaban el lugar en que las había colocado el protocolo. Cuanto más se acercaba la hora de la presentación de esa colección primavera-verano de 1944, más crecía la excitación. Por fin iban a recibir respuesta a cuestiones fundamentales: ¿se llevarían las faldas al ras de la rodilla o justo por debajo? ¿Serían los hombros tan cuadrados como el año anterior? ¿Había sobrevivido el escocés, que había hecho furor el último invierno, al nuevo año? En medio de ese parloteo salpicado de carcajadas, ni una sola clienta que no hiciera comentarios en voz baja sobre el feo aspecto que ofrecía ese día la duquesa de Sorrente; sobre su mirada vidriosa, y lejana; sobre su cuerpo descarnado en un bonito traje sastre de crepé color paja de Worth que le quedaba grande. A las que se la habían cruzado antes de la guerra les costaba reconocerla.

De repente una algarabía, pronto acompañada de un sinfín de nuca que se inclinan. En medio de unas mujeres de la alta sociedad, guiada por una empleada de la casa, avanza Suzanne Abetz hacia su silla. La mujer del embajador alemán recibe un trato obsequioso que sorprende a Natalie, habida cuenta de la situación actual. Pero el universo de los trapos no tiene los mismos escrúpulos que otros; la casa Rouff

es la única, junto con las de Marcel Rochas y Jacques Fath, que organiza desfiles privados para mujeres de oficiales alemanes —cosa que Natalie ignoraba, si no, no se le habría ocurrido acercarse por allí—, y, además, ¿quién no había sido tratado a cuerpo de rey los últimos cuatro años en la embajada gracias a ella? Suzanne, por añadidura, es francesa. Por lo tanto se le perdonan su marido, sus joyas llamativas y con quién se trata. Incluso la gente la rodea con deferencia en esos salones iluminados como si fuera Nochebuena. Unas muestras de sumisión que a Natalie se le antojan del peor gusto. Tras sentarse, se ha quedado inmobilizada, y se avergüenza de hallarse al lado de esa mujer que encarna a las tropas de ocupación. ¿Levantarse, montar un escándalo? Lo habría hecho de no encontrarse tan débil y presentir vértigos inminentes.

Son casi las tres y el desfile está a punto de comenzar. Entre bastidores se oyen los taconazos impacientes de las modelos, que piafan como purasangres en sus boxes antes del pistoletazo. Un portazo y un correr de sillas anuncian la llegada de una impuntual. Sin duda debe de ser la que ocupa la silla que ha permanecido vacía junto a la señora Abetz. En efecto: empujando a unas y pisando a otras, se acerca una mujer a la primera fila. Al llegar allí, ejecuta una asombrosa media vuelta, como si hubiese visto al diablo. Y retorna en sentido inverso, cabeza alta y mueca de desprecio, dejando tras de sí una letanía de preguntas sin respuesta. Tan inaudito gesto arrecia los cotorreos. Se creería uno en una jaula, impresión reforzada por la riqueza de los bibís de plumas, que traen a la mente a otras tantas garzotas. Durante todo el desfile, olvidando esos modelos de hombros muy anchos y cuadrados, de talles finos, esas chaquetillas, esos vestidos de talles bajos pero con dobladillo («En la casa Maggy Rouff, siempre la misma perfección en el corte y en la confección», podrá leerse en el ejemplar de *L'Officiel de la mode* dedicado a las colecciones de aquella primavera de 1944), Natalie se pregunta quién es esa clienta cuyo comportamiento la ha dejado pasmada. En algún sitio ha visto esa cara, pero no se le ocurre dónde.

La informan sus vecinas. «Pero cómo, Natty, ¿no la ha reconocido usted? Es la baronesa Mahl... Su marido abandonó París nada más empezar la guerra, ya puede imaginar por qué, pero ella es católica, por lo que no tiene nada que temer.» ¿Cómo? ¡La mujer de Armand! ¡La madre de André! A Natalie la invade una oleada de simpatía por esa mujer que ha osado desafiar las convenciones y volver la espalda al enemigo, aun en circunstancias frívolas como las de hoy; que considera en definitiva que no existe resistencia pequeña.

—¿Por qué ella y no yo?

Acurrucada en el canapé de terciopelo rojo, Natalie solloza entre hipidos, repitiendo lo mismo como una niña aquejada por una inmensa pena. Parece inconsolable. Jérôme está sentado frente a ella para intentar comprender los motivos de ese ataque de lágrimas.

Natalie se lo explica entre dos hipidos. La Gestapo ha detenido esta mañana a Marie Mahl. Al parecer a la señora embajadora no le ha hecho ninguna gracia el desaire público que había recibido la víspera. Ante tantas mujeres de mundo a las que conocía, por si fuera poco. Su familia sabe que está en Drancy, y nada más. La noticia se ha propagado en unas horas a través de ese medio de comunicación tan eficaz como ancestral: la rumorología.

—Es tremendamente injusto, ¿no? Marie Mahl es católica, y aria, como dices tú. Totalmente irreprochable. No como yo. Me da la impresión de que ha ocupado mi lugar. Me siento culpable. Sí, no sonrías, culpable. Me da la impresión de haber usurpado la identidad de otra persona. Y de que a quien tenían que haber detenido es a mí.

Vuelta otra vez con lo mismo, piensa Jérôme, abatido. Con lo contento que estaba de verla acudir a ese desfile de moda, obnubilada de nuevo por los cuidados de una mujer de su edad y de su ambiente. El largo de los dobladillos, la forma de las hombreras, la altura de los forros: preocupaciones normales para una mujer de mundo. De haber podido imaginar por un instante que esa inocente distracción la perturbaría hasta tal punto...

—Natty, no te pongas así. Razona por un instante. Esa mujer no significa nada para ti. Tu compasión es admirable, pero de lo más inútil. La baronesa Mahl ha sido objeto de un malentendido que se solventará enseguida. No le costará nada demostrar su religión. Estoy seguro de que no tardarán en liberarla. Confía en los funcionarios franceses.

Discurso inútil, Jérôme se da perfecta cuenta. Frente a él, las pupilas apagadas no reaccionan. Natalie se levanta sin abrir la boca y retorna a la venturosa soledad de su habitación.

Está más abatida que nunca. Cada vez tiene más pesadillas. Ni siquiera las inyecciones de morfina, hasta ocho por día, disipan sus torturas. Cuando consiente en aparecer a la mesa, es para formular a su marido una pregunta que él juzga muy *fuera de lugar*.

—¿Qué les hacen a los judíos cuando los detienen?

Nadie en su entorno parece plantearse esa pregunta. Jérôme no más que los otros.

«Queridísima mamá, te escribo esta noche porque he tenido un gran disgusto. El mayor que he tenido nunca. Cuando llegué al internado el lunes por la mañana, la madre superiora nos dijo que Madeleine y Marguerite se habían marchado y que no volveríamos a verlas. Parece ser que unos señores de la policía vinieron a buscarlas el domingo. Se las llevaron al sitio donde se llevan a todos los judíos. Ni siquiera les dejaron coger sus cosas, porque sus maletas siguen ahí. He llorado tanto, porque las quería muchísimo y también porque si hubieran venido conmigo el domingo a casa eso no habría sucedido. Mamaíta querida, te prometo ser valiente como tú me

enseñaste y no llorar delante de los demás. Pero quería saber una cosa: ¿qué les hacen a los judíos cuando los detienen?».

La carta de Charlotte está tan empapada por las lágrimas de Natalie que el resto es ilegible.

En marzo de 1944, la preocupación entre la alta sociedad alcanza su punto culminante. No hay más reuniones mundanas que los entierros. ¿Cómo salir cuando las alertas, mucho más frecuentes que antes, previenen de auténticos peligros? Nadie se aventura a salir de casa cuando anochece. Menos mal que están las misas de funeral para verse. En febrero, enterraron a Jean Giraudoux; la misa en la iglesia de Le Gros Caillou parecía una reunión de fantasmas. Días después, el funeral por el padre Mugnier reunía a tanta gente de la alta sociedad en la capilla de las Hermanas de Cluny que se vio a caballeros pisarse los pies entre insultos y a damas desmayarse. El confesor del todo París, desde donde estaba, debió de alegrarse de que una asistencia de tan alto copete firmara en sus registros...

En abril, se intensifican los bombardeos sobre París. Natalie ha cedido ante Jérôme: han enviado a los niños a la casa de su tía, en Turena. Pero se ha negado a acompañarlos. Nada, ni siquiera la guerra, podrá mitigar su total aversión al campo, el tedio, la mortal indiferencia que le inspira el aire campestre. Ni siquiera la despiertan ya las alertas, atontada como está por la morfina que se inyecta apenas cada dos horas.

La noche del 20 al 21, cae sobre la capital un inusitado bombardeo que causa seiscientas víctimas. Cinco días después, el mariscal Pétain, que no ha puesto los pies en París desde 1940, inicia una gira de apoyo a la población. En Notre Dame se celebra una misa en memoria de las víctimas. Jérôme, sentado en una nave lateral, ha acudido a manifestarle su admiración. Sus sentimientos de cuatro años atrás se mantienen intactos: no ha dejado de respetar a ese anciano de ochenta y ocho años, ojos azules y tez rozagante. Efectos del atavismo, sin duda: en la sangre del duque de Sorrente bulle una dilección inquebrantable por los militares. Hay tanta gente en la place de l'Hôtel de Ville que por desgracia no oirá una palabra del discurso que pronuncia después el Mariscal desde el balcón. A su regreso, procede a referir dicha visita triunfal a su mujer. Su relato no cosecha sino desdeñosos sarcasmos. Natalie le reprocha haberse «comprometido» de ese modo con el jefe de un Estado que persigue a una parte de la población. A ello sucede un diálogo de sordos, el mismo desde hace meses. Jérôme replica, con sincera indignación, que el Mariscal no habla nunca de los judíos y que toda la culpa la tienen los alemanes; que su entusiasmo es compartido aparentemente, a juzgar por los numerosos parisinos alborozados con quienes se ha cruzado desde esa mañana.

El desembarco aliado, tantas veces anunciado, se ha producido la mañana del 6 de

junio. La alegría que desencadena la noticia deja impávida a Natalie, lo cual sorprende a su entorno: y eso que la madre de Natty era americana. Esta victoria debería ser en parte la suya. En realidad, la política extranjera la deja indiferente; todas esas batallas, ciudades ganadas, regiones conquistadas, son juegos para niños que no han envejecido. Los soldaditos están bien cuando se tienen menos de diez años. Lo único que le interesa es la suerte de Marie Mahl. Esa mujer que no conoce se ha convertido en su mayor preocupación.

Natalie, que no deja de temblar, de sudar, agotada por un corazón que se dispara varias veces por hora, no abandona ya su habitación desde mediados de agosto. Pronto hará quince días que no acude al boulevard Beaumarchais, donde vive el proveedor de morfina que le encontró, de nuevo, Boulos. Desde su arresto por los policías de la brigada de costumbres, no se han tenido noticias de Rosita. Desde principios de mes, mientras se acercaban las tropas aliadas y en los edificios donde aún ondeaba la esvástica, cuyos colores palidecían a ojos vistas, se destruían apresuradamente los últimos dossiers, la vida parece haberse retirado de la capital. El metro ha cerrado estaciones, y luego líneas, ha reducido sus trenes, y finalmente ha parado del todo. Los cortes de luz se han hecho tan frecuentes que oír las noticias en la radio resulta casi milagroso. Nadie se atreve a abandonar París: a las puertas de la ciudad, los alemanes requisan las bicicletas y obligan a los fugitivos a abrir trincheras.

En vísperas de la Asunción, la ciudad semeja un gran cuerpo contraído.

Contraído como el cuerpo de Natalie, consumida masa de carne atravesada de estigmas que a veces se convierten en abscesos. Apenas se mueve bajo una sábana húmeda que es preciso cambiar todas las mañanas. Cada uno de sus gestos está como trabado, cada uno de sus movimientos como impedido, incluso la respiración parece que le vaya a fallar. En el instante en que se inyectaba la última ampolla de morfina, fue presa de un terrible ataque de angustia. Por las calles siguen circulando tanques alemanes, que ametrallan a los transeúntes. No hay metro. Y los traficantes de droga se ocultan, temerosos de las posibles represalias que se produzcan en caso de cambio de régimen. Algunos dicen que la guerra no concluirá sin que estalle otra, en este caso civil. Otros que los comunistas tomarán el poder. Nadie sabe nada pero todo el mundo está inquieto.

El 19 de agosto, enclaustrado en un piso asfixiante, Jérôme está sobre aviso, como el resto de los parisinos. Le hubiera gustado acudir a casa de José María Sert, en la rue de Rivoli, desde donde la vista sobre los combates de la calle resultaba mucho más interesante que desde la casa de la triste rue d'Astorg, disimulada tras la mole de la iglesia de Saint-Augustin. Pero las calles son inseguras y las balas perdidas numerosas. No obstante, está encantado. Esas detonaciones, esos humos de incendio, esos hombres heridos que corren por la calle, nunca ha visto una guerra tan

de cerca. Esa situación caótica y tan viril le fascina. Se pasa horas junto a la ventana, intentando distinguir algo a través de las persianas cerradas. Por teléfono los amigos comunican noticias contradictorias. Cada cual describe lo que ve desde su ventana: por la zona de la Île de la Cité, la bandera tricolor señala que los franceses han tomado el barrio, mientras que el Palais Bourbon sigue siendo una fortaleza alemana. Jérôme planta banderas imaginarias en un plano de París, como lo hiciera su antepasado en el mapa de Europa. De vez en cuando, asoma la cabeza al cuarto de Natalie para describirle la situación. Su entusiasmo no halla ningún eco. Natalie, febril y sacudida de espasmos, apenas le escucha. Se siente tan mal que ya ni siquiera sueña.

Tras la liberación de la capital, poco ha durado el ambiente de júbilo. Una semana, ni un día más. Vuelven a llenarse las cárceles del extrarradio parisino. A los resistentes y a los judíos los han sucedido aquellos que se codeaban demasiado con el ocupante. El nuevo gobierno se ha apresurado a elaborar el catastro de las amistades de mal gusto. El 1 de septiembre la policía se presenta a buscar a May de Brissac en su domicilio y, sin darle tiempo a coger nada, se la lleva a la comisaría del distrito ocho. A continuación la internan en prisión preventiva. ¿Colaboracionista? ¿Traidora a la patria? ¡Pamplinas! ¡Invenciones! Su marido, su madre y su abogado denuncian la manipulación. Otra jugarreta de los comunistas, que no han olvidado el odio a las doscientas familias; la duquesa de Brissac se apellidaba Schneider de soltera. A través de ella se apunta a los propietarios de empresas siderúrgicas, alega convencida la familia. Los amigos se muestran más circunspectos: una madre de familia que lleva a sus hijos a admirar las esculturas de Arno Breker, a visitar la exposición «El judío y Francia» y que pone en manos de su hijo mayor un ejemplar de *Mein Kampf* incurre como mínimo en un delito de opinión. En Drancy, donde está ahora detenida, pasea sus ojos ojerosos por un patio cerrado con alambradas donde se ve obligada a codearse con mujeres rapadas que hacen certificados de virginidad, traficantes del mercado negro e incluso con Arletty, que cuenta que cuando los alemanes le ofrecieron huir con ellos contestó: «No Baden-Baden, París-París.» Entre esa mezcolanza de delitos, lo peor de todo: se ha encontrado con viejos conocidos.

Por ejemplo con Albert, que tantas veces la condujo hasta su mesa en Maxim's, Albert que repite «Qué catástrofe» a quien tiene la bondad de reconocerlo en ese marco que tan poco le pega, Albert que no entiende nada, y que incluso ve disparatada la acusación que pesa sobre él, «inteligencia con el enemigo», qué quiere decir eso, mi oficio, señor juez, es servir, el color del traje no es asunto mío, Albert ahora obligado a compartir una celda con el policía Bony y un chulo sifilítico, Albert que no dispone ni de un mantel para extender su fardo de preso, él que ha desplegado tantos, que ha escrutado tantas arrugas, recogido tantas migas que ofendían el damasco blanco los días de fiesta en la rue Royale (o sea, casi todas las noches), mi

oficio, repite, es servir, y si tengo que juzgar quién es digno de que se le sirva, me voy derecho al paro, sí, eso contestará, vestido con un pantalón demasiado corto y una chaqueta raída, cuando acaba de cruzarse en el patio con antiguos asiduos de Maxim's, buenas tardes, señor Guitry, buenas tardes, señor Fabre-Luce, y olvidando por un instante dónde está, a punto estaba de preguntarles si preferían una mesa de rincón para sentarse a comer: ¡las comidas mano a mano son tan agradables!

¡Si sólo fueran ellos! En Reims, unos jóvenes resistentes locales se presentaron en casa de Melchior de Polignac. Aún dormía en su mansión de Crayères. Esos jóvenes, que lucían brazaletes con las letras FFI de las Fuerzas Francesas del Interior cosidas de cualquier manera, ni le dieron tiempo para vestirse: lo llevaron a la cárcel en zapatillas y batín. Posteriormente fue trasladado a Fresnes, donde espera que lo juzguen. La noticia no ha sorprendido a nadie, pues ni él ni su mujer, pese a ser americana, ocultaban sus sentimientos germanófilos. Nina de Polignac contestó a los amigos que le propusieron esconderla algún tiempo: «No soy culpable de nada.» Pero ¿qué será de la empresa Pommery, que él dirige, en ausencia de su presidente?

«Unos salvajes», ha comentado indignado Jérôme al enterarse del trato que habían recibido sus amigos. ¡Fresnes! ¡Drancy! Le resulta intolerable saberlos allí. Sabe de sobra a quién atribuir todo eso. Lo repite todo el mundo en su entorno: los comunistas, que intentan hacer olvidar su actitud al inicio de la guerra, cuando Alemania y la Unión Soviética firmaron un pacto, son más virulentos que los demás resistentes. El peligro rojo de nuevo. Esa sed de venganza aterra a Jérôme, para quien el bolchevismo sigue siendo la peor amenaza.

Los Sorrente se preguntan, espantados, si no serán las siguientes víctimas de esos ajustes de cuentas. ¿Vendrán a acusarlos también a ellos de haber seguido acudiendo a las carreras de Longchamp en el palco de Josée de Chambrun, haber comido con el encantador Jünger en casa de los Morand, cenado en Maxim's pese a la vecindad de los uniformes verdosos, y asistido a los estrenos teatrales como si en ese mismo momento no estuvieran muriendo compatriotas en el maquis? ¿Harán constar su presencia en esos restaurantes del mercado negro donde el precio de una comida equivalía a tres meses de subsidio a las mujeres de los prisioneros? ¿Que nos han cesado, en definitiva, de llevar una existencia frívola cuando tanta gente se hallaba expuesta a la detención o al hambre? Con esa gente *salida de no se sabe dónde*, gente con la que nunca se habían cruzado en un salón antes de la guerra, cabía temer que esa vida mundana un poco llamativa que llevaban se convirtiera en el elemento principal de un auto de acusación; que sus distracciones fueran calificadas de «actos de colaboración».

Jérôme revisa angustiado sus agendas, rastrea en su libreta de direcciones los nombres comprometedores. Algunos, investigados precisamente estos últimos tiempos. ¡Amigos de hace veinte años! Con los que no ha intercambiado, estos

últimos años, más que palabras insignificantes. ¿Acaso se habla de política en las cenas? Pero ¿quién lo atestiguará? Estremecido, atormentado, el duque de Sorrente es un hombre acorralado.

Desde la liberación de París, Jérôme vive momentos de pánico como en la vida los había sufrido. El menor timbrazo lo hace temblar. Cuando suena el teléfono, teme una de esas llamadas anónimas e insultantes como las que taladran el silencio del palacete de los Brissac. No teme la promiscuidad de la cárcel, ni siquiera el oprobio que empañaría el apellido familiar. Lo que vibra es su fibra paterna. ¿Qué será de Charlotte y de Joachim si se acusa a sus padres de inteligencia con el enemigo? Ese pensamiento le obsesiona, le amarga los días, le impide disfrutar de la hermosa luz del otoño. Jérôme, repitémoslo, es un hombre de corazón.

—Los Mahl son gente de bien, Natty, debemos cultivar esa rama de la familia.

¿Esa rama de la familia? Natalie se queda de una pieza. Ha debido de soñar esas palabras, embotada como está por la última inyección de morfina hace menos de una hora.

Pero no, Jérôme se yergue ante ella y prosigue, muy excitado.

—Figúrate que esta mañana, en el Círculo, mi vecino de mesa ha mencionado el nombre de André Mahl —continúa Jérôme—. Acaba de volver a París después de una brillante guerra pilotando aviones con las Fuerzas Francesas Libres. Parece ser que el general De Gaulle no pierde ocasión de recordar su valor. Forma parte de su entorno y podrían muy bien nombrarlo ministro en las próximas semanas.

Estas palabras desconciertan a Natalie. La mudanza de su esposo, cuyas rígidas certezas conoce, la extraen brutalmente de su embotamiento. No se esperaba semejante giro copernicano.

Hasta entonces, el apellido de los Mahl había sonado siempre de manera desagradable a los oídos de su marido, no sólo porque le recordaba los orígenes adulterinos de su mujer (pensamiento eminentemente penoso), sino también porque había visto a Natalie torturarse, desde que conoció la identidad de su auténtico padre, invadida por una curiosidad emocionada, febril y, por decirlo todo, disparatada, respecto a la suerte de los judíos. Sin formulárselo abiertamente, Jérôme hacía responsables del estado deplorable en que se hallaba actualmente la duquesa de Sorrente a los Mahl y a sus correligionarios.

Es increíble cómo el miedo puede hacer tambalearse las certezas más asentadas. Jérôme ha mudado de parecer. En una coyuntura en que algunos ajustan las cuentas, en que la palabra «represalias» está en boca de todos, en que ciertas compañías pasadas pueden conducir a Drancy, es bueno disponer de algunas cartas en tu juego. Hay momentos en la vida en que hay que saber ser estratega. De repente, Jérôme ha entrevisto la preciosa ayuda que podría proporcionarle el árbol genealógico de Natalie. Medio judía, ¡es decir, ha estado expuesta a todas las persecuciones! (Dónde

demonios habrá guardado el vestido en el que cosió una estrella amarilla, habría que tener a mano esa prueba llegado el caso.) ¡Hermanastra de un héroe de la guerra, por si fuera poco! Por primera vez, Jérôme da en considerar a la parentela Mahl una bendición. De ella vendría la salvación, no le cabía duda. La bastardía de Natalie ha dejado de incomodarle, antes al contrario. ¡Perdonados los deslices amorosos de su suegra! ¡Absueltos los pecados de la carne que presidieron el nacimiento de su cónyuge!

—Pero —objeta Natalie desde el canapé en el que, tirada en batín desde primera hora de la mañana, fuma interminables cigarrillos sumida en el ensueño— puede que los Mahl no tengan ningunas ganas de verme ingresar en su familia... Y a André hace quince años que no lo veo, como bien sabes.

—Yo me ocupo de eso. Al fin y al cabo, sois hermanastros. Es de lo más normal que podáis establecer vínculos. Yo, que por desgracia soy hijo único, sé lo importante que es tener hermanos —añade Jérôme con perfecta mala fe.

El duque de Sorrente es un hombre obcecado. A fuerza de búsquedas, de llamadas telefónicas y de comidas en el Círculo, se las ha ingeniado para apañar un encuentro. Repasando las hojas de su libreta de direcciones, ha dado con el nombre de Nancy Mitford. Su predilección por Gaston Palewski es archiconocida. Y, entre los allegados del general De Gaulle, es uno de los pocos en *tener entrada* en París. La gente solía reírse, en los salones, de la anécdota relatada por Max Brusset: al acudir a abogar ante un ministro gaullista por la reapertura del Hotel Ritz, que seguía requisado, recibió esta respuesta: «¿El hotel qué?» Gaston es diferente. Los Sorrente lo conocen *desde siempre*, lo que significa desde mucho antes de que se empezara a luchar por Dios sabe qué, con Dios sabe qué. En definitiva, desde los tiempos en que se era feliz. Han frecuentado los mismos salones, cenado en los mismos restaurantes y compartido los mismos lugares de veraneo. Poseen el mismo alfabeto. A través de él, Jérôme ha visto el modo más seguro de acceder a André. Pues imaginaba a los franceses libres que se habían unido a De Gaulle como los miembros de un mismo club: si se conocía a uno, podía conocerse a todos los demás. Estaba bien visto: Nancy fijó una fecha para una cena y prometió que colocaría juntos a Natalie y a André. (Jérôme había decidido contarle todo, acompañando sus confidencias de los prolegómenos habituales, «pero que esto quede entre nosotros, querida amiga», cosa que Nancy no dejó de prometer, totalmente decidida a difundir la información tan pronto como concluyera la velada.) Jérôme se guardó de hablarlo con Natalie. Imaginaba ya su sorpresa, y luego su gratitud, sus ojos húmedos de agradecimiento. Tan sólo temía que excusara su asistencia en el último minuto, aduciendo que las piernas no la aguantaban y que el corazón le latía demasiado fuerte.

En octubre de 1944, aunque París lleva dos meses liberado, sigue comiéndose igual de mal. Las amas de casa han de desplegar prodigios de imaginación para dar

de comer a sus invitados sin la ayuda del mercado negro. Para castigar a quienes han labrado su fortuna de ese modo, se prohíben los billetes de cinco mil francos. Pero aun en tales condiciones, nadie se privaría del placer inagotable de juntarse con la gente de mundo.

Al llegar a la rue Monsieur, Natalie tiene peor aspecto que de costumbre. El maquillaje y los polvos no aciertan a ocultar los cercos cetrinos que le hacen brillar las pupilas. Las sortijas bailan en sus dedos enflaquecidos. En el instante en que ve a André en medio del salón, rodeado de mujeres que encuentran terriblemente seductor a ese héroe de la guerra e imaginan las frases que le dirán para que las acompañe a casa al final de la velada, se lleva tal sorpresa que Jérôme teme que sufra un síncope. Pero se imponen sus reflejos mundanos y le alarga la mano con una tímida sonrisa. Se presenta, pues él ha alzado una ceja interrogante al verla. André no la reconoce de inmediato; le cuesta relacionar ese rostro estragado con sus recuerdos de juventud. Por fortuna nadie ha percibido la incomodidad que ha acompañado ese reencuentro, ni la torpeza de los gestos de entrambos. En ese ruidoso salón, pensaban en lo mismo pero sabían que no hablarían de ello jamás. Los recuerdos que tienen el uno del otro no son los que tienen un hermano y una hermana. Imposible hablar del pasado. Natalie no se atreve a preguntarle por su padre, que al fin y al cabo es el suyo, por miedo a reavivar la llaga de su romance frustrado.

—¿Sabes algo de tu madre?

—Nada, por desgracia —contesta André, emocionado por su solicitud—. Está en un campo de Alemania, es lo único que sé. Todas mis peticiones a la Cruz Roja han sido inútiles. Como los aliados no han liberado los territorios del Este...

Su conversación ya ha de interrumpirse. Nadie quiere abandonar esa comida sin llevarse retazos de relatos del héroe del momento, retazos que, inflados, exagerados, ampliados en futuras reuniones mundanas, se convertirían en un tema de conversación que conferiría a sus propietarios más lustre que nunca. La gente hace corro en torno a André Mahl. Con su metro noventa y su esbeltez parece vestir un uniforme invisible. En un aparte, las damas opinan que esa nariz aguileña, esos grandes ojos oscuros y esa tez mate (pocos meses atrás se les habrían antojado sospechosos) le da *un aire viril*, como no se veía desde hacía tiempo en ese país. Sus maridos salen perdiendo en la comparación, forzosamente. Y en su fuero interno, ellas redactan ya la lista de incompatibilidades entre invitados para sus posteriores recepciones, se prometen no sentar nunca en la misma mesa a Gaston o a André con José.

A André lo acosan con preguntas sobre su vida en Londres, sobre los peligros que ha corrido, sobre los proyectos del general De Gaulle. Cuando describe el ruido «sumamente desagradable, créanme» del silbido de las balas de las ametralladoras en los oídos, el auditorio femenino se extasía. André refiere, en términos modestos, cómo transcurrió la existencia de aquel puñado de hombres que, lejos de su país, tenían puesto su pensamiento en él. Natalie no se cansa de observar ese hermoso

rostro apenas marcado por las penalidades. Posee un encanto extraordinario. Y Natalie, oh locura, recobra sus sentimientos de jovencita intactos. Ese hombre del que estuvo enamorada como nunca volvería a estarlo le despierta una dolorosa melancolía.

¡Qué tremendo embrollo! No deja de repetírselo mientras regresa a la rue d' Astorg con Jérôme. ¿Tan degenerada es como para que el único hombre al que ha amado sea su hermanastro? ¿Cómo pudieron no pensarlo Armand y Élisabeth mientras retozaban deleitosamente en camas que les estaban vedadas? Natalie culpa a todos los que, falseando sus orígenes, han hecho imposible un amor evidente. Sus pupilas apagadas recobran un nuevo fulgor. Tiembla presa de una ira desahogada que su marido no entiende. Y él que pensaba complacerla organizando ese reencuentro...

Jérôme, por el contrario, está de excelente humor: a fuerza de amabilidades, ha obtenido el número de teléfono de André Mahl, que no dudará en utilizar si el nuevo régimen intenta importunarlo. Por primera vez en mucho tiempo dormirá esta noche con la mente serena.

Natalie vuelve a su casa exaltada. La espera el aya de Joachim en el recibidor. Está alarmada: el niño no se encuentra bien. Véalo usted misma. Joachim, en efecto, parece muy enfermo, arde de fiebre, está muy débil y se queja de dolor de oídos.

—Creo que son paperas, señora duquesa, mi sobrino tuvo la misma enfermedad hace dos años y reconozco los síntomas. Esos ganglios hinchados en lo alto de la nuca son buena prueba de ello.

Natalie, habitualmente tan maternal con su benjamín, está demasiado alterada por su reencuentro con André para tomar las riendas de la situación.

—Esperemos a mañana a ver si se pone mejor —dice, ansiosa por recobrar la soledad de su cuarto de baño y la compañía de su jeringuilla.

—Pero, señora duquesa, eso es peligroso. Las paperas, si no se cuidan a tiempo, pueden dejar secuelas para toda la vida. Joachim se expone a no poder tener hijos más adelante si no se le cura la infección.

¿Secuelas? ¿No tener hijos? El rostro de Natalie se crispa con un maligno rictus. ¿Son cosas que pasan? Es lo que le decían todos. Pues ya no pasarán. Joachim no tendrá nunca hijos. No habrá un falso duque de Sorrente. Y cesará esa impostura que ha frustrado su vida. Natalie puede acabar por fin con el ciclo infernal.

—No hace falta llamar al médico. Confiemos en la naturaleza.

Conforme avanzaba el otoño, se alejaba la amenaza de represalias. Jérôme se alarmó por última vez el 9 de diciembre, cuando unos jóvenes armados fueron a detener a Édith de Beaumont. La liberaron la misma noche. Los relatos que trajo de aquella aventura tranquilizaron a sus amigos. «Recibía usted a gente sospechosa», adujeron sus raptos para justificar su arresto. «¿A quién?» «A Mauriac, Picasso y

Palewski.» El auditorio soltó un suspiro de alivio. ¡Palewski! Cuando una revolución la toma con sus propios hijos, es que está tocando a su fin. Por otra parte, May de Brissac fue liberada al cabo de un mes. Josée de Chambrun, que se había mantenido oculta unas semanas, reapareció en la escena parisina. Los más comprometidos respiran el aire puro en Suiza.

En Navidad, podía afirmarse que el riesgo de ser acusado de colaboracionismo mundano podía descartarse. Y los miembros de la alta sociedad, relajados, aliviados y resucitados, comenzaron a dejarse ver, tras encontrar nuevos temas de conversación. Aquel invierno, se comentó mucho la pasión del embajador Duff Cooper por Louise de Vilmorin, ya instalada en la embajada de Gran Bretaña. El que se hubiera reanudado la vida amorosa significaba que la vida a secas había ganado.

—Es que no entiendo por qué no me contesta...

Natalie, que se ha resfriado durante la misa de funeral de Édouard Bourdet, no sale de su habitación. Por primera vez, escupe sangre en sus pañuelos. Se lo ha ocultado a su médico. Febril, y sin embargo indiferente a su mal, espera todos los días la llegada del correo. Cinco veces ha escrito a André Mahl. Largas cartas cariñosas, llenas de sincera solicitud. Cada vez, le pregunta si sabe algo de su madre.

Desde esa ceremonia gélida en Saint-Pierre-de-Chaillet, donde ha querido permanecer hasta el final, mientras tantos otros huían nada más comulgar, se encuentra tan débil que ya no puede salir de casa. Echar las cartas en correos sería ya una auténtica proeza.

—Yo me encargo —le decía Jérôme con una cariñosa sonrisa.

Sin embargo, esas cartas permanecen sin respuesta, lo cual la consterna. ¿O sea que no quieren saber nada de ella los Mahl? ¿O sea que la bastarda es una apestada? ¿O sea que la armonía entre dos hijos provenientes de distintos lechos es imposible? ¿O sea que las palabras afectuosas de André eran una farsa? Quizá la odia porque es una encarnación de la mala conducta paterna. Los «o sea» se truecan en «quizá», en «tal vez», en «por fuerza». Febrilmente, elabora hipótesis y todas la hacen sufrir.

Ninguna es la buena. Natalie no advierte que Jérôme, una vez soslayado el peligro de las represalias, ha vuelto a ser el hombre que siempre ha conocido: un ser imbuido de los prejuicios de su ambiente y de su tiempo. A quien todos los deslices amorosos inspiran un profundo horror, si se hacen públicos; convencido de que el asunto de las genealogías lo protege el silencio. Los secretos de familia, de eso no le cabe la menor duda, han de seguir siendo secretos. ¿Qué sería, si no, de las familias? No deben transgredirse las reglas del juego.

Su deber, o la idea que de él se hace, reside en callar la verdad. Charlotte y Joachim descenderán eternamente de los reyes de Francia y de un mariscal del Imperio. El abuelo de sus hijos es un Lusignan, su padre un Sorrente, y quienquiera que ponga en duda su ascendencia se las verá con él. Da fe de ello el apellido que

ostentan, ¿no?

Lo que más le preocupa es el futuro matrimonio de su hija. Charlotte se merece lo mejor. Nunca encontrará un buen partido si se propaga la noticia de que su madre es fruto de un adulterio y de que tiene sangre judía. Desea ardientemente que el linaje de su hija no tenga tacha. Guardar silencio es su deber de padre de familia.

Siempre que no los vea, Natalie acabará olvidando a esos Mahl, y volverá a ser la joven dama divertida, frívola y una pizca esnob que era antes de la guerra. Se celebrarán nuevos bailes, en los que ella aparecerá, superando en elegancia y encanto a las demás mujeres. Todo volverá al orden.

Lo que hace lo hace por el bien de su mujer y de sus hijos. Es lo que se repite, con la conciencia tranquila, cada vez que, asomado al puente Alexandre-III, arroja una de las cartas de Natalie al Sena, y la ve desaparecer entre los bloques de hielo que el río acarrea incansable ese invierno.

Es una mañana que se suma a todas las demás mañanas de la vida. ¿Presiente que se acerca la noche definitiva? ¿Que ese corazón que late demasiado deprisa dejará pronto de latir, que esas manos que tiemblan se inmovilizarán, que esos oídos importunados por el tumulto de la casa dejarán de oír el ruido de la vida?

Ese 10 de febrero, Natalie se ha despertado más exhausta que otros días. Ha tosido toda la noche, dejando manchas de color carmín en los pañuelos. Su cuerpo es una suma de dolores. Conoce el remedio. La jeringuilla y las ampollas están ocultas en un armario con doble fondo de su cuarto de baño, entre dos cofrecillos de joyas.

Las piernas apenas la sostienen. Enfundarse una bata de seda supone tal esfuerzo que luego se ve obligada a sentarse en el borde de la cama. Al cabo de un rato, se levanta, se tambalea hasta la pieza contigua y echa maquinalmente una ojeada en el espejo de encima del lavabo. Ve en él a una anciana cuyas pupilas sin brillo se han hundido profundamente en unas órbitas surcadas de color violáceo. Parece mayor que su propia madre en el momento de su muerte.

La mano tiembla pero sabe de memoria los gestos que tiene que hacer, abrir el armario, correr un tabique, llenar la jeringuilla y hundirla lo más rápidamente posible en el brazo ya tatuado por decenas de hematomas. Acto seguido aguardar a que la maravillosa amiga se abra camino en sus venas, en su alma, la alivie durante al menos unas horas.

Se contempla de nuevo en el espejo, y lo que ve ahora enfrente es una niña. Tras ella, dos hombres a los que alarga los brazos articulando dos sílabas mudas: «Pa-Pá.» El primero lleva puesta una corona con flores de lis grabadas, el segundo tiene una estrella amarilla cosida en el pecho. Parecen disfrazados para un baile de disfraces. La niña toma a cada uno de ellos de la mano. Grita: «¿Qué ha sido de Marie?», y nadie le contesta. Pasa un tren, al que intenta subir con ellos. Pero el tren no se detiene y lo ve desaparecer en el horizonte.

No piensa ya en desprenderse la aguja del brazo.

Apoyada en el mármol helado del lavabo, Natalie repite: «¿Qué ha sido de Marie?» Y luego: «¿Qué les hacen a los judíos cuando los detienen?» Le da la impresión de que grita pero no acude nadie. Las palabras no alcanzan a brotar de sus labios.

En una última alucinación, su madre, en vestido de noche, lanza miradas amorosas a una multitud de hombres petrificados por el deseo. A continuación coge un hacha para cortar en dos mitades iguales el cuerpo de su hija. ¿En cuál de las dos se ha quedado su corazón?

Su corazón que, precisamente, enloquece.

Presa de convulsiones, su mano ha dejado caer la jeringuilla y la ampolla vacía al suelo.

Se le embotan los miembros, ¿por qué hace tanto frío en esa habitación? ¡Encended un fuego, por piedad!

El dolor es ahora insoportable y no acudirá nadie en su auxilio. Está sola y es demasiado tarde.

De nada sirven las lágrimas. La vida ha pasado demasiado deprisa. Siente tanto dolor.

Oh, paradlo todo.



Pauline Dreyfus (1969): trabaja como periodista, y es autora de *Le père et l'enfant se portent bien*, un conjunto de ocho *nouvelles* sobre la experiencia de ser padres, y *Robert Badinter, l'épreuve de la justice*, una biografía del que fue presidente del Consejo Constitucional y ministro de Justicia francés. Debutó como novelista con *Immortel, enfin*, sobre la figura de Paul Morand, que en 2013 se alzó con el Prix des Deux Magots por unanimidad por primera vez en la historia del premio. Con *Son cosas que pasan* fue finalista de galardones como el Goncourt, el Giono, el Décembre y el Interallié, y recibió el Premio Fundación de la Memoria Albert Cohen.

NOTAS

[1] Alusión al nombre que recibió en Francia aquella guerra —*drôle de guerre*—, que se extendió desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940, cuando las tropas alemanas invadieron Bélgica y los Países Bajos. *Drôle* tiene el doble sentido de «extraño» y «gracioso». (N. del T.) <<

[2] Juego de palabras entre Paul y *poule*, «prostituta». (*N. del T.*) <<

[3] Juego de palabras entre Cannes, capital del departamento de los Alpes Marítimos, y Khan, el apellido judío. (*N. del T.*) <<

[4] Canción aparecida en 1941 para mayor gloria del mariscal Pétain. (*N. del T.*) <<

[5] Ejército que reunió Napoleón para la campaña de 1812. (*N. del T.*) <<

[6] Periódico antisemita y de extrema derecha de la época. (*N. del T.*) <<

[7] Juego de palabras con *usure*, que significa «usura» y también «desgaste». (*N. del T.*) <<

[8] Famoso prostíbulo de las décadas de 1930 y 1940. (*N. del T.*) <<

[9] Conocido y lujoso burdel de la época. (*N. del T.*) <<